

*Serie Australia*

*Cuéntame  
más*

*Sophie Saint Rose*

# Cuéntame más

Sophie Saint Rose

## Capítulo 1

Francesca sentada en el sillón de manicura, movió sin querer los dedos de los pies y la chica que le estaba pintando las uñas, protestó chasqueando la lengua. — ¿Te quieres estar quieta?— dijo Maia mirándola con sus ojos negros. —La pobre no va a terminar en la vida.

Se sonrojó y miró a la muchacha—

Lo siento.

—No pasa nada, señorita Carpenter. —dijo forzando una sonrisa—  
Ocurre a menudo. Es inconsciente.

Francesca miró a su amiga, que chasqueó la lengua volviendo a mirar la revista tenía en las manos. Parecía muy interesada. — ¿Qué lees?

Estiró el cuello y su amiga sonrió —Tienes que leer este reportaje. Es sobre cartas a desconocidos.

Eso le hizo perder el interés y miró a su pedicurista apartando un mechón moreno de su cara. — ¿Y qué tiene eso de interesante? ¿Con las nuevas aplicaciones todavía hay gente que escribe cartas? Parece del siglo pasado.

—Lo dice la que tiene un

ordenador con una pantalla, que con su peso podría tirar la mesa abajo— dijo divertida— ¿Sabes lo que son las pantallas planas?

— ¡Cuando cambie el ordenador, lo cambiaré entero! ¡Y sigo usándolo porque estoy acostumbrada a ese teclado!— dijo molesta. —Además funciona muy bien.

—Ya claro. Teclado, por cierto, que tiene las teclas borradas.

—Sólo las centrales. —sonrió radiante a su amiga que gruñó volviendo a mira la revista.

—Uff, qué calor hace aquí— dijo dejando la revista sobre sus piernas y levantando sus rizos castaños. Al mirar sus uñas jadeó de la sorpresa— ¡No!

¡No dije rosa fucsia!

—Ya me extrañaba a mí— dijo mirando las uñas de su amiga que parecían las de una adolescente. — No hay nada como el rojo— añadió divertida mirando las suyas y guiñando el ojo a su pedicurista.

—No se preocupe, señora— dijo la chica que atendía a su amiga— Le cambiaré el color ahora mismo.

—Eso no te pasaría si estuvieras atenta —divertida vio como Maia la miraba como si quisiera matarla y se echó a reír.

—Toma, lee esto— le dio la revista – Seguro que te interesa. Es para personas solitarias que no se relacionan con nadie y son adictas al trabajo. Que

sólo ven a sus amigas cuando las obligan a salir de casa y que ni se molestan en vestirse decentemente.

— ¡Es sábado!— se miró su ropa. Unos leggings y una camiseta. —Tampoco estoy tan mal.

— ¡Has salido de compras en chanclas!

La que le pintaba las uñas reprimió una risita y Francesca la fulminó con la mirada. —Están de moda.

— ¡Para ir a la playa no para ir a Macy's!

— ¿Me estás echando la bronca?

Su amiga abrió sus ojos negros como si la sorprendiera la pregunta. — ¿Hace cuanto que no sales a cenar?

—Salgo mucho. Cuando estoy

escribiendo un libro, ni me molesto en cocinar.

—Querrás decir que te llevan la comida a casa.

—Eso también. —dijo hojeando la revista.

— ¿Y con compañía?

Francesca bufó— No empezarás otra vez con eso de las citas ¿verdad? Porque entonces me largo.

—Has tenido tres en un mes.

—Me parece una buena media. — dio la vuelta a una hoja e hizo una mueca al ver un vestido en seda verde precioso. Abrió los ojos como platos al ver que costaba siete mil dólares.

—Y todas, porque eres guapa y te las piden en medio de la calle.



—Hasta ahora ha funcionado— la miró sonriendo. — ¿Tienes envidia?

Su amiga gruñó y las cuatro se echaron a reír— Tienes suerte de que esté casada, sino me ofendería ese comentario.

—No puedes. Somos amigas desde hace demasiado tiempo como para que algo tan tonto te ofenda. Puedo decirte cosas mucho peores.

—Habla en serio, Francesca. Debes conocer un poco a un hombre antes de salir con él, porque sino todas tus citas acabarán en desastre. ¿Por qué no pruebas eso de la revista? Me parece buena idea.

—Uff, no quiero leer— dijo colocando la revista sobre sus piernas.

—Estoy harta de leer todo el día.  
¿Resúmelo quieres?

Maia tuvo que sonreír porque no podía con ella— Es una página web donde personas de todo el mundo...

— ¿Ves como había tecnología por el medio?

— ¡No me interrumpas!

—Vale... te veo un poco sensible.

—Maia se sonrojó y ella entrecerró los ojos – ¿Qué?

Su amiga sonrió ligeramente y Francesca chilló de alegría levantándose de su asiento sin darse cuenta que tiraba la bandeja de la pedicurista para ir a abrazar a su amiga— ¿Estamos embarazados?

— ¡Sí!— chillaron como cuando

eran niñas mientras las mujeres de los otros sillones sonreía al verlas tan felices.

Un carraspeo hizo volverse a Francesca, que se sonrojó al ver a la chica sentada en el suelo rodeada de productos de manicura.— Lo siento. Prometo que la propina estará a la altura.

—Eso espero. —dijo levantándose.

Volvió a sentarse después de besar en la mejilla a Maia— ¿Se lo has dicho a Cesar?

—Ayer por la noche. Está como loco. — dijo radiante de alegría.

— ¿Y por qué has tardado dos horas en decírmelo?— sus ojos violeta reflejaban la alegría que sentía por su

amiga.

—Porque sabía que el tema acapararía la tarde y quiero hablar muy seriamente contigo.

—Ya empezamos otra vez. — cogió la revista y se abanicó.

—Tienes que hacer algo. No quiero que te pases la vida sola, Francesca.

—Dios mío lo dices como si fuera vieja o algo así. Tengo veintiséis.

—No solo lo digo por tener pareja. Soy tu única amiga. ¿Y si me mudo? ¿Y si me voy del país?

—Ay, ay, que la conversación va por otro sitio. —dijo perdiendo la sonrisa.

Maia apretó los labios— A Cesar le han ofrecido un puesto en Barcelona

para el año que viene.

Francesca se quedó mirando a su amiga desde el jardín de infancia y sintió que le daba un vuelco el corazón.

— ¿Cuándo os vais?

— Después del parto. Queremos tenerlo aquí. Además mamá no me lo perdonaría si me voy antes.

— ¿Así que no te vas hasta febrero? ¿No estás de dos meses, verdad?

Maia apretó los labios— Más o menos.

Forzó una sonrisa— Bueno tenemos ocho meses todavía para estar juntas.

— Fran ¿entiendes lo que te quiero decir?

—Sí—amplió su sonrisa— No estarás contenta hasta que tenga otra amiga.

—Yo seré tu amiga desde donde esté, pero no quiero dejarte sola. Busca una sustituta o sustituto. — le guiñó un ojo.

—Entendido. Seré más abierta y empezaré a salir con más gente.

— ¿Lo harás por mí?— Maia sonrió radiante —Gracias. Me siento mucho mejor ahora.

— ¿Entonces ya podemos hablar del niño?

—O niña...

Cuando llegó a su apartamento de la diecinueve con la octava, dejó las

llaves sobre la mesilla que estaba al lado de la puerta y la cerró con el pie, sujetando las bolsas con la ropa que había comprado. Para animar a Maia, había gastado una cantidad indecente de dinero en ropa que no necesitaba. Suspiró llevando las bolsas a su cuarto y cuando vio a Rosi sobre su cama gruñó — ¿Qué has hecho ahora que no has salido a recibirme?

Lo que había hecho lo vio enseguida, pues la cortina de la ventana de su habitación estaba hecha jirones— ¿Te has vuelto a colgar de la cortina, loca descerebrada?— dejó caer las bolsas al suelo y fulminó con la mirada a su gata, que con descaro movió la cola de un lado a otro —Sí, ahora hazme la

pelota.— La gata persa de pelo negro caminó por su cama como una reina, saltando de ella y saliendo al pasillo sin mirarla dos veces.— Estupendo, ni mi mascota me hace caso.

Se sentó en la cama y frustrada apoyó los codos en las rodillas antes de pasarse las manos por la cara. Iba a echar de menos a su amiga. Lo habían hecho todo juntas, pero ahora se separarían. Y para colmo le había prometido que buscaría amigos. Menuda pesadez volver a empezar con otra persona. Volver a tomar cafés durante horas infinitas para volver a contarse sus vidas y un montón de cosas más en las que no quería ni pensar. Cumpleaños, navidades, bodas, bautizos



y funerales. Se agobiaba sólo de pensarlo. Con Maia todo era muy fácil. La conocía tan bien que casi no tenían ni que hablar para comunicarse. No estaba preparada para buscar otra amiga.

Miró las bolsas en el suelo y vio la esquina de la revista que salía de una de ellas. Se estiró y la recogió del suelo. Hojeó la revista hasta que llegó a la página adecuada— “Busca amigo postal” Menudo título— dijo entre dientes mirando el contenido del artículo.

Al parecer era fácil. La página web proporcionaba amigos en todo el mundo. Se elegía una zona y después se buscaba un candidato. Miles de amistades se habían iniciado de esa manera. Además

no era como la redes sociales, sino querías que te escribieran a ti, no tenías que registrarte. Simplemente escribías a la persona que te interesaba y ya estaba. Eso le gustó, pues no quería recibir cartas de desconocidos.

Al pensar en ello se echó a reír, pues era lo que estaba pensando hacer ella. Por curiosidad fue hasta el ordenador que estaba en el salón, donde también estaba la cocina y la mesa del despacho debajo de la ventana. —Vamos a ver de qué va esto, Rosi— dijo abriendo la página. Hizo una mueca al ver la cantidad de personas que buscaban amigos postales. — Vaya. Vamos a ver, para ser la primera amistad ¿qué tal si es un hombre?—

miró a su gata que movió la cabeza hacia la derecha— ¿Sí? Vale, un hombre. Pero tiene que estar lejos, no vaya a ser un sicótico o algo así. Miró el mapa mundial y los que tuvieran idioma en inglés. Sonrió al mirar Australia— Genial... exótico y misterioso. Australia me gusta— miró a su gata que giró la cabeza hacia el otro lado. —Perfecto. Pues un hombre Australiano.

Como no tenía ni idea de la zona, decidió que lo mejor era un sitio donde hubiera pocos iconos, así que eligió los de la izquierda del mapa. — ¿Por qué casi no habrá iconos en el centro? Que raro. Tendré que mirarlo en el mapa. — mirando la zona que había elegido, vio uno que estaba solo en una zona que se

llamaba Yalgoo. —Que nombre más simpático. Elijo este. —Pinchó sobre el icono y apareció un nombre y una dirección. —Mira Rosi, no hay ni foto. Así se labra una amistad verdadera. Me gusta. —El hombre se llamaba Kirk Chapman y ponía que tenía treinta y cuatro años. —Es bueno que pongan la edad para no cartearse con gente de distintas generaciones sino quieres. Oye, lo tienen muy bien montado ¿sabes?

La gata gruñó dando por terminada su conversación, yendo hacia su camita. — Tú sí que me entiendes— dijo irónica mirando otra vez la pantalla. Sonrió porque aquello parecía genial, así que en un post- it escribió el nombre y la dirección de ese tal Kirk. —

Estupendo, vamos allá.

Cogió unos folios y un bolígrafo. Los puso sobre la mesa de la cocina y fue hasta la nevera para sacar una cola Light. Sonrió emocionada a la gata. — ¿Qué le escribo, Rosi? ¿Le hablo de ti? — la gata suspiró cerrando sus ojos azules. —Eso lo dejaré para la segunda carta ¿no? Sí, será lo mejor. No vaya a pensar que estoy chiflada.

Se sentó en la mesa y cogió el bolígrafo —Primero preséntate, Francesca.

Se pasó dos horas escribiendo de todo lo que se le ocurría. Primero empezó diciéndole quién era y dónde trabajaba, pero después sin saber cómo, empezó a contarle cómo había dado con

él. Eso le llevó a su amistad con Maia y una cosa llevó a la otra. Al final de sus dieciséis folios le había dicho hasta cómo se llamaba su gata. Hizo una mueca al ver que sí había hablado de la gata. —Estupendo, Fran. Va a pensar que estás como una cabra. — encogiéndose de hombros metió los folios en un sobre y pegó unos sellos que tenía casi olvidados al fondo del cajón del escritorio. Hasta tuvo que mirar las tarifas en Internet porque no tenía ni idea.

El lunes al salir para el trabajo, se acercó a un buzón. Mirando el nombre del destinatario, se mordió el labio inferior pensando si meterla. —

¿Terminará hoy?— preguntó una mujer tras ella con varios sobres en la mano y cara de mala leche.

—No es el único buzón de Nueva York ¿sabe? ¿Acaso es suyo?

— ¡Acabe de una vez! ¡O lo mete o no! ¡Es muy simple!— La mujer le arrebató el sobre de la mano y lo metió en el buzón dejándola de piedra. — ¿Ve? ¡Se hace así!

La mujer refunfuñando caminó calle abajo mientras Francesca no salía de su asombro— ¡Será bruja! —Miró el buzón y gimió antes de colocarse bien la correa de su bolso en el hombro. — Bueno, la suerte esta echada.

Cuando llegó al trabajo, salió en la tercera planta de la editorial Wells. —

Pero si está aquí mi escritora estrella...  
— dijo su jefe irónico porque no la había visto en dos semanas. —Al fin te dignas a venir.

—Trabajo desde casa ¿recuerdas?  
— dijo sacando una memoria portátil de su bolso y mostrándosela.

—Espero que ahí esté el nuevo recetario de comida casera.

— ¿Sabes cuantas malditas recetas hay sobre el flan de huevo?

Jerry Simmons se echó a reír—  
¿De veras?— preguntó entrando en su despacho. Para tener cuarenta años no estaba nada mal. Además tenía unas canas en su pelo negro bastante interesantes.

— ¿Cuando me mandarás hacer



algo decente? ¿Como un libro de autoayuda?

— ¿Desde cuando eres sicóloga?

—Va, eso lo escribe cualquiera.

—Eres muy divertida. Tus libros de cocina se venden bien. Da gracias que tienes trabajo.

Chasqueó la lengua – ¿Y que dirían sus lectoras si supieran que no tengo ni idea de cocinar?

—Seguro que se llevarían una decepción. Pero lo importante es que aprendan ellas a cocinar y tienes talento para encontrar recetas fáciles en Internet y explicarlas en el libro.

— ¿Y un libro de viajes?

Jerry levantó una ceja— ¿Ahora quieres viajar?

—Venga, envíame a un país y me pasaré comiendo y divirtiéndome tres meses a costa de la empresa. Prometo hacer la mejor guía de viajes que hayas leído.

—Vuelve al trabajo, Francesca.

—Es aburrido.

—Pues escribe una buena novela que venda millones de copias. Prometo leerla y valorarla.

—Tú no sabes de literatura— dijo para fastidiarlo. — ¿Has oído eso de que todos los editores son escritores frustrados?

—Muy graciosa. ¿Qué te parece si te rebajo el sueldo por este libro?

—Uff, tienes razón. Tengo mucho trabajo.

Jerry se echó a reír viéndola irse de la oficina a toda prisa.

Se puso a trabajar y cuando dieron las cinco siguió trabajando porque no quería volver la semana siguiente. Quería que la maquetación quedara lo mejor posible y calculaba que tenía una semana entera de trabajo.

El sábado siguiente la llamó Maia.  
— ¿Cómo te va?

—Tengo mucho trabajo— dijo abriendo una lata de espaguetis. —Estoy maquetando el libro de recetas número seis.

— ¿Por qué no haces uno sólo de postres? Están de moda.

Entrecerró los ojos— Igual tienes

razón. ¿Cómo te va?

—Una amiga del gimnasio acaba de dejarlo con su novio y...

—Lo que me faltaba, una deprimida que me lllore en la oreja.

Maia se echó a reír— ¿Y un libro de chistes?

—Como digas un libro de refranes, te pego un tiro. —Su amiga se partía de la risa. — ¿Cómo te encuentras? ¿Tienes mareos, náuseas...

—Estoy bien. Tengo que irme, vamos a salir a cenar. Sobre lo de mi amiga...

—Ya he empezado ¿sabes?

— ¿Sí?

—Sí, ya te contaré...— no tenía ganas de explayarse ahora. ¿Cuanto

tardaba una carta en llegar a Australia? Porque ese hombre no le había contestado y empezaba a preocuparse. —Te dejo, que se me quema la cena.

—Si tú nunca cocinas.

—Shuss, no se lo digas a nadie.

Vas a hundir mi reputación.

Maia se echó a reír antes de colgar el teléfono. Mientras se calentaban los espaguetis, pensó en lo de la carta. Le daría otra semana y si no tenía respuesta, elegiría a otro. Igual pensaba que no estaba bien de la cabeza o algo así.

## Capítulo 2

El miércoles, de la que bajó a hacer la compra, abrió el cajetín del correo. Había tres cartas y sin saber porqué, ansiosa las miró a toda prisa. Sonrió cuando vio que una venía de Australia. — ¡Me ha escrito!— le dijo excitada al portero, que la miró sorprendido.

—Me alegro, señorita Carpenter.  
Subió corriendo a su casa y dejó la

bolsa de papel sobre la encimera. —  
¡Rosi, me ha escrito!

Su gata echada al lado de su teclado, ni se movió— Podrías mostrar más entusiasmo. —dijo acercándose con ella en la mano. Miró el sobre sentándose en su sillón de oficina y cogió el abrecartas. —No parece que haya escrito mucho, el sobre es delgadito. —Subió sus piernas sobre el escritorio, cruzando los tobillos y miró su letra. Era una letra muy bonita para ser de un hombre. Tenía carácter. —Escribe bien. Mucho mejor que yo. Seguro que ha pensado que estoy loca por mi caligrafía. —Hizo una mueca y abrió el sobre pasando el abrecartas por la ranura. Abrió el sobre emocionada y

sacó una cuartilla abriéndola a toda prisa. Frunció el ceño al ver lo que ponía — Cuéntame más. — leyó atónita. Miró otra vez el interior del sobre y de nuevo la cuartilla. — ¿Sólo eso?— miró a su gata— ¿Después de escribirle dieciséis folios, me escribe media frase? ¡Si ni siquiera va firmada!

Molesta tiró la carta sobre el teclado y se levantó de su sillón. Fue hasta la cocina y empezó a guardar la compra — ¿Cómo no va a tener la letra bonita sino la usa?— metió la caja de cereales en la alacena. — ¡Cuéntame mas! ¿Y tú qué? ¿No tienes nada que contarme a mí?

Entonces se detuvo con un bote de tomate en la mano y miró a Rosi— Igual



no ha entendido de qué va esto. —sonrió al dar con una explicación— Le escribiré para explicárselo.

Después de cenar un sándwich, se sentó en la mesa de la cocina y se puso a escribir. Le explicó que estaba algo decepcionada por su primera carta. Esperaba que en la próxima le contara algo sobre él. Sobre cómo era su vida y esas cosas. Si ni siquiera sabía si era casado. Parpadeó sorprendida porque no lo había pensado. Bueno, daba igual. Ella solo quería su amistad, así que eso no importaba.

Cuando terminó la carta, se dio cuenta que hasta se había quejado de su trabajo y que hablaba sobre su ilusión de escribir alguna vez una novela. Al

llegar a la hoja número diez, se dijo que tenía que detenerse, pero como estaba contando lo que Rosi le había hecho con los cojines del sofá, no terminó hasta la página trece.

Metió las hojas en el sobre y sonriendo le puso los sellos. —La próxima vez, me escribirá algo más— le dijo a Rosi. —Ya lo verás.

El viernes siguiente recibió carta. Casi tira el helado que estaba comiendo al ver el sobre en el buzón. Contenta subió a su casa corriendo y fue directamente hasta el abrecartas, sin molestarse ni en cerrar la puerta. Abrió la carta a toda prisa y sacó la cuartilla quedándose con la boca abierta al ver

escrito—Cuéntame más. Yo tengo mucho trabajo para escribir como tú.

Atónita miró el sobre otra vez— ¿Qué es esto? ¿Alguna clase de broma? —Furiosa cogió una hoja de papel y escribió. “¿Si no tienes tiempo, para que te apuntas en una web de amigos postales?”

Furiosa la metió en un sobre y escribió su dirección que ya se sabía de memoria. Pegó los sellos dando puñetazos sobre el sobre y fue hasta la puerta — ¡Rosi, vuelvo ahora!

Miró a su alrededor distraída y no vio a Rosi por ningún sitio— ¿Rosi?

Corrió hasta la habitación y al baño. Después volvió al salón y miró debajo del sofá— ¡Rosi, bonita!

Nerviosa salió al pasillo y se mordió el labio inferior—Arriba o abajo— dijo mirando las escaleras. Olfateó y olía a comida hacia arriba, así que echó a correr como alma que lleva el diablo. Cuando vio a su gata arañando la puerta de su vecino del octavo entrecerró los ojos— ¡Te has escapado! ¡Gatita mala!—la cogió acariciando su pelaje y ronroneó de gusto. —Serás mimosa. — le dio un beso y la bajó hasta su casa. Cuando cerró la puerta le dio unos mimos olvidándose de la carta y estaba a punto de meterse en la cama, cuando se dio cuenta que no le había contestado al australiano— La enviaré mañana.

Al final pasó casi una semana.

Tenía el sobre metido en el bolso, pero no se decidía a enviarlo. Cuando pasó otra semana más, decidió dejar las cosas como estaban. Para qué pelearse con él. Lo mejor era dejar pasar el tiempo y así Kirk entendería que no le escribiría más. Como el viernes no había mirado el cajetín del correo, lo abrió el sábado esperando recibir su libro de cocina impreso. Hizo una mueca al ver que no había llegado y subió con las cartas en la mano. Se sentó en la mesa de la cocina mirando las cartas— Factura, factura, factura del veterinario— miró a su gata que estaba sobre la mesa a su lado— Me sales muy cara... —sonrió porque Rosi la ignoró y volvió a mirar las cartas— Factura ...— se quedó con

la boca abierta al ver un sobre del australiano— ¡Ha escrito, Rosi!— sobresaltó a la gata al levantarse emocionada e ir a por el abrecartas— ¡Y el sobre es algo más grande, así que esta vez sí que es una carta!— contenta abrió el sobre y perdió la sonrisa al ver un billete de avión. Al leerlo vio que era un billete abierto para Perth — ¿Qué es esto?

Dentro del sobre había una hoja que abrió a toda prisa. “No me ha llegado tu carta, así que te envío este billete para que nos conozcamos. Será más rápido”

— ¿Más rápido para qué?— atónita miró el billete. ¿Le habría tocado el chiflado de la web?

Inquieta cogió su móvil y marcó el uno— ¿Tienes algo que hacer?— preguntó a Maia en cuanto descolgó.

—Cesar se acaba de ir a jugar al fútbol con sus amigos. Seguramente comerá pizza con ellos.

— ¡Tienes que venir a mi casa!— dijo enfadada— ¡Me has metido en un lío!

— ¿Yo?

— ¡Tú y tus ideas de hacer amigos! ¡Te espero aquí!— colgó el teléfono y volvió a mirar el billete. — ¿Será posible? ¡Sólo quería un amigo postal! — miró a Rosi— ¿Por qué no me sale nada bien?

Su amiga, que vivía en el mismo barrio, llegó diez minutos después

vestida con un chándal rosa— ¡Estaba haciendo yoga!— dijo sentándose en el sofá— ¿Qué puede haber pasado para tanto escándalo?

— ¡Esto!— le mostró el billete de avión.

— ¿Te vas de vacaciones?— preguntó asombrada cogiendo el billete— ¿A dónde?

—No, no me voy de vacaciones. Me lo ha enviado el australiano.

Su amiga abrió los ojos como platos levantando la vista del billete— ¡No!

— ¡Sí! ¡Y todo es culpa tuya! ¿Ahora qué hago?

— ¿Qué culpa tengo yo?

— ¡Si no te hubiera hecho caso,



ahora no tendría este marrón! ¡Siempre me metes en líos!

—Menuda mentira— dijo levantándose— ¡Fuiste tú la que nos llevó a aquello de las citas de siete minutos!

— ¡Allí pillaste a Cesar, así que no te quejes!

— ¿Y cuando insististe en ir a las Vegas en coche? ¡Nos pasamos más tiempo en los talleres hasta allí, que en las Vegas! ¡Menuda despedida de soltera!

— ¿Qué culpa tengo yo de que el coche se estropeará cada poco? ¡Y te recuerdo, que si nos detuvieron fue culpa tuya por ponerte borde con el policía! ¡También recuerdo cierto fin de

semana en me llevaste a un hotel que parecía el hotel de Psicosis y que tenía pulgas en el colchón! —la señaló con el dedo— ¿Y tengo que recordarte la que organizaste en la Universidad al meternos en la fraternidad de los chicos? ¡Casi nos expulsan!

— ¡Muy bien, calmémonos! No sirve de nada todo esto— dijo mirándola antes de echarse a reír— Recuerdo que aquel día te levantaste llena de picaduras. Parecía que tenías el sarampión.

—Muy graciosa— no pudo evitar sonreír ella también, pero al mirar el billete gimió dejándose caer en el sofá — ¿Y ahora qué hago?

—Pues le devuelves el billete y le

dices no, gracias. — dijo resuelta.—Y le explicas lo que quieres de vuestra relación postal.

Entrecerró los ojos— ¿Y qué espero de esta relación postal?

Su amiga la miró con sus ojos negros como si fuera tonta— Pues amistad a distancia.

—Esto no funciona— dijo dándose por vencida— Él no me escribe nada. Soy yo la única le cuenta algo.

—Entonces corta y al siguiente. — dijo indiferente— ¿Qué te vas a poner en la cita de esta noche con tu dentista?

—Otra mala idea. Como salga mal, me va a taladrar con el torno. —Su amiga se echó a reír a carcajadas —Sí, tú ríete. —Volvió a mirar el billete —No iría

a verle ni loca pero...

— ¿Qué ocurre?

—No sé. —suspiró pasándose la mano por su pelo negro— Tenía que haber cortado después de la primera carta.

—Le diste otra oportunidad. Igual es tímido. No me pareció mal que le escribieras otra vez.

— ¿Tímido por carta?— preguntó incrédula.

—Igual le intimidaste después de dieciséis hojas.

—Muy graciosa.

—Pero ahora quiere verte. Eso es un poco raro. Sobre todo porque no sabes absolutamente nada de él. ¿Le has buscado en Internet?

Miró a Maia fijamente— ¡Pues no!

Su amiga la miró como si fuera boba y fue hasta su ordenador— Muy bien. Se llamaba Kirk ¿verdad?

—Kirk Chapman. — se levantó y se colocó tras ella mientras escribía su nombre en el buscador.— ¿Mil trescientos resultados?

—Pondré Australia.

—Vale, hemos reducido. Ciento veintisiete.

— ¿Cómo se llama ese sitio?

—Yalgoo.

— ¿Y cómo se escribe?

—Espera— escribió en el buscador la ciudad. Entrecerró los ojos al ver una noticia del periódico local— Pincha ahí— dijo señalando el

resultado.

Era un artículo sobre un rancho de la zona. Al parecer el señor Chapman era un miembro importante de la ciudad. — ¿Es ranchero?— preguntó Maia asombrada.

— ¿Y yo qué sé? ¡No sé nada de él!— siguió leyendo pues había donado un toro para una subasta de ganado, para recaudar fondos para los niños del hospital. — Al menos ese Kirk es solidario.

—Vamos a buscar fotos— su amiga pinchó en otros enlaces pero no salía ni una sola foto de ese Kirk. Salió la foto de otro Kirk Chapman pero tenía sesenta años y un bigote horrible.

Después de una hora se dieron por

vencidas. —Como sea el del bigote, me pego un tiro.

— ¡No seas negativa!

Su amiga fue hasta la nevera y empezó a sacar cosas para hacer la comida— Le devuelves el billete y le dices que necesitas saber cosas de él antes de dar un paso tan importante como visitar otro país. ¡Y no te enrolles! —miró dentro de la nevera— ¿No tienes mayonesa?

—En la alacena. La otra la acabé ayer. — cogió la carta de Kirk. Se mordió el labio inferior mirando su letra.

—Ponte a escribir. Quiero leerla antes de irme.

Suspiró empezando a escribir. Le

explicó porque le devolvía el billete y le dijo que si quería establecer una amistad postal, por ella perfecto mientras él le contara algo de su vida. Cuando terminó, levantó la carta de dos hojas y Maia la cogió mientras comía un sándwich de pavo. La leyó rápidamente y sonrió— Perfecto. No cierras puertas a una amistad, pero te niegas en redondo a ir a verle. Ahora le toca a él.

Envió la carta ese mismo día y volvió a casa para prepararse para la cita. Sorprendentemente la cita con el doctor Meyers no fue nada mal. Era muy simpático e inteligente y no sólo la miraba como si quisiera acostarse con ella. Además era muy atractivo con su pelo negro y sus ojos castaños. Y tenía



una sonrisa perfecta, de eso no había duda.

—Me lo he pasado muy bien— dijo ella sonriendo ante la puerta de su casa.

—Y yo. —él la cogió por la cintura y Francesca vio como acercaba su cara a la suya. La besó suavemente en los labios sin presionarla y pudo relajarse. Aunque disfrutar, lo que era disfrutar, tampoco disfrutaba demasiado. Pasable.

Él se separó como si hubiera subido el Everest sonriendo de oreja a oreja. Tenía los dientes increíblemente blancos— ¿Puedo llamarte mañana?

—Oh, mañana...déjame pensar... — no encontraba una excusa ¡Maldita sea!— Bien, mañana...— dijo al fin

forzando una sonrisa.

—Podemos ir al parque a dar un paseo.

—Estupendo...— abrió la puerta a toda prisa antes de que dijera que fueran de picnic.

—Podemos comer allí.

Mierda, pensó mirándole desde dentro de su apartamento— Comer allí, muy bien. ¿Tengo que llevar algo?

—No, yo me encargo de todo— le guiñó un ojo —Hasta mañana, Francesca.

—Hasta mañana, Bob.

Al cerrar la puerta suspiró y vio a Rosi ante ella. —Genial. Veremos como va mañana. Igual salta la chispa.

El domingo fue agradable pero la mayoría del tiempo pensaba en todo el

trabajo que tenía pendiente. Si fuera el hombre de su vida, ni se le pasaría por la cabeza trabajar ¿no?

Intentó que no se le notara y al parecer Bob no se dio ni cuenta. Cuando llegaron a casa después de hablar horas y horas, Bob la volvió a besar suavemente. Por Dios, necesitaba un poco de vidilla. Cogió a Bob por el cuello para ver si así surgía la chispa dándole un beso de tornillo. Cuando le soltó parpadeó y forzó una sonrisa— Pues no.

La sujetó por la cintura pegándola a él y Francesca le apartó empujándolo por los hombros— ¿Se acabó?— preguntó él sorprendido.

—Al parecer sí. — dijo

desilusionándolo.—Me caes muy bien pero no hay...

—Vale, dame otra oportunidad— dijo cogiéndola de la cintura y pegándola a él, antes de besarla metiéndole la lengua hasta la campilla. Gimió abriendo los ojos como platos y cuando él se apartó jadeaba por la falta de aire. Bob carraspeó apartándose— Bien, recuerda que tienes que tomar el colutorio todas las noches— dijo molesto— Te huele el aliento.

Asombrada le vio largarse a toda prisa. —Será imbécil— se pasó la mano por la boca y exhaló — ¡Imbécil y mentiroso! —dijo entrando en su casa. — Pues te has quedado sin clienta. — Ni se le ocurriría volver porque lo del torno

podía hacerse realidad. Esa noche se lavó los dientes más de lo normal por si acaso.

El viernes siguiente tenía otra cita con un hombre que había conocido en el parque el domingo anterior cuando estaba con Bob. El muy descarado le había pedido el teléfono con Bob delante y eso debería haberle indicado que no era el correcto. Cualquiera otro se hubiera molestado. Estaba poniéndose un vestido negro entallado con unos zapatos de tacón con pulsera en el tobillo cuando miró el reloj. —Mierda, voy a llegar tarde. —entró en el cuarto de baño y se cepilló su melena morena hasta que brilló y como no le daba

tiempo a maquillarse demasiado, únicamente se pintó los labios de rojo intenso y se echó rimel. Se estaba pulverizando el perfume cuando sonó el timbre. — ¡Ya voy!

Corrió hasta la puerta y vio que Rosi estaba ante ella— Sé buena y desaparece. —Como no se movía, la cogió sonriendo antes de abrir la puerta. Al ver lo que había al otro lado se quedó con la boca abierta y sin darse cuenta dejó caer a la gata al suelo que chilló disgustada entrando en la casa a toda prisa.

El hombre más grande que había visto nunca, vestido en vaqueros y camisa blanca, estaba allí mirándola de arriba abajo muy serio. Era muy rubio y

tenía unos ojos azules que eran increíblemente sexis. Se miraron a los ojos unos segundos antes de que él dijera con voz grave. — ¿Eres Francesca?

Parpadeó confundida — ¿Nos conocemos?— pero abrió los ojos como platos al darse cuenta de quien era por su acento— ¿Kirk?—Él hizo una mueca más que una sonrisa y asintió con la cabeza— Dios mío ¿qué haces aquí?— preguntó asombrada.

— ¿Puedo pasar?

Francesca entrecerró los ojos— ¿No serás un chiflado o algo así?

Eso pareció divertirle y la mueca se volvió una ligera sonrisa— No.

Su escueta respuesta le dijo que no

era un hombre dado a malgastar las palabras, pero eso ya lo sabía. Mirándolo con el ceño fruncido, le dejó pasar mirando hacia arriba porque le sacaba más de una cabeza y ella no era bajita precisamente. Media casi uno setenta.

En el centro del salón miró hacia ella, que cerraba la puerta lentamente. Le miró algo incómoda sin saber cómo comportarse —Bien, ¿has venido a Nueva York por trabajo...?

— ¿Vas a preguntar estupideces?

— ¿Perdona?

—Si estoy aquí, es porque he venido a verte. ¿No es obvio?— se sentó en el sofá que después de sentarse parecía pequeño. Ella se cruzó de



brazos empezando a enfadarse.

— ¿Y se puede saber por qué has venido a verme? ¿O tengo que saberlo también?

— Para conocerte en persona — miró a su alrededor y asintió. Parecía que le gustaba la decoración que era clásica y con colores suaves. — Y me gusta lo que he visto.

Francesca se sonrojó y no se sonrojaba desde los dieciséis por lo menos. Y mucho menos se ponía nerviosa por un hombre. — ¿Y eso qué significa?

— Significa que si quieres podemos casarnos mañana mismo.

Eso sí que la dejó sin habla y le miró con los ojos como platos. Rosi

ronroneando pasó ante él rozando el lomo por sus piernas. Eso no lo hacía ni con Maia y la conocía de toda la vida. Kirk cogió a su gata por el lomo y frunció el ceño levantándola a su altura para mirarla a los ojos. Francesca dio un paso hacia su gata y Kirk la miró antes de dejar la gata sobre el sofá. — Pasado mañana tengo que volver a casa. Tenemos tiempo para conocernos antes de irnos.

— ¿Estás mal de la cabeza? ¡Yo quería un amigo postal, no casarme!

Kirk entrecerró los ojos— No creo entenderte. Recibí tus cartas.

—Claro, un amigo postal escribe cartas que es lo que tú no has hecho. — levantó los brazos exasperada.

— ¡Me escribiste para buscar marido!

—Decidido, estás tarado. — fue hasta la puerta y la abrió indicándole con la mano que se fuera.

Kirk ni se movió y miró hacia el hueco de la puerta con el ceño fruncido. Francesca miró hacia allí y siseó— Mierda.

— ¿Francesca?— su cita estaba ante la puerta con un ramo de rosas rojas. — ¿Llego tarde?

Kirk se levantó y dijo —Sí, llegas tarde. —le cerró la puerta a su cita en las narices.

Asombrada le dijo — ¿Pero qué haces?

—Tenemos que hablar.

— ¡Pues tendrá que ser en otro momento, porque como acabas de ver, tengo una cita!— le apartó empujándolo del pecho y abrió la puerta. Randall seguía allí pero parecía enfadado— Perdona Randall, pero mi amigo es un poco grosero— dijo entre dientes.

— ¿Es una broma?— miró a Kirk que estaba tras ella con los brazos cruzados mirándolo como si quisiera matarlo— ¿Quién es ese?

—Un conocido de Australia....

—Sí y acabo de llegar. Tengo que hablar con Francesca. No la llames más porque se va a casar— dijo Kirk apartándola y volviendo a cerrar la puerta ante las narices del pobre hombre.

—Esto no está pasando— dijo asombrada yendo hacia el sofá para mirarlo furiosa. — ¡Estás mal de la cabeza!

—Siéntate y vamos a aclarar esto.

—No hay nada que aclarar. —dijo empezando a enfadarse— ¡Vete de mi casa!

—Me escribiste tú. —dijo enfadado también— He recorrido miles de kilómetros para llegar hasta aquí y creo que deberíamos aclararlo por lo menos.

Francesca apretó sus labios antes de decir— Muy bien. Aclarémoslo. Te dije que te escribía porque mi amiga Maia me lo había aconsejado.

—He leído tus cartas. Se lo que

ponían. — dijo molesto— Lo que quiero que me aclares es eso de que querías un amigo postal porque no lo entiendo. ¿Para qué te apuntas a novias por correo sino quieres casarte?

Asombrada dijo— ¡No estoy apuntada a eso!— le miró de arriba abajo —Dios mío, ¿tú estás apuntado a buscar esposa por correspondencia? ¿Qué les pasa a las mujeres australianas?

Kirk reprimió una sonrisa— Las que viven por mi zona, no me gustan.

Francesca fue hasta el ordenador y buscó la página web de amigos postales. — ¿Ves? Yo te encontré a través de esta página.

Kirk se colocó tras ella y miró la

pantalla. Frunció el ceño agachándose a su lado y leyendo su dirección— Perfecto. Esto es perfecto— dijo él furioso. — ¡Han usado mis datos en esa página! – volvió la cabeza y la miró. Francesca sintió que se le cortaba el aliento y nerviosa se alejó todo lo que pudo moviendo su silla hacia atrás.

—Vale, ahora que lo hemos aclarado ¿por qué no te vas?— forzó una sonrisa.

—Debes estar de broma. ¿Crees que me voy a dar por vencido por una confusión de nada?— se acercó lentamente y con las puntas de los pies Francesca se alejó hasta llegar a la pared.

—Yo no busco marido— susurró

mirando sus ojos que estaban fijos en los suyos.

—Puede que no, pero ya estoy aquí.

—Estás loco. — se estaba empezando a asustar por él y por la atracción que sentía por él y Kirk se dio cuenta.

—Vale— levantó las manos y se alejó de ella un paso. — ¿Qué tal si nos vamos a cenar?

Francesca se levantó rápidamente y cogió su móvil— ¿Qué haces?

—Llamar a una amiga. — Era mentira llamaba a la policía.

Kirk se acercó y le cogió el teléfono. — ¿Por qué no te relajas un poco y hablamos de esto?



— ¡Ya no quiero hablar más!— le gritó queriendo sentirse segura sola en su casa. — ¡Necesito que te vayas!

Kirk entrecerró los ojos— Lo necesitas.

— ¡Sí! ¡Vete!

—No. —se cruzó de brazos y ella le miró impotente con unas ganas terribles de pegarle.

—Muy bien. — Se sentó en el sofá y se le quedó mirando— ¿Qué quieres?

—Entiendo que todo esto puede ser raro para ti, pero estoy seguro que nos llevaremos bien.

—Estarás seguro tú, porque yo no te conozco de nada. —dijo irónica.

—Pues ya que estoy aquí, me conocerás.

—Porque tú quieras.

—Sí, porque yo quiero que me conozcas y porque buscas pareja. Eso está claro pues acabo de despedir a tu cita. No quieres estar sola y tu amiga se irá de la ciudad.

—Fue idea de Maia, no mía. Ahora te puedo asegurar que estoy convencida que he cometido un error.

—La ironía es tu fuerte ¿verdad?— preguntó divertido.

—Sí. Y no busco pareja. ¿Has oído lo que es el sexo? Pues a veces se necesita.

—No me mientas, Francesca— dijo muy serio. — Dime lo que piensas, pero no me mientas.

Lo decía tan convencido que ella

no supo qué decir, cosa extraña en ella. Kirk suspiró— La persona que escribía esas cartas, es una persona que busca una familia, que está cansada de estar sola desde que murieron sus padres, que adora a su gata y que odia su trabajo. Yo te ofrezco una familia, pues vivo con mi tío y con mi madre. Allí podrás escribir ese libro del que hablabas con tanta ilusión y estaré yo. —Francesca tembló por dentro porque parecía que leía su alma y eso la asustaba. — No me conoces, pero si nos casamos, haré todo lo posible porque estés cómoda allí. Sé que será un gran cambio trasladarte desde una ciudad como Nueva York hasta el rancho, pero te acostumbrarás. Todos haremos todo lo posible para que

estés cómoda.

Con la mano temblorosa, se apartó un mechón de la frente sintiendo que se mareaba— Madre mía, creo que me voy a desmayar. —dijo sintiendo un ataque de pánico.

Kirk la cogió de la nuca y le colocó la cabeza entre las piernas— Vamos nena, tampoco es para tanto— dijo él en voz baja. —Te ha tomado por sorpresa pero eres fuerte y lo superarás.

—No me conoces— dijo encontrándose mejor, pero aún así no levantó la cabeza.

— ¿Sabes? Tienes una manera de escribir que transmite mucho. Desde el primer párrafo expresabas lo que necesitabas incluso sin decirlo con

palabras. Y me necesitas a mí.

— ¿Y si hubiera sido fea o gorda?

— dijo molesta levantando la cabeza.

Él sonrió— Debo reconocer que ver como eres ha sido un alivio.

—Estás equivocado en todo. No necesito nada de esto. No necesito un marido, ni una familia y escribiré mi libro cuando a mí me dé la gana. No necesito mudarme al otro lado del mundo para eso. — Se levantó cuando él iba a decir algo— Ya te he escuchado, ahora vete.

Kirk apretó los labios —Puedes negármelo a mí. Pero te darás cuenta tarde o temprano de que tengo razón. Desde que murieron tus padres te has alejado de todos por no encariñarte de

ellos. Sólo te permites tener a esa amiga tuya, porque la conoces desde el jardín de infancia y a tu gata. — Francesca palideció— Apuesto que no sales más de dos veces con el mismo hombre y que si hablas con una conocida, nunca vuelves a quedar con ella para no forjar una amistad. ¡Sé lo que necesitas, por eso me dijiste hace unos minutos que necesitabas que me fuera! ¡Tienes miedo!

— ¡Claro que me das miedo, maldito chiflado! ¡No me voy a casar contigo porque no te conozco y cada vez que abres la boca menos ganas tengo de conocerte! ¡Largo de mi casa!

—Te frustra no poder echarme ¿verdad? Yo no voy a desaparecer de tu

vida así como así.

— ¿Ah no?— fue hasta la puerta y gritó— ¡Ayuda!

Parpadeó alucinada cuando vio que nadie salía de su casa y Kirk sonrió divertido cruzándose de brazos. —En casa hubieran aparecido diez personas a ayudarte.

Francesca cerró de un portazo—  
¿No te vas?

— ¡No!

—Estupendo. — enfadada fue hasta la nevera y la abrió furiosa sacando una cola Light.

—Francesca...

—Deja de hablarme— dijo entre dientes.

—Vale— se sentó en el sofá y miró

a su alrededor. Cogió el mando de la televisión y la encendió.

— ¿No tenías mucho trabajo y por eso no podías escribirme?

— Podía escribirte, pero no lo hago tan bien como tú y no quería quedar como un idiota.

Esa respuesta la sorprendió y se le quedó mirando mientras cambiaba de canal. Sus manos eran grandes y fuertes e incomprensiblemente verle las manos la excitó. Aquello era una locura. — Kirk, tienes que irte.

Él la miró sin moverse— ¿Para qué? ¿Para que llames a esa amiga tuya y me pongáis verde?

— ¡Deja de hacer eso!— le gritó furiosa.



— ¿Leerte el pensamiento? Eres transparente. Se te ve venir a la legua.

—Idiota.

—Ahora recurres al insulto porque no sabes qué decir. —miró a la televisión y Francesca furiosa tiró la lata de refresco a la pantalla de la tele rompiéndola. Kirk volvió la cabeza lentamente. —Bien, ahora has pasado a la violencia. Pero no me la has tirado a mí y eso es positivo. — Los ojos de Francesca se llenaron de lágrimas de frustración mirando su televisor de treinta y seis pulgadas destrozado. — Nena...

Echó a correr hacia su habitación y cerró la puerta con llave. Impotente se sintió presa en su propia casa y se pasó

las manos por las mejillas sin darse cuenta de que estaba llorando. ¿Qué demonios le estaba pasando? ¿Por qué no era capaz de conseguir que se fuera de su casa? Miró a su alrededor y vio el portátil que a veces usaba en la cama. Fue hasta él y le envió un mail a Maia pidiéndole ayuda. Lo recibiría en su teléfono móvil. Esperaba que lo oyera. — Francesca, te estás asustando, pero eso se pasaría si hablaras conmigo.

— ¡Lárgate de mi casa!— le gritó desde la cama. Rosi estaba tumbada en la cama a su lado y la cogió abrazándola.

—Haremos una cosa. ¿Qué tal si vamos a tomar el aire? Salir al exterior te vendrá bien.

Decidió no contestarle y Kirk intentó abrir la puerta moviendo la manilla. —Francesca, no hagas esto.

Escuchó que su teléfono móvil sonaba en el salón y supo que era Maia llamándola para saber qué estaba pasando. Cuando viera que no contestaba iría hasta allí con Cesar. — Tu amiga te está llamando. ¿No vas a contestar? Está embarazada, no es bueno que se preocupe.

Miró la puerta asombrada. ¿Pero cuantas cosas le había contado a ese hombre? Debía estar loca. Sí, eso era. La loca era ella por haber contado su vida a un psicópata que se había apoderado de su salón.

Recibió un correo electrónico y vio

que era Maia. — ¡La policía viene de camino!— le gritó al leer el mail. — ¡La ha llamado Maia!

—Perfecto, Francesca. — dijo como si le hubiera decepcionado. Escuchó los pasos alejándose en el pasillo y suspiró de alivio. Miró a Rosi y la besó en la cabeza— No le necesito. No necesito a nadie. Te tengo a ti. — su gata le lamió la cara y sonrió.

## Capítulo 3

— ¡Francesca!— gritó Maia desde el salón minutos después.

Saltó de la cama y corrió hasta la puerta. Salió al pasillo y vio a Maia con su marido mirando a su alrededor— Gracias por venir.

— ¿Qué ha pasado?— Cesar miró el televisor y en ese momento llegaron dos agentes.

—No pasa nada —dijo agotada—

Ya se ha ido.

Un agente miró la televisión como Cesar — ¿Qué ha ocurrido aquí? ¿La han agredido?

— ¡No! No quería irse de mi casa y me he asustado.

Maia la miró asombrada— ¿Tu cita de esta noche no quería irse?

—No, era Kirk.

— ¿El australiano?

— ¿Quiere poner una denuncia?— preguntó el agente mirando a Maia para que cerrara la boca.

—No, no. Ni me ha tocado. Sólo quería que habláramos. Pero gracias a ustedes se ha ido. Al decirle que venía la policía, se fue.

—Gracias a Dios que has podido

avisarme— dijo Maia preocupada.

—Si vuelve a verle por aquí, llámenos— dijo el agente volviendo a mirar a Maia para que cerrara la boca. — Llegaremos enseguida. Estamos por la zona.

—Gracias por venir.

El agente antes de salir le dijo— Y cierre con llave.

—Sí, agente.

Cuando se fueron, Cesar le preguntó— ¿Qué está pasando aquí? ¿Quién es ese Kirk y por qué no quería irse de tu casa?

Maia la miraba preocupada y se sintió culpable por haberla llamado. — Sentaos, que os cuento lo que ha pasado.

Cuando terminó la miraban sentados en el sofá con la boca abierta. — ¿Pero qué le escribiste en esas cartas?— preguntó el marido de su amiga asombrado. —Te conoce muy bien.

— ¿Qué quieres decir? Le hablé de mi vida...

Maia miró a su marido mordiéndose el labio inferior. — Francesca, siéntate.

Nerviosa se sentó en la butaca— Cielo, él piensa exactamente lo mismo que pienso yo y te conozco de toda la vida. No sé lo que escribiste en esas cartas o cómo lo hiciste, pero te desahogaste con él como nunca lo has hecho con nadie y él lo ha entendido.



Busca esposa y te ha elegido a ti. Y si dices que es tan atractivo, debe tener muchas candidatas.

— ¡Pues que escoja una de esas!

—Ha venido hasta aquí y aunque sabe que todo ha sido una confusión quiere seguir adelante. Te ha elegido y parece que no se va a dar por vencido— dijo Cesar mirándola con cariño— Y no es por nada, pero estoy de acuerdo con él en todo.

Miró asombrada a sus amigos. — ¿Estáis de broma? ¿Queréis que me case con un desconocido?

— ¡No!— Maia miró a su marido — ¡No!

—Menos mal porque me había parecido...

—Pero puedes ir hasta allí para conocerlo y conocer el ambiente.

— ¿Es que se ha vuelto todo el mundo loco?

Cesar la miró fijamente— Te conozco desde hace cuatro años y en todos esos años no has salido con un hombre más de dos veces. — se sonrojó intensamente— Y sobre lo de las amigas tiene razón también. Te cierras a tener relaciones duraderas y es lo que necesitas. Eres buena persona, inteligente y muy guapa. ¿No quieres tener familia?

—Y la tendré...

—Mentira, porque no le das a nadie una oportunidad. Te asustaste cuando te diste cuenta que él no se iría

así como así después de decirle una frase irónica como haces con todos. Este tío tiene pelotas para ir detrás de lo que quiere y te quiere a ti. Te has puesto de los nervios en cuanto has visto que con él no podías. ¿Pues sabes qué? Eso es lo que necesitas, un tío con huevos para aguantar tu lengua afilada y tus desplantes.

— ¿Y cuando hago yo desplantes?

— ¡Le dijiste a mi amigo Fred que necesitaba un injerto de pelo!—Se sonrojó intensamente— ¡Y a mi amigo Phillip que necesitaba ir al gimnasio para quitar sus michelines! ¡A todos los que te he presentado, les has dicho alguna grosería para espantarlos! ¿Qué le has dicho al dentista, eh? ¡Seguro que

salió por piernas!

Se puso como un tomate porque le había dicho que no había chispa. Maia forzó una sonrisa— Sé que te gusta. Lo veo en tus ojos. ¿Por qué no pruebas unos días en su casa?

— ¿Y si no puedo salir de allí?— dijo asustada.

—Si no recibo un mail tuyo cada dos días como mucho, iré a buscarte— dijo Maia decidida. —De todas maneras, relájate. Mañana seguramente vendrá por aquí, así que podrás hablar con él otra vez. Podéis hablarlo. Si se queda unos días en Nueva York, mucho mejor.

— ¿Crees que vendrá? No lo creo. Pensará que llamaré otra vez a la

policía.

Cesar levantó una ceja— Pues yo apuesto cien pavos a que mañana le vas a ver. Aunque sea para despedirse, vendrá.

—No sé...— se apretó las manos preocupada —Todo esto es una locura...

—Te has abierto con ese hombre más que con cualquier otro que hayas conocido. No esperabas verle en persona y todo te ha tomado por sorpresa. Si le hubieras conocido en el supermercado, nunca le hubieras dicho todo lo que le has contado por carta. Por eso elegiste Australia— Maia la cogió de la mano— Podías haber elegido Nueva York porque el objetivo era hacer amigos, pero elegiste un país a

miles de kilómetros.

En eso tenía razón y le daba miedo que fuera cierto todo lo que le decían, porque eso significaba que nunca tendría una vida normal. —Igual debería ir al psicólogo.

Maia sonrió— ¿Por qué no hablas con tu australiano? Lo has hecho antes por carta. Sólo tienes que hacerlo cara a cara.

En ese momento llamaron a la puerta y Francesca la miró asombrada— ¡No puede ser!

Cesar soltó una risita mientras ella iba hacia la puerta abriéndola furiosa. Kirk estaba allí con dos enormes bolsas de comida del restaurante italiano de la esquina.

— Me debes cien pavos— dijo Cesar divertido.

— ¿Ya se te ha pasado?— preguntó Kirk entrando en el piso como si nada. Dejó las bolsas sobre la encimera de la cocina y se volvió hacia Maia que lo miraba con los ojos como platos. — Hola, soy Kirk Chapman. — dijo sonriendo extendiendo la mano a Maia — Tu debes ser su mejor amiga. — Atontada su amiga le dio la mano sonrojándose como una colegiala y Francesca levantó las manos exasperada. Cesar se levantó sonriendo de oreja a oreja— Me alegro de conocerte, soy Cesar Ramirez, el marido de Maia— dijo como si conociera al presidente de los Estados Unidos— No

sabes lo que me alegro de conocerte.

Maia la miró como si estuviera loca y Francesca apretó los dientes. Estaba claro que no pensaba darle ni un respiro. —La policía se acaba de ir.

—Se fue hace media hora— contestó indiferente— ¿No tienes hambre?

—Kirk, que amable. Has traído la cena.—dijo su amiga como si fuera boba. Sólo le faltaba babear.

—Me imaginaba que estaríais aquí hablando con Francesca— dijo sacando los envases de la cena— ¿Cual es el veredicto?

Cesar se echó a reír y Francesca le miró enfadada— ¿Veis lo que os quiero decir?—Maia asintió encandilada. —



¡Eres mi amiga, ponte de mi parte!

—Estoy de tu parte. Por eso le doy la razón a él.

Kirk sonrió y miró a Francesca —  
¿Ves, nena? Tengo razón.

—Piérdete.

— ¡Francesca!— exclamó Maia.  
— ¿En qué habíamos quedado?

—No lo puede evitar, es la costumbre— dijo Cesar levantándose y cogiendo los platos de la alacena. — Repele a los hombres como si fuera un antimosquitos.

—Antimoscones. — le corrigió ella.

—Eso. ¿Tienes cerveza?

—Toma— Kirk sacó un pack de cervezas de una de las bolsas y otro

pack de colas Light. Ella apretó los labios al verlas. Incluso había llevado zumo para Maia. Empezaba a sentir que algo le apretaba el cuello y se llevó una mano a él acariciándoselo. Kirk se volvió con un plato lleno en la mano y al verla dejó el plato sobre la encimera. — ¿Te vuelves a marear? Nena, estás pálida. — se acercó a ella y la cogió por el antebrazo. Francesca se apartó de malos modos.

— ¡No me toques!

—Fran, tranquila— dijo Maia preocupada.

—No puedo con esto— negó con la cabeza de un lado a otro y Kirk la cogió de la nuca mirándola seriamente— no...

—Escúchame bien. ¡Puedes

ponerte a patalear o llorar como una cría, pero lo vas a aceptar y cuanto antes lo hagas, mejor para todos!

— ¿Cenamos?— preguntó Cesar divertido.

— ¡Cesar!— Maia miraba asombrada a su marido— ¿No piensas decir nada?

—Claro que sí. ¿Cenamos?— le acercó a su esposa un plato y la besó en los labios rápidamente antes de ir a por su plato y su cerveza—Esto tiene una pinta estupenda, no quiero que se enfríe.

Francesca seguía mirando a Kirk a los ojos —Ahora vamos a cenar como las personas civilizadas— dijo él sin ceder un milímetro. —Cuando se vayan tus amigos, hablaremos en privado como

hacen las parejas normales.

—No somos una pareja.

— ¿Nos disculpáis un segundo?—la cogió por la muñeca y tiró de ella hasta la habitación cerrando la puerta. Antes de darse cuenta, la empujó contra la pared y atrapó sus labios como si estuviera sediento. Francesca sintió que la traspasaba un rayo. Se quedó tan sorprendida por lo que sentía, que si era posible se asustó todavía más, sin responder al beso en ningún momento. Kirk se apartó lentamente y la miró — Puede que no me hayas correspondido con el beso, pero tu cuerpo me ha indicado que le ha gustado. No dejes que el miedo te paralice, Francesca. Yo también tengo mi límite.

Salió de la habitación dejándola allí de pie temblando y Maia fue a verla al cabo de unos minutos— ¿Qué ocurre?

—No lo sé.

Maia se dio cuenta perfectamente de lo que estaba pasando— ¿Qué has sentido?

—Como si hubiera tocado un cable de alta tensión.

—Guau...— su amiga sonrió de oreja a oreja. — Eso es estupendo. — al ver su cara suspiró y la cogió del brazo para sentarla en la cama— Te quiero, eres como mi hermana...— dijo cogiendo su mano— pero ¿quieres despabilar de una jodida vez?— Parpadeó mirando a Maia— Tienes ahí fuera a un hombre muy atractivo que

quiere que le conozcas. — iba a decir algo — Deja el matrimonio a un lado de momento. Céntrate en saber cómo es ese hombre que quiere conocerte, ¿vale? Y cuando se vaya, vete con él. No te cierres puertas porque creo que te irá muy bien con él. Tiene carácter y sabe lo que quiere. Además te atrae sexualmente. Desmelénate y relájate un poco, amiga. Porque sólo se vive una vez.

—Es que es tan intenso...

— ¡Mejor! ¡Disfrútalo y si no sale bien, pues da igual!

Maia se levantó y tiró de ella. — ¿Tengo que salir ahí? No sé cómo comportarme.

—Pues no digas nada. Cena y ya

está.

Salieron al salón y se encontraron a los hombres hablando. Cesar sentado en el sofá charlaba con Kirk, que estaba de pie con las manos en los bolsillos de los vaqueros y parecía impaciente. – ¡Ya estamos aquí! ¿Cenamos?

Kirk la miró, pero ella no se atrevió a hacer lo mismo, así que pasó a su lado para sentarse en la butaca cogiendo el plato de Cesar y metiéndose unos espaguetis en la boca para no tener que hablar. Cesar levantó una ceja. –Te vas a atragantar.

Kirk reprimió una sonrisa y fue a por el plato de Francesca para dárselo a Cesar. Con su plato en la mano se sentó en la butaca de en frente – Así que eres

de Australia— dijo Maia sonriendo—  
¿De qué zona?

—Tengo un rancho cerca de  
Yalgoo. Tenéis que venir a conocerlo.

Francesca se atragantó y empezó a  
toser— ¿Ves?— preguntó Cesar dándole  
palmaditas en la espalda— No tragues,  
mastica.

—Gracias— dijo pasando la  
servilleta por sus labios mirando de  
rejojo a Kirk que sonreía descarado.

—Un rancho ¿y qué crías?

—Bobino y ovino. Es una  
explotación lo bastante grande para las  
dos cosas— empezó a comer mirándola,  
pero ella miraba a cualquier sitio menos  
a él. — ¿Montas a caballo, Francesca?

Tragó los espaguetis que tenía en la



boca haciéndose daño— No.

—Da igual, allí aprenderás.

Miró a su amiga que sonrió animándola. ¿Qué aprendería a montar a caballo? Por Dios, si ni siquiera había visto una oveja en su vida. Aquello era ridículo. Miró el plato de espaguetis y se volvió a meter el tenedor en la boca. Era mejor que sólo la abriera para comer.

— ¿Y vives allí solo? Tengo entendido que los ranchos están algo aislados— preguntó Cesar interesado.

—Las distancias son distintas que aquí y es cierto que para alguien que vive con cien personas en un edificio puede ser algo extraño, pero Francesca se acostumbrará. Vivo con mi tío y mi

madre. Además hay obreros y una mujer que limpia en la casa que es como de la familia. No se sentirá sola. Y en el futuro tendremos hijos...

Maia gimió— No tenías que haber dicho eso. — miró a su amiga que había palidecido y Kirk la observó preocupado. —Olvida lo que ha dicho — dijo su amiga— Olvida eso....

— ¿Qué lo olvide?— preguntó con la boca llena. — ¡Está loco!

—Hablo de más adelante— dijo Kirk entrecerrando los ojos— Mucho más adelante.

—Sí, olvídalo— dijo Cesar advirtiéndolo con la mirada a Kirk— Ha sido un lapsus. Seguro que no piensa en eso ahora. Habla del futuro— dijo

haciendo un gesto con la mano – Dentro de mucho tiempo.

Tragó los espaguetis y fulminó con la mirada a Cesar— ¿Y tú qué sabes? Le conoces desde hace cuanto, ¿cinco minutos?

Cesar se sonrojó y miró a su esposa haciendo un gesto— Francesca, olvídale. Borra la última frase, como en el procesador de textos. –Los miró como si estuvieran mal de la cabeza y dejó el plato sobre la mesa de centro. Se levantó limpiándose con la servilleta y fue hacia la cocina, pero antes de que nadie pudiera impedirlo salió por la puerta del piso corriendo. Como sabía que en el ascensor la pillaría, fue hasta la escalera de atrás que hacía de salida

de incendios. Salía al callejón de detrás del edificio y corrió hacia la calle, en dirección contraria a la puerta del edificio.

Cuando estuvo lo bastante alejada se pasó las manos por el pelo despejando la frente. ¿Qué tenía que hacer ahora? ¿Qué debía hacer? ¡Se sentía atraída por él pero no tanto como para abandonar el país! Necesitaba a alguien, pues se buscaría a un americano. En Nueva York había miles de hombres. Caminó sin darse cuenta pensando en que la humanidad se había vuelto loca y en mil cosas más, todas relacionadas con que no pisaría Australia en su vida.

Cuando llegó a la zona del Soho se

sorprendió. Vio la entrada de una de las discotecas de moda y entrecerró los ojos. Cuando llegó a la puerta, se saltó la cola decidida y fue hasta el portero que en cuanto la vio llegar abrió el cordón— No tengo dinero.

—Dentro te invitarán a lo que quieras, preciosa. —dijo el hombre sonriendo— Si no es así, avísame. Y si quieres algo más también.

Ella le guiñó un ojo y entró en el local. Era un sitio enorme y había varias barras distribuidas por el local. Dio una vuelta y vio un hombre muy atractivo, que en cuanto la vio detuvo la conversación que tenía con otro para mirarla.

—Ni se te ocurra— se sobresaltó

volviéndose. Kirk la miraba como si quisiera matarla y ella se sintió como si hubiera hecho algo malo.

Entrecerró los ojos y le espetó—  
¿Me has seguido?

—Quería comprobar que estabas bien y te he seguido para no agobiarte.

—Puedo hacer lo que quiera. Este es un país libre.

Kirk se cruzó de brazos— Metí la pata. No te atosigaré ¿de acuerdo? Haremos lo que hacen las personas normales cuando se conocen.

— ¡Yo ya no quiero conocerte!

Kirk apretó los labios y miró a su alrededor. —Está bien. —se fue hacia la barra y pidió algo al camarero. Estaba de espaldas y ella se quedó allí de pie

mirándole, sintiéndose fatal. ¿Por qué se sentía mal si quería perderlo de vista? Debería estar contenta porque lo había espantado.

— Hola, preciosa. — levantó la vista y vio al hombre que la había mirado antes.— ¿Quieres tomar una copa?

—Desaparece— dijo molesta antes de volver a mirar a Kirk que estaba bebiendo lo que parecía un whisky.

—Vamos, sólo una copa. Me llamo Ben ¿y tú?

Asombrada vio a una rubia despampanante con un vestido blanco ajustado que sólo le cubría el trasero, acercándose a Kirk. Se colocó a su lado y le susurró algo al oído. — ¿Qué

quieres tomar?

Se volvió hacia el pesado— Nada. ¡Y tampoco quiero nada de ti!— caminó hacia Kirk y la rubia, dejando al tío allí plantado. Cuando llegó tras Kirk dijo— Quiero bailar.

Kirk se dio la vuelta lentamente y la rubia frunció el ceño— Eh, guapa. Ponte a la cola.

Francesca alargó la mano mirándole a los ojos y Kirk dejó el whisky sobre la barra antes de cogérsela. La llevó hasta la pista de baile dejando a la rubia con la boca abierta y cuando llegaron la abrazó por la cintura pegándola a él. Ella le abrazó por el cuello mirándole a los ojos— ¿No me agobiarás?



—No te agobiaré. Lo haremos a tu ritmo.

Francesca sonrió y apoyó la cabeza en su torso. Cerró los ojos siguiendo el ritmo de la música y no se sintió nada incómoda con él. Bailaron una hora y Kirk le acariciaba la espalda de arriba abajo. Levantó la vista y dijo—Me duelen los pies.

—No me extraña nada. —dijo divertido. —No tengo ni idea de cómo eres capaz de correr tan rápido con esas cosas.

—Es cuestión de práctica. —la cogió de la mano y salieron del local.

Cuando llegaron a la acera había varios taxis y se subieron a uno. Kirk dio su dirección y ella exclamó— ¡Las

llaves!

Divertido sacó las llaves del vaquero y se las puso delante. Sonrió cogiéndolas— Al parecer piensas en todo.

—No en todo. Porque tengo los billetes de vuelta para pasado mañana— miró su reloj— mejor dicho para mañana.

— ¿Y si no encajo allí?

—Sin agobios ¿recuerdas?— la abrazó por los hombros y la pegó a él— ¿Sabes? He pensado que puedes usar la torre para escribir.

— ¿La torre?

—Mi casa tiene una habitación, que sobrepasa en una planta a la segunda. La llamamos la torre. Se utiliza de trastero,

pero podemos hacer allí una habitación para ti. Para que tengas tu espacio.

A Francesca se le cortó el aliento — No tienes que hacer eso.

Kirk apretó los labios — Bueno, ya veremos. Suponía que los escritores necesitan intimidad.

Ella se quedó en silencio y cuando llegaron se bajó pagando al taxista. Cuando llegaron arriba, abrió la puerta y pasó tras ella. Francesca se sentó en el sofá y se quitó los zapatos. Kirk sonriendo se sentó en la butaca a su lado y le cogió uno de los tobillos. Sorprendida le vio acariciar su empeine hasta llegar a los dedos de sus pies, moviéndolos adelante y atrás mientras Francesca apoyaba la espalda en el

respaldo del sofá gimiendo de placer. —  
¿Te gusta?

Levantó el otro pie colocándoselo sobre los muslos y Kirk se echó a reír. Francesca abrió los ojos sorprendida porque su risa la hizo sentir muy bien. Le siguió masajeando los pies y sus manos subieron hacia sus tobillos. Ella suspiró mirando sus manos y cuando llegaron al interior de sus rodillas le miró a los ojos— Los pies están más abajo.

— ¿De veras? ¿Me estoy desviando?

—Un poco.

— ¿No te duelen los muslos por ir de puntillas?

—Un poco. — susurró cuando sus

manos tiraron de ella por el interior de las rodillas acercándola al borde del sofá. Kirk sin dejar de mirarla a los ojos se arrodilló ante ella y le colocó las piernas sobre sus hombros. Le besó una rodilla mientras sus manos masajeaban primero un muslo y después el otro. — Nena, tienes la piel más suave del mundo. — Francesca se sintió preciosa bajo su mirada y abrió los labios pasándose la lengua por el labio inferior sin darse cuenta. Sintió que le faltaba el aire y su respiración se aceleró cuando sus manos llegaron por debajo del vestido hasta su trasero. Gimió cerrando los ojos cuando se lo acarició y no protestó cuando le bajó las braguitas para acariciar la piel desnuda— ¿Te

duele ahí?— preguntó con voz ronca. Francesca gimió en respuesta y ni se dio cuenta que le quitaba las braguitas. La acarició en el interior de los muslos y cuando sus manos llegaron a sus húmedos pliegues se sobresaltó por el placer que la traspasó de arriba abajo. Abrió los ojos y alargó la mano. Kirk se incorporó dejando caer sus piernas y la cogió en brazos besándola con pasión. Francesca se aferró a él sintiéndose viva y le devolvió el beso desesperada por lo que le ofrecía.

La llevó hasta la habitación y la dejó de pie sobre la cama. Sus manos bajaron hasta el borde de su vestido y se lo subió a toda prisa separando su boca para quitárselo por la cabeza. En cuanto

lo tiró al suelo, ella se abrazó a su cuello rodeándole con sus piernas y Kirk gimió sujetándola por las nalgas y acariciando su espalda hasta el cierre de su sujetador que abrió con una sola mano. Kirk se apartó para mirarla a los ojos y le susurró –Desnúdame.

Ansiosa se subió a la cama y dejó caer su sujetador antes de llevar las manos a su camisa. –Joder nena, eres preciosa— dijo él mirándola desnuda sobre la cama. Francesca abrió lentamente los botones de su camisa y la sacó del pantalón, abriéndola para ver su pecho que estaba dorado por el sol. Se lo acarició de abajo arriba y pasó sus manos por sus hombros para apartar la camisa, que Kirk terminó de quitarse. Se

acercó y le besó en el hombro hasta llegar a su pecho y cuando le besó la tetilla, Kirk tembló. Sus manos bajaron por sus abdominales hasta el cierre de su pantalón y lo desabrochó lentamente haciéndole gruñir— Nena...

Kirk se bajó los pantalones a toda prisa y la cogió por la nuca atrapando sus labios con rudeza. La besó robándole el alma y la tumbó sobre la cama acariciando su espalda hasta llegar a su trasero. Al sentir su piel pegada a la suya, Francesca jadeó en su boca y al sentir su miembro cerca de su vientre. Abrió las piernas inconscientemente para hacerle espacio, abrazando su cuello para pegarle más a ella. Kirk separó sus labios y la miró a los ojos



moviendo sus caderas. Gimió al rozarla con su miembro y no pudo disimular su impaciencia. — Perfecta para mí— susurró entrando en ella lentamente. Movi6 las caderas firmemente para llegar al final y Francesca grit6 arqueando su cuello por el placer que la recorri6. Sali6 de ella lentamente y volvi6 a entrar con fuerza provocando que Francesca tensara su interior por el placer que la traspasaba y con cada movimiento de sus caderas, se tensaba m6s y m6s, hasta que Kirk la lanz6 al para6so. Nunca se hab6a sentido as6 y se dio cuenta que por esa sensaci6n recorrer6 el mundo.

## Capítulo 4

Kirk le besaba las mejillas cuando volvió en sí y se puso de rodillas sujetándola por la cintura para sentarla sobre él. Se miraron a los ojos y Francesca susurró— ¿Puedo llevarme a Rosi?

—Puedes llevar lo que quieras.

— ¿Me dejarás volver si quiero?

—Si no quieres estar conmigo, no voy a retenerte, Francesca—dijo en voz

baja acariciando su espalda.

Ella sonrió— ¿No me estarás mintiendo?

— ¿Yo?— preguntó divertido— Ni se me ocurriría.

Se abrazó a él y apoyó la mejilla sobre su hombro— No he visto una oveja de verdad en la vida.

Kirk se echó a reír. — ¿Estás de broma?

Le miró a los ojos negando con la cabeza y Kirk no salía de su asombro— Las he visto en la tele y en los libros, claro. Pero nunca una de verdad.

— ¿Y un caballo?

—Caballos sí, claro. La policía va montada a caballo y están los de los carruajes de los turistas. También he

visto los animales del zoo pero una oveja no.

Kirk se echó a reír— Chica de ciudad.

—Sí, y muy orgullosa que estoy de ello— dijo levantando la barbilla. — Seguro que sé hacer cosas que las de tu rancho no saben hacer.

— ¿Sí? ¿Como qué?

—Ahora no lo sé, pero lo descubriré.

—Seguro que sí.

—Dime cosas que hagan allí las mujeres. — susurró acariciando su cuello hasta llegar a su cabello rubio.

—Lo verás tú misma ¿para qué quieres saberlo?

Se encogió de hombros. —

Curiosidad.

—Tú no vas a trabajar en el campo. Tú escribirás porque ese es tu trabajo. No quiero que interrumpas tu sueño. Que te vayas allí no significa que tengas que renunciar a nada.

— ¿No voy a renunciar a nada?

Él negó con la cabeza bajando la mano de su espalda hasta su trasero y ella suspiró cerrando los ojos y arqueando su cuello. Kirk se lo besó hasta llegar a sus pechos—No, cielo. No vas a renunciar a nada.

Eso de que no iba a renunciar a nada, no le quedó tan claro cuando se despertó a su lado al día siguiente. De momento renunciaba a su intimidad.

Nunca se había despertado al lado de un hombre. Siempre se iban después del sexo porque ella se encargaba de que fuera así, pero con Kirk al parecer todo era distinto, pues se había quedado dormida. Tumbaba boca arriba en la cama, le vio durmiendo a su lado y puso los ojos en blanco pensando que era un desastre de mujer. ¡Le había dicho que se iba a ir a Australia! ¡Ay, madre!

Se levantó lentamente y fue hasta el baño sin hacer ruido. Se metió en la ducha, abrió el agua fría para espabilarse y chilló de la impresión agarrándose a la pequeña estantería de acero inoxidable que tenía en la pared con el gel y el champú. Se quedó con ella en la mano tirando los botes al

suelo— ¿Estás un poco tensa?— Kirk completamente desnudo entró en el baño y fue hasta el water.

Cuando abrió la tapa, se le quedó mirando con la boca abierta. Cerró los ojos cuando empezó a usarlo, pensando que no estaba preparada para tanta realidad todavía. Se dio la vuelta con la estantería en la mano y vio los azulejos blancos “No pasa nada. Relax”, pensó intentando colocar la estantería otra vez en los agujeros, pero ya no quedaba como antes. Como ella después de esa experiencia, que la estaba dejando algo tocada.

Cuando Kirk abrió la puerta de la mampara, a Francesca se le cortó el aliento con los ojos como platos cuando

la cogió por la cintura —Buenos días, nena— le besó en el cuello — ¿no crees que el agua esta un poco fría?

Ella se volvió muy seria. —Mira— dijo apartándolo por el pecho. — Vamos a buscar una palabra para que no tenga que decir que me estás agobiando...

Kirk la miró divertido— ¿Te estoy agobiando?

—Nunca duermo con un hombre y lo que acabo de ver es demasiado para mí. — movió la mano de un lado a otro — Puede que en diez años, si seguimos juntos, cosa que dudo, me haya acostumbrado a verte mear por las mañanas, pero en este momento no estoy cómoda...



Él asintió con la cabeza— Te estoy agobiando.

—Vale, así que para no decir esa palabra vamos a buscar una que no signifique eso. De esa manera no te estaré diciendo que me estás agobiando cada cinco minutos.

—Me lo estarás diciendo igualmente pero con otra palabra.

— ¡Vale! Veo que no funciona. — se dio la vuelta y cogió los botes del suelo volviendo a colocarlos sobre la estantería que cayó al suelo de inmediato.

—Te lo arreglaré— dijo él en voz baja cogiéndola otra vez por la cintura.

— ¿Y me arreglarás a mí?

—Tú no tienes nada de malo. Estás

acostumbrada a estar sola, eso es todo.

— ¿Por qué no sales corriendo?—  
preguntó indignada haciéndole reír.

—Soy un cabezota.

—Ya me he dado cuenta. —No  
pudo evitar sonreír.

Kirk abrió el agua caliente— ¿Has  
tenido suficiente agua fría?

—Sí.

— ¿Y qué te parece si nos  
duchamos?

Ella miró hacia abajo y se agachó  
para coger el bote de gel, pero de la que  
se incorporaba se dio cuenta que él no  
estaba muy relajado tampoco. —Kirk...  
—dijo mirando su miembro.

—Vale, nos duchamos luego. —  
dijo él con voz ronca cogiéndola por la

cintura y levantándola antes de besarla.

Cuando se vistieron, él con la ropa que llevaba y ella con unos vaqueros y una camiseta, Kirk le dijo— Voy hasta el hotel a recoger la maleta.

—Yo voy a pedir unas vacaciones. — dijo pasándose la mano por su pelo húmedo.

—Lo dices como si fueras al patíbulo— dijo divertido. Se sonrojó desviando la mirada— No pasa nada. ¿Qué te parece si usamos la palabra tortita?

—Tortita. —dijo asombrada.

—Me dices quiero tortitas y yo lo entenderé.

— ¿Y si un día quiero tortitas?

—Muy graciosa, nena— la besó suavemente antes de salir de la habitación. — Te veo luego. ¡Haz las maletas!

—Sí, sí— dijo entre dientes mirando a su alrededor.

Cuando llegó a la editorial, su jefe la miró como si estuviera loca—A ver si lo he entendido. Te vas de vacaciones, pero no sabes si volverás porque te vas con un hombre que quiere casarse contigo y al que conoces desde hace... ¿dieciséis horas?

—Lo has pillado, jefe.

Jerry sentado en su escritorio la miró como si estuviera mal de la cabeza — ¿Estás tomando algún tipo de

medicación?

— ¿Crees que la necesito?

— ¿Esta situación no te parece un poco extraña?

— Eso mismo le dije a Maia, pero a ella le parece bien.

— ¿Estáis locas? ¿Y si es un psicópata?

— No tiene pinta. Al principio sí que lo pensé, pero después se me pasó.

— ¿Se te pasó?— no salía de su asombro.

— Sí, cuando me siguió hasta la discoteca después de huir de mi piso, me di cuenta que había una oportunidad de que funcionara.

— ¿Huiste de tu piso?

— Sí, después de llamar a la

policía volvió y entonces huí— hizo un gesto con la mano e incompresiblemente se echó a reír. — Todo ha sido un poco raro.

—Lo que te voy a decir es por tu bien. No te doy esas vacaciones.

Parpadeó sorprendida —Pero me corresponden...

—No. Tenemos mucho trabajo.

—Entonces pido una excedencia.

—Tampoco te la concedo.

—Entonces dimito.

Jeff la miró con la boca abierta— ¡Ahora sí que creo que estás loca!

— ¿Entonces me concedes las vacaciones?

Su jefe gruñó mirándola fijamente — Está bien. Treinta días.

Francesca sonrió y fue hasta la puerta— Gracias, jefe.

—Cuídate...—dijo como si fuera su padre.

— ¿Qué me puede pasar? Me voy a un rancho a Australia.

—Precisamente por eso.

Con el ceño fruncido salió de la oficina y susurró para sí— Lo ha dicho como si me fuera a Siria o algo así.

Al llegar a su apartamento llevaba en la mano una bolsa de croissant de chocolate pues no había desayunado y se quedó con la boca abierta al ver que su ordenador había desaparecido al igual que su impresora y los marcos de plata con las fotografías de su familia y Maia.  
— Mierda, me han robado. —Entonces

pensó que nadie le robaría esa pantalla de ordenador por no cargar con ella y con el ceño fruncido fue hasta su habitación para ver a Kirk mirando su ropa— ¡Tortitas, tortitas!

Kirk reprimió una sonrisa y dejó el vestido que tenía en la mano sobre la cama— Nena, sólo quiero ayudarte.

— ¡Tortitas!— dijo amenazándolo con el croissant de chocolate en la mano.

—De acuerdo— se acercó cogiendo el croissant, saliendo de la habitación dejándola atónita. Se sentó sobre la cama llena de ropa y con los ojos entrecerrados sacó otro croissant de la bolsa, que comió tranquilamente decidiendo lo que se iba a llevar.



Viendo los peeptoos en color nude que había ante ella, hizo una mueca porque supuso que en un rancho no se los pondría mucho. Pero a lo mejor iban a cenar a algún sitio.

Cuando Kirk volvió a la habitación después de dos horas, se cruzó de brazos al verla sentada en la cama en la misma posición con la bolsa vacía en la mano. —Ya sabía yo que no ibas a hacer las maletas.

—Estoy decidiendo que meter en ellas.

Kirk miró a su alrededor— Pues, ¿qué te parece si primero metes unos vaqueros?

—Sí, ya lo había pensado.

— ¿Entonces...?

—No tengo maletas.

Kirk suspiró. — ¿Nunca te vas de viaje?

— Sí, pero se las he dejado a Maia para sus últimas vacaciones y no me las ha devuelto.

—Iré a comprar unas.

—No, yo iré a buscarlas...

— ¿Qué te han dicho en el trabajo?

— ¿Aparte de que estoy loca?

Él sonrió— Sí, aparte de eso.

—No hay problema. —se levantó de la cama y pasó ante él—Voy a por las maletas.

Como Maia vivía cerca, fue hasta su casa y entró con sus llaves pues ambos estaban trabajando. Se quedó de piedra al oír la voz de Cesar en la

habitación y se detuvo en el pasillo confundida. Miró su reloj de pulsera y vio que era la hora de comer, así que igual habían ido a casa para tener un encuentro romántico. Sonriendo dio un paso atrás intentando no hacer ruido, cuando escuchó la voz de una mujer que no conocía. Perdió la sonrisa de golpe y lentamente caminó por el pasillo, sintiendo que su corazón iba a cien por hora. La puerta estaba entornada y cuando vio al marido de su mejor amiga en la cama con otra, reaccionó de la peor manera posible.

— ¡Maldito cabrón!— siseó abriendo la puerta de golpe. Cesar se sobresaltó intentando cubrirse con la sábana, mirándola atónito mientras la

mujer gritaba del susto

— ¿Qué coño haces aquí?

— ¿Es tu mujer?— preguntó la rubia intentando cubrirse con el edredón que ella les había regalado.

— ¡No! ¡No soy la mujer de este cerdo!— se acercó a la cama y cogió a la mujer por el cabello tirando de ella hasta el suelo. La mujer chillaba asustada— Tú sabías que estaba casado, ¿no, puta?

— ¡Francesca, déjala!— Cesar se intentó levantar cayendo de la cama al resbalar con las sábanas.

— ¡Claro que la voy a dejar! ¡La voy a dejar echa una pena como no se largue!— le gritó tirando de ella hasta la puerta— ¡Lárgate de aquí!

La mujer de rodillas sobre la moqueta que le había ayudado a elegir a su amiga, lloraba asustada sujetando su puño intentando que la soltara. Se volvió hacia Cesar fuera de sí y él la miró con miedo— Ahora escúchame bien porque sólo te lo voy a repetir una vez. Como vuelvas a hacer esto, como vuelvas a mirar a otra mujer, te corto las pelotas y me las como en el desayuno, ¿me has entendido?

Cesar pálido le preguntó — ¿No se lo vas a decir a Maia?

— ¿Y hacerle daño? Yo la quiero mucho más que tú, cerdo asqueroso. ¡Por Dios, si vais a tener un hijo!

—No sé qué me pasó, te lo juro. — dijo aparentando arrepentimiento.

Francesca no se tragó ni una palabra. Si lo hacía en su casa, ya lo había hecho antes. Se acercó furiosa y le pegó un puñetazo en la nariz tomándolo por sorpresa.

—No me mientas Cesar, porque como sigas haciéndolo prometo perseguirte hasta el infierno— Cesar se tapó la cara con las dos manos y ella le cogió del cabello tirando de él para que la mirara— Hazle daño y te mato. Yo no he estado aquí, tú no has estado aquí y no te volverás a bajar los pantalones. Y para asegurarme de ello, no sabrás cuando te estarán siguiendo. Algún día contrataré a un detective y como encuentre algo raro de ti, vete preparando el pasaporte. — le soltó con

asco.

Miró a la mujer que recogía su ropa sin dejar de llorar — ¿No te había dicho que te fueras?— le gritó.

La mujer salió corriendo en cuanto recogió su zapato y volvió a mirar a Cesar— Ahora limpia este desastre.

Cuando llegó a casa cerró de un portazo sobresaltando a Rosi que estaba en el sofá tumbada. — ¿Nena?— Kirk entró en el salón a toda prisa y la vio apoyada en la puerta. — ¿Qué ha pasado? Estás pálida.

— ¡Tortitas! ¡Tortitas! ¡Tortitas!— gritó al borde del llanto.

Kirk se sentó en el sofá preocupado y cogió a Rosi para acariciarla mientras

Francesca se dejaba caer lentamente hasta sentarse en el suelo. Dobló las piernas y apoyando los codos en ellas, se apartó el cabello de la cara. —Nena, ¿dime que ha pasado?

—No entiendo ni yo misma lo que acaba de pasar— susurró mirando el suelo.

—Explícamelo.

Ella le miró con sus ojos violetas llenos de lágrimas— Fui al piso de Maia y...

— ¿Está bien? ¿Ha pasado algo?— preguntó al ver que no continuaba.

—Sí, le va a pasar algo muy gordo.

— ¿El que?— Kirk se levantó y fue hasta ella. La recogió del suelo y la abrazó a él— Cuéntamelo, cielo.



—No me puedo ir.... — dijo entre lágrimas. —No puedo dejarla sola.

Kirk se tensó y se sentó con ella en el sofá. Le separó la cara para mirarla bien y le acarició las mejillas— Ahora cuéntamelo todo.

Ella le miró a los ojos— Encontré a Cesar en la cama. —Kirk entrecerró los ojos antes de abrirlos y Francesca supo que lo había entendido cuando juró por lo bajo— No puedo dejarla.

— ¿Qué has hecho cuando los has visto?

— ¿Qué iba a hacer? ¡Sacar a esa zorra de la cama de mi amiga de los pelos y a él le he pegado un puñetazo!— dijo indignada.

Kirk sonrió— ¿Y qué le has dicho?

—Que lo perseguiré hasta la muerte como le haga daño.

—Nena, no se lo va a decir— le acarició el cabello— No se va arriesgar a perderla. Será bueno y Maia será todavía más feliz porque tendrá a su marido pendiente de ella en lugar de acostándose con otras.

— ¿Crees que ya lo sabe?— preguntó asombrada.

—Nena, si se acuesta con otras mujeres en su misma cama, Maia lo sabe seguro. ¿Tú no lo notarías? La manera de hacer la cama, el olor... no sé. Hay mil cosas y las mujeres os fijáis mucho más que nosotros.

Era cierto y Maia era una obsesa del orden. Si algo no estuviera en su

sitio lo sabría. —Le odio. Parecía tan enamorado y...

—Hay muchas maneras de amar. A ti la de Cesar no te gusta, porque hará sufrir a tu amiga, pero eso no significa que no la quiera. La quiere a su manera.

— ¿Le estás justificando?

—No, no justifico la infidelidad pero tienes que reconocer que ella es consentidora. Se aman a su manera y nadie tiene derecho a meterse en lo que hace una pareja. Como nadie debe decirnos a nosotros si lo que hacemos está bien. Es nuestra vida.

Se miraron a los ojos— Yo no lo consentiría.

Kirk sonrió —Ya lo sé. Si a él le has pegado un puñetazo, a mí me

cortarías las pelotas.

— ¿Entonces no le digo nada? ¿He hecho bien al decirle a él que cerrara la boca?

Él negó con la cabeza— Si no te ha dicho nada sobre si tenía dudas de la infidelidad de Cesar, eso significa que no quiere saberlo. No te metas entre ellos y si alguna vez te enteras de que ya se ha enterado, no le digas que lo sabías porque se sentirá avergonzada.

— ¿Y si se lo dice él?

—Tú lo has hecho para protegerla y terminará por entenderlo.

—Me siento como si la estuviera traicionando al no decirle la verdad.

—Tu primera reacción fue la correcta. La has protegido para que no

sufra. Esa es la misión de un buen amigo. Lo demás, lo tienen que solucionar ellos. Si él decide decírselo cuando llegue a casa, bien. Y si decide no decírselo, también mientras ella sea feliz.

— ¿Mejor ser una engañada feliz?

Kirk hizo una mueca— Conoces a Maia, dime sinceramente si crees que lo sabe...

Repasó mentalmente una conversación que habían tenido al poco de casarse. Maia se había enterado de que una conocida del instituto se había divorciado porque su marido le había puesto los cuernos. Ella se había indignado diciendo que ella haría exactamente lo mismo después de

atropellarlo con su BMW y Maia se había echado a reír, pero después dijo sorprendiéndola —Pues yo no estoy segura de no perdonar una infidelidad. Por un hombre como Cesar igual me lo pensaba.

Miró a Kirk a los ojos— No sé si lo sabe, pero puede que lo perdonara.

—Bien, entonces ya sabes lo que tienes que hacer. Nada.

—Yo no lo perdonaría— dijo muy seria y Kirk rió por lo bajo.

—Entendido.

—Quiero que te quede bien claro. No lo perdonaría. — Kirk le acarició el muslo por encima del vaquero.

—Lo mismo digo. —la besó en los labios— Ahora vamos a comprar esas

maletas que casi no tenemos tiempo para todo.

Cuando llegaron a la tienda iba a comprar un juego de maletas pero Kirk se negó— Ahí no te va a caber todo. Cuatro maletas grandes.

— ¿Pero estás loco? ¿Qué voy a hacer luego con cuatro maletas grandes?

—Nena, no vas a volver— lo dijo tan convencido que no supo qué decirle. Cuando le vio mirar una maleta enorme por abajo, le cogió por la muñeca y lo llevó hasta una esquina para que no los molestara nadie.

—Kirk, esto es una prueba.

—Lo sé. Pero no vas a volver.

— ¡Deja de decir eso!

— ¿Tortitas?

Ella suspiró pasándose la mano por la frente. —De todas maneras si me quedara tendría que volver para dejar mi trabajo o para arreglar lo del piso. Tengo que volver.

Kirk apretó las mandíbulas y miró a su alrededor. —Está bien. Pero vas a tener que comprar las maletas más adelante.

Francesca no pudo evitar sonreír—  
Nunca te das por vencido ¿verdad?

—Si me diera por vencido, mañana no vendrías conmigo.

—Claro que sí. — dijo divertida—  
Me convencieron esas cartas tan emotivas y extensas que me escribías.

Kirk gruñó cogiéndola por la



cintura—Tengo un mes para convencerte. Hace unas horas no querías ni verme y mira donde estamos ahora.

En eso tenía toda la razón. —Es que tus masajes son extraordinarios.

—Tomo nota.

Al final se pusieron medio de acuerdo, un juego de maletas y otra haciendo juego de las grandes— Así cuando nos vayamos de vacaciones ya tenemos maletas. —dijo Kirk divertido.

Ella no quiso discutir pero cuando iba a pagar él, sacó su tarjeta... — ¿Qué haces?

—Pagar. — la miró como si hubiera dicho la cosa más absurda del mundo.

—Mis gastos me los pago yo.

— ¿En serio?

— Sí.

— Pues me debes dos mil dólares del billete de avión.

Francesca se quedó mirándolo con la boca abierta— ¿Dos que?

Kirk levantó una ceja y le dio la tarjeta a la dependienta. — El billete de mañana cuesta eso. ¿Cómo me lo quieres devolver?

— ¿En especies?

— ¿Y eso de mis gastos...

— Ya, ya.

Kirk se echó a reír y firmó el recibo. — ¿Nos vamos?

Cargados de maletas volvieron a casa y entraron en la habitación. Ella se preocupó por el coste del billete de

avión. Si se iba no podría volver cuando quisiera y menos sin trabajar. El libro si se llegaba a publicar, tardaría al menos dos años en empezar a dar beneficios y su cuenta bancaria no era precisamente abultada. No vivía mal, pero tampoco podía derrochar. Kirk estaba en el suelo abriendo una maleta y Francesca fue hasta el armario— Kirk...

—Dime...

— ¿Podré encontrar un trabajo allí?—él la miró sorprendido—Si no vuelvo, quiero decir.

—No creo, cielo. Un trabajo como el que tienes ahora lo podrías encontrar en Sydney, me imagino, pero donde vivimos no.

Ella asintió y se volvió hacia el

armario sacando todos sus vaqueros y las camisetas. Se acercó a la maleta y lo metió dentro— ¿En qué piensas?

—En que igual puedo decirle a Jerry que trabajaría desde allí. Le podría enviar el trabajo por mail.

Kirk la cogió de las muñecas cuando se iba a levantar para recoger más ropa. — ¿No querías escribir un libro?

—Sí, claro. Pero no quiero...

—Me va muy bien ¿sabes?— Kirk sonrió acariciando el interior de sus muñecas con el pulgar— No necesitas trabajar en lo que no te guste para mantenernos.

—Pero venir aquí es muy caro y...

—Cuando Maia esté a punto de dar

a luz puedes volver si todavía estás allí.

— ¿Y las Navidades?

—Las Navidades las pasamos en casa. Son fiestas para estar con la familia— dijo muy serio.

—Pero mi familia es Maia. — dijo angustiada. Kirk suspiró y se levantó del suelo. A Francesca le dio la sensación que quien se estaba agobiando era él. —  
¿Necesitas unas tortitas?

Él sonrió volviéndose— No. Estaba intentando encontrar una solución.

—Da igual— dijo ella haciendo un gesto con la mano simulando su preocupación— A lo mejor me vuelvo horrorizada en una semana.

—Muy graciosa.

—Tendréis televisión ¿verdad?

—Ja, ja.

## Capítulo 5

Él se empeñaba en meter todo lo posible en las maletas y al final metieron casi toda la ropa excepto la de muy de invierno pues él le dijo divertido que no la necesitaría. Guardó su portátil y las memorias portátiles en sus fundas y cogió cargadores de móvil con todo lo necesario para su trabajo. Cuando terminó, miró a su alrededor y vio a Rosi que estaba ante ellos. — Nos

vamos, pequeña. ¿Estás preparada?

—Claro que está preparada. Se lo va a pasar estupendamente con Pelusa.  
— dijo Kirk cogiéndola y acariciándole la cabeza.

Parpadeó mirando a su supuesto novio de unas horas—Perdona, ¿qué has dicho?

Kirk silbó girándose y llevándose la gata con él hasta el sofá. Ella le siguió sin perderle de vista. —Repite eso... ¿Quién es Pelusa?

—Un gato.

—Un gato. ¿Un gato qué?

— ¿Cómo que un gato qué?— Kirk la miraba como si estuviera chiflada—  
Un gato. Gris con rayas negras. Un gato.

— ¡Un gato!— ella le cogió a Rosi



de los brazos— ¡Perdona guapo, pero esta es una gata con pedigree! ¡Su madre fue campeona cuatro años seguidos! Mi Rosi no se enrolla con gatos. ¡No está capada!

Kirk se echó a reír a carcajadas y ella se indignó. — Hablo en serio.

—Ya lo veo. Y eso es lo que me causa gracia. Nena, es una gata.

—No es una gata. Es Rosi.

—Vale, para ti es Rosi. Para mí, Pelusa se encarga de que no haya ratones en casa. Es un gato.

— ¡Ratones en casa!

—No hay ratones. Para eso esta Pelusa, para que no los haya. Como otras cosas.

Ella abrazó a su gata — ¿Otras

cosas como qué?

—Una vez entró una serpiente—  
dijo lentamente— Pero no pasó nada.

—Ah. —miró a su gata que ronroneó  
cuando le acarició la barriga. —Rosi no  
caza ratones.

—Tranquila, en cuanto vea uno  
perderá el culo detrás él. —dijo  
divertido. —¡Es una gata!

Francesca entrecerró los ojos—No  
lo hará, es una princesita. No caza  
ratones.

Kirk se echó a reír a carcajadas y  
alargó la mano para cogerla de la  
cintura sentándola a su lado. — Muy  
bien. Tu princesita no caza ratones.

—Tengo hambre, ¿vamos a cenar?

— ¿Te queda algo en la nevera?

Se levantó dejando a Rosi y miró dentro. — La cena de ayer.

En ese momento llamaron a la puerta y Maia entró sin esperar a que la abrieran con su propia llave. —Hola.

—Hola — Francesca cerró la nevera de golpe al ver que llevaba cuatro cajas de pizzas en la mano. —Te quiero...

—Lo sé— dejó las pizzas en la encimera y al volverse le dijo a Kirk — Veo que la encontrarse y que os vais mañana.

Francesca se sonrojó porque no la había llamado— Perdona Maia, pero es que he estado muy liada.

—Sí, ya me imagino lo liada que has estado—dijo maliciosa haciendo

reír a Kirk.

— ¿Y Cesar? Hay cuatro pizzas. — Kirk se levantó y cogió la cerveza que le tendió Francesca.

—No le esperamos. Tenía trabajo. Al parecer en la comida tuvo problemas y llegó tarde, así que se tiene que quedar algo de tiempo. — dijo cogiendo su pizza y el zumo que le tendía Francesca. — En cuanto pueda, se pasa por aquí.

Kirk miró a Francesca a los ojos y le hizo un gesto para que cambiara de tema. — ¿Sabes? En casa de Kirk hay ratones.

Kirk puso los ojos en blanco por la cara de horror de Maia que se estaba sentando en la butaca. — No hay ratones.

—Y una vez entró una serpiente. —  
se sentó en el sofá con su caja de pizza y  
Kirk lo hizo a su lado.

— ¿Cómo era de grande?

Las dos se volvieron hacia él que  
las miró a punto de partirse de la risa.  
Abrió los brazos todo lo que abarcaban  
y ellas horrorizadas se miraron la una a  
la otra. —Yo no sería capaz— dijo Maia  
mirándola con admiración. — Si no  
soporto las arañas, ¿cómo me iba a ir a  
vivir a un sitio donde hay serpientes? Ni  
hablar. Eres muy valiente, Fran.

— ¡En Nueva York hay unas ratas  
enormes!— dijo Kirk incrédulo. — ¡Las  
he visto! Si hasta dicen que hay  
caimanes en las alcantarillas.

—Va, eso son historias para niños.

Yo nunca he visto ninguno.

—No es de extrañar, no has visto ni a una oveja.

—Ja, ja.

— ¡Anda, es verdad!— dijo Maia alucinada— Yo tampoco he visto una nunca.

—Neoyorkinas. — dijo Kirk antes de meterse un trozo de pizza en la boca.

Se pasaron toda la cena cinchándole y se lo pasaron estupendamente riendo como niñas, hasta que apareció Cesar que disimuló la mar de bien. Francesca no lo podía disimular y perdió el ánimo. En cuanto se puso a cenar su pizza que ya debía estar fría, Maia le dijo a Kirk — ¿Te importa que me la lleve para hablar un

rato a solas?

—No, claro que no. No tengáis prisa.

Se fueron a la habitación y Maia sonriendo se sentó en la cama— Así que lo vas a hacer. Me alegro mucho.

—Estoy en un tiovivo emocional, te lo puedo asegurar. En cuanto empiezo a pensar lo que se me viene encima, parece que me paraliza pero Kirk siempre dice lo adecuado para animarme.— se sentó a su lado mientras hablaba y miró a su alrededor.

Maia asintió sonriendo— Me gusta mucho. Me parece que os vais a llevar muy bien.

—Eso espero. Lo estoy dejando todo para hacer esta prueba, así que...

—Si tienes problemas, háblalos con él. Intentaré ayudarte, estoy segura. — le guiñó un ojo —Y si no llámame a mí.

—Lo haré.

Se miraron unos segundos y Maia dijo forzando una sonrisa. —Lo sabes, ¿no?

—Por Dios Maia, ¿cómo no me dijiste nada?— preocupada le cogió la mano.

—No quería que le miraras mal.

— ¡Mirarle mal! ¡Le sacaría los ojos!

Maia sonrió y miró al suelo— Cuando pasó la primera vez, hablamos mucho del asunto y me prometió que no lo haría de nuevo.



—Pero volvió a pasar— dijo en voz baja.

—Sí. — sus ojos se llenaron de lágrimas— Pero es que le amo tanto... Le amo tanto que el miedo a perderle me aterroriza. —se encogió de hombros— Prefiero vivir así, a vivir sin él.

Francesca apretó los labios asintiendo— Si tú eres feliz, por mí perfecto. ¿Él sabe que conoces las demás?

Maia negó con la cabeza— Me hago la tonta. Me enteré de lo de este medio día porque te vio salir el portero y a ella antes que a ti. Así que me dijo si había habido algún problema porque una vecina se había quejado de gritos y golpes. Supongo que lo de la nariz se lo

has hecho tú.

—Tenía que haberle partido las piernas.

Maia se echó a reír a carcajadas—  
¿Crees que no lo he pensado?

—Pero Maia, en tu casa...

Su amiga desvió la mirada— Lo sé.  
Es una falta de respeto hacia mí.

—No creo que ni pensara en eso. —  
dijo Francesca intentando animarla—  
De todas maneras ahora estará  
acojonado a que yo me vaya de la  
lengua. Seguro que se le está  
atragantando la pizza.

Se echaron a reír y se abrazaron. —  
En un mes volveré para partirle las  
piernas. De paso solucionaré lo de la  
casa.

Maia miró a su alrededor. —Dios mío, ¿y con todos los libros que tienes por la casa qué vas a hacer?

—No tengo ni idea.

—Si quieres cuando te decidas puedo ir metiéndolos en cajas y así cuando vengas solo decides qué hacer con ellos.

—No te molestes, Maia. Bastante tienes con el trabajo y el embarazo. Déjalo. Si vuelvo para vender el piso, tendré que quedarme unos días, así que habrá tiempo de sobra. Además puede que no me lleve todos los libros y done algunos a la biblioteca.

—Como quieras.

Estuvieron hablando un rato de cómo sería su vida en Australia y

cuando dieron las once salieron de la habitación. Cesar se tensó cuando las vio salir —Bien Kirk, cuídame la— dijo Maia con una sonrisa para alivio de su marido.

—Haré todo lo posible.

—Que tengáis buen viaje— dijo Cesar dándole la mano a Kirk.

—Será largo, pero llegaremos.

Cesar sonrió y se volvió hacia ella — Si necesitas algo....

Ella se acercó y le dio un beso en la mejilla antes de decirle en voz baja— Ándate con ojo sino quieres aparecer flotando en el River Side.— se alejó sonriendo de oreja a oreja y Cesar asintió con cara de tener diarrea.—Te veré a la vuelta, amigo.—Y le arreó una

fuerte palmada en la espalda.

Kirk sonrió disimulando mientras que Maia la cogía del brazo para abrazarla— Te quiero. —dijo su amiga apretándola a ella.

—Si me necesitas...

—Lo mismo digo. Juntas para siempre. — con lágrimas en los ojos se separaron. Kirk la cogió por la cintura acercándose a la puerta.

Cuando su amiga se fue, Kirk a abrazó a él. —Vamos a la cama, cielo. Ha sido un día largo para ti.

— ¿No me das un masaje?

—Te daré ese masaje. Pero te quedarás dormida.

—Entonces será que has perdido facultades, australiano.

Kirk se echó a reír y la cogió en brazos antes de besarla para llevarla al dormitorio.

Al día siguiente tuvieron que pedir dos taxis para todas las maletas y las cajas que Kirk se había empeñado en llevar, aunque ella le había dicho que no era necesario. La facturación fue un circo, porque la compañía tardó una eternidad en facturarle todo. Y ella empezó a estresarse.

Pero cuando un montón de horas después sentada en aquel asiento del avión y de que mil ideas pasaran por su mente y casi todas tuvieran que ver con que estaba equivocada, empezó a entrar en pánico. Kirk al darse cuenta de lo

tena que estaba, pidió a la azafata un whisky doble— ¿Qué haces? —preguntó confusa cuando se lo puso delante.

—Bébetelo. Te sentará bien. Te relajará.

Ella miró el whisky con asco. — No me gusta.

—Piensa que es una medicina. Lo tragas y ya está. Es mejor que un calmante.

Decidió darle la razón y cogió el vasito de plástico bebiendo aquello que sabía a rayos, pero al cabo de unos minutos se sintió mucho mejor. De hecho se sentía muy bien y cuando Kirk levantó la vista de la revista que estaba leyendo, vio que Francesca sonreía de oreja a oreja. —Veo que estás mucho mejor.

—Sí— se acercó a él y le cogió del brazo abrazándolo— ¿Sabes? Se me ha pasado por la cabeza que podíamos ir al baño— dijo soltando una risita tonta.

Kirk sonrió— Nena, soy demasiado grande para hacerlo en el baño.

—Va, no seas aguafiestas.

— ¿Por qué no duermes un rato?

Ella puso morritos y colocó su otra mano en su muslo subiendo hasta su entrepierna provocando que Kirk votara sobre su asiento agarrándole la muñeca — Sé buena.

—No sabía que eras tan aburrido— dijo molesta volviendo a su asiento.

—Es que no me he tomado dos whiskies— dijo divertido.



— ¡Pues tómatelos!

Él reprimió una sonrisa y volvió a mirar la revista— Duerme un poco.

Francesca no se durmió aunque todos a su alrededor lo estaban haciendo y Kirk después de un rato también se quedó dormido. Ella chasqueó la lengua mirándolo y se cruzó de brazos tamborileando sus dedos sobre su piel desnuda. —Perfecto, esto es perfecto.

Media hora después se volvió a sentir inquieta y decidió tomarse otro whisky— Igual así yo también me duermo— dijo entre dientes. Llamó a la azafata y pidió dos whiskies dobles. La mujer la miró sorprendida y ella le dijo —Son para mi novio. Es australiano ¿sabe? Y le gusta despertarse con un

buen lingotazo.

La mujer le puso los dos vasos de whisky ante ella —Gracias —dijo radiante. Cogió los vasitos mientras la miraba con desconfianza. Cuando se alejó, ella cogió el primer vasito y lo bebió de golpe para pasarlo rápidamente. — ¡Puaj, qué cosa tan asquerosa!— después soltó una risita cogiendo el otro y se lo bebió de la misma manera.

Kirk le movió el hombro— Nena, despierta. Ya hemos llegado.

Se sobresaltó en su asiento y lo miró con los ojos vidriosos— ¿A dónde?— tenía la voz pastosa y se sentía mareada.

— ¿Estás bien?

—Claro— se intentó levantar pero el cinturón se lo impedía— ¿Qué rayos? — miró hacia abajo y vio las manos de Kirk en el cierre. — Kirk, no me metas mano ahora que no tengo ganas.

Lo dijo en alto y varios pasajeros se volvieron a mirar.

Kirk parpadeó sorprendido— Francesca, ¿te has tomado más copas?

—Sólo dos. — dijo como una niña que había hecho algo malo.

—Esto es estupendo— dijo desabrochando su cinturón y levantándola del asiento.

Al levantarse se le movió todo y sonrió— Uhh. —dijo tropezando con un pasajero. Kirk que estaba recogiendo su

bolsa de viaje y el bolso de Francesca se volvió para cogerla rápidamente del brazo para pegarla a él.

—Muy bien, nena. Ahora vamos a pasar la aduana y nos iremos a casa. De camino se te pasará la borrachera.

— ¿Tan lejos está tu casa?— preguntó asombrada— ¡Vives en el fin del mundo!

Kirk intentó no reírse —Un par de horas nada más.

—Ah... — de la que salía del avión pasaron ante la azafata que la había servido— Un whisky estupendo.

—Gracias, señorita— dijo mirando a Kirk.

—Es mío. Me lo he ganado viniendo hasta aquí— tropezó con sus

propios pies y Kirk tuvo que cogerla por la cintura.

—Felicidades— la azafata no salía de su asombro.

—Bienvenida a Australia, nena— dijo Kirk a su oído.

Francesca sonrió radiante — Gracias. ¡Estoy encantada de estar aquí!

—Ya lo veo.

Casi tuvo que arrastrarla a la zona de aduanas y cuando enseñó el pasaporte por ella dijo al policía. — Se ha tomado un relajante y la ha dejado así.

El hombre se levantó de la silla para mirarla bien— Sí, le pasa a mi mujer de vez en cuando. — puso el sello en su pasaporte y los dejaron entrar en

el país.

Kirk la volvió a coger de la cintura y fueron a recoger las maletas, pero tenían tanto equipaje que no cabía en un carrito y ahí vino el problema porque ella no podía empujar el carrito y menos en línea recta. Tuvieron que llamar a un asistente del aeropuerto para que los ayudara a salir de allí.

Cuando llegaron a la zona de vuelos privados, Francesca iba sentada como una niña en el carrito encima de las maletas mientras gritaba Kirk – ¡Más rápido! ¡Más rápido!

El asistente del aeropuerto no podía evitar la risa mientras Kirk intentaba cogerla del brazo para que no se cayera abajo.

Un hombre cerca de una avioneta los esperaba con las manos en los bolsillos traseros del pantalón. En cuanto los vio levantó una ceja — ¿Un viaje movido, jefe?

—Joder Peter, ayúdame con las maletas, ¿quieres?

— ¿Ella también es una maleta?— Francesca intentaba ponerse de pie sobre la maleta como para hacer surf.

—Tiene un mal día.

— ¿En serio?—intentaba no reírse y Kirk harto de ella la cogió de la cintura cogiéndola en brazos. —Yo creo que tiene un día fantástico.

En ese momento Francesca se dio cuenta que Peter estaba allí— Hola... ¿eres australiano?

—De padre y madre.

—Me gustan los australianos.

Conozco a uno que es capaz de convencer a un esquimal para que compre una nevera. — su tono conspirador hizo reír a Peter.— ¡Y encima hace el amor de miedo!—Kirk se puso como un tomate mientras Peter se desternillaba de la risa— ¡Si todos los australianos sois así, me mudo ahora mismo!

—Nena, te voy a subir al avión— dijo yendo hacia las escalerilla.

— ¿Otro avión?— balbuceó. — ¿No estamos en Australia?

Peter no paraba de reír mientras metía las maletas con el ayudante que no quería perder detalle. — Estamos en



Australia— dijo Kirk metiéndola en la avioneta. La sentó en un asiento y ella miró alrededor— ¿Qué tal si duermes otro ratito?

— ¿Tú crees?

— Sí, cuando lleguemos yo te aviso.

Ella asintió y luego negó con la cabeza— No tengo sueño. ¡Estoy en Australia!— exclamó con los ojos como platos.

— Ya, y no se va a ir a ningún sitio. Así que duerme.

Salió del avión antes de darse cuenta y Francesca miró a su alrededor. Entrecerró los ojos al ver una gran caja roja y se levantó yendo hacia ella. — ¿Qué habrá aquí?— tiró de la tapa hacia

arriba y vio una gran bolsa amarilla. Le dio una vuelta y en el centro tenía un círculo rojo. —Un botón— se echó a reír pulsándolo y la bolsa amarilla salió disparada de su mano hinchándose. —Ah, es una balsa salvavidas— dijo desilusionada cuando la vio hinchada de costado en medio del avioneta.

— ¡Francesca! ¿Qué has hecho?— gritó Kirk diez minutos después viéndola sentada en la balsa mientras subía la escalerilla.

— ¿Nos vamos? Estoy preparada — sonrió radiante mirando a Kirk que estaba asombrado.

Peter se echó a reír a carcajadas al verla allí sentada y le dijo a Kirk— Esto le va a encantar a la jefa.

— ¡Cierra el pico! —Kirk se pasó la mano por su abundante pelo rubio— Que desastre. Mi madre va a poner el grito en el cielo cuando la vea así.

—Siempre les caigo bien a las suegras— dijo ella sonriendo de oreja a oreja— Me adoran.

—Se la va a comer con patatas— dijo Peter entre dientes pasando a su lado para ir hacia la cabina del piloto— Bueno, chicos... nos vamos. Abrochaos los cinturones.

Kirk la cogió en brazos y ella se aferró a su cuello— ¿Qué tal si probamos el baño?

—No estás para fiestas— dijo abrochándole el cinturón de seguridad.

—Claro que sí. —giró la cabeza

para mirar por la ventanilla y se quedó dormida.

Sintió un movimiento y abrió los ojos. Chasqueó la lengua al verse en la parte trasera de una camioneta. Los baches del camino eran tan fuertes que se cayó del asiento al suelo. Madre mía, qué ganas de vomitar. Pensó agarrándose el estómago. Cuando el coche se detuvo, gimió de alivio intentando levantarse y Kirk miró hacia atrás— Nena, ¿te has despertado?

Ella no respondió porque abrió la puerta del coche para vomitar hasta la primera papilla. Cuando las arcadas

cesaron, se limpió las lágrimas y al ver que había manchado unas botas, levantó la vista lentamente para ver a una mujer bajita y muy delgada con el cabello negro cortado a la altura de la barbilla mirándola como si fuera una extraterrestre— Perdón. No la había visto.

— ¿Francesca?— Kirk la cogió por la cintura y ella totalmente descompuesta se apoyó en él— Ella es mi madre, Daniella Chapman. —Mierda, pensó forzando una sonrisa —Mamá, ella es Francesca Carpenter.

La madre de Kirk entrecerró los ojos — ¿Está borracha?

—Sólo un poco— dijo Kirk sonrojado— Culpa mía. Le di un par de

whiskies en el avión y la cosa se ha ido de las manos.

Se encontraba fatal e intentaba mantener un poco la compostura pero de repente se le escapó la risa y le dijo a Kirk —No le caigo bien.

Él aparto la cara como si le hubiera dado un puñetazo— Nena, vamos a lavarte los dientes.

—Eso ha sido muy poco romántico.

Peter se partía de la risa mientras sacaba las cosas del coche y cuando sacó a su gato, Daniella abrió los ojos como platos— ¿Qué rayos es eso?

—Mi gato. —sonrió tontamente y tambaleándose fue hacia Rosi sin darse cuenta de que estaba nerviosa de tanto ajetreo. La cogió acariciando su pelo y

al acercarse a su suegra que la miraba como si estuviera chiflada, Rosi saltó sobre ella clavando sus uñas sobre la camisa de Daniella para sostenerse. Peter y Kirk vieron como la mujer empezaba a chillar pegando saltos y Rosi se subió a su cabeza para sostenerse. Kirk acudió en rescate de su madre cogiendo a Rosi por el lomo — Está algo nerviosa— dijo él intentando sonreír mientras Francesca intentaba aguantar la risa y Kirk soltó a la gata que salió corriendo.

— ¡No!— gritó ella corriendo tras Rosi como una loca.

— ¡Nena, déjala!

— ¿Qué es esto, Kirk?— gritó su madre enfadadísima. — ¿Te has traído

una chiflada a casa?

—Mamá, dale tiempo ¿vale?

Francesca ajena a su discusión cogió a Rosi con cuidado pues se había detenido cerca de un arbusto. —Muy bien, preciosa— dijo ella acariciándola. Sonrió a Kirk que se acercaba a ella— Está bien.

—Claro que está bien. —Cogió a Rosi y a ella la rodeó con el brazo— Vamos nena, tienes que descansar. El cambio de horario y todo lo demás no te han sentado bien.

—Sí, que descanse— dijo su madre furiosa quitándose las botas en el porche antes de entrar en la casa dando un portazo.

Francesca se mordió el labio



inferior mientras seguía a Kirk entrando en la casa— No le caigo bien.

—Se le pasará, nena. No te preocupes por eso. La ha pillado por sorpresa, eso es todo.

Subieron por unas escaleras pero ni miró a su alrededor. Cuando entró en una habitación la acostó en la cama y dejó a Rosi en el suelo. —Ahora vas a dormir— dijo quitándole los zapatos. —Y cuando despiertes todo será distinto, ya verás.

Ella sonrió cerrando los ojos y antes de darse cuenta estaba dormida.

## Capítulo 6

Al abrir los ojos tenía un dolor de cabeza de la leche. Se llevó una mano a la frente y gimió sentándose en la cama. Era de día pero no tenía ni idea si era el mismo día o el siguiente. Sola en la habitación vio una puerta y la abrió lentamente suspirando de alivio al ver que era el baño. Se duchó con agua fría y cuando salió se encontraba mucho mejor. Con su melena negra húmeda,

salió desnuda del baño y chilló cuando vio a un hombre que no conocía en medio de la habitación. Cogió el edredón de la cama para cubrirse mirándole con los ojos como platos. Era rubio y muy alto. Se parecía a Kirk con treinta años más y estaba sonrojado hasta la raíz del pelo.

— Perdona, pero Dani me ha pedido que te despierte y como no contestabas, entré para ver si estabas bien. —Ella no sabía qué decir— Por cierto soy Thomas, el tío de Kirk.

—Encantada— susurró muerta de la vergüenza.

—Te esperamos abajo— dijo él saliendo a toda prisa de la habitación.

Gimió cubriéndose la cara con las

manos. Para alguien que llevaba sola tanto tiempo, aquello era horrible. ¡Si ni siquiera tenía intimidad en su propia habitación! ¡La había visto desnuda!

Vio las maletas en una esquina de la habitación y fue hasta allí sin soltar el edredón mirando la puerta de reojo. Abrió las maletas y cogió unos vaqueros con una camiseta.

Aquello estaba empezando de maravilla. Primero conocía a su suegra borracha como una cuba y después su tío la veía en pelotas. La tensión empezó a aparecer y ella se mordió el labio inferior mientras se ponía unas deportivas. –Tranquila Francesca, todo va bien. Sólo necesitas algo de tiempo.

Al salir de la habitación miró a su

alrededor y se quedó de piedra porque aquello era un rancho. ¡Pero un rancho de verdad! ¡No se imaginaba que iba a vivir en la Ponderosa! Con los ojos como platos bajó por la escalera mirando los cuernos que estaban colgados en la pared y cuando vio lo que parecían dos hachas cruzadas, no dio crédito. —No estás en Nueva York, eso está claro.

—Ah, estás aquí...— dijo una voz femenina haciéndola girarse al llegar al hall. Su suegra la miraba como un bicho raro y puso las manos en jarras mirándola de arriba abajo— Ya que vas a vivir aquí, espero que seas puntual en las comidas para que Talia no tenga que hacer las comidas cuando a ti te dé la

gana. — Francesca se tensó por el rapapolvo, pero no dijo nada— Está claro que no serás de ninguna utilidad en esta casa, pero al menos no des trabajo extra. ¿Lo has entendido?

—Sí—dijo sintiéndose fatal. Sin saber porqué, tenía ganas de llorar. Estaba claro que su suegra no era lo que se esperaba y lo mismo podía decir su suegra de ella.

—Esta es mi casa y yo pongo las normas. Que mi hijo te haya traído aquí...no va a afectar en nada a la convivencia general. No crees problemas y nos llevaremos bien.

Francesca parpadeó mirándola y ya no pudo aguantarlo más. Puso de forma chula las manos en las caderas y le dijo

— Si esta es su bienvenida, debo decirle que es bastante grosero por su parte hacerme sentir incómoda nada más llegar.

—Llegaste ayer y por cómo te comportaste, he decidido hablar contigo para dejar las cosas claras. O haces lo que yo digo o te largas de mi casa.

— ¡Estoy aquí por Kirk! ¡No por vivir en su casa! ¡No soy una pedigüeña que tiene que buscar un techo donde cobijarse!

— ¿Ah, no?— su suegra sonrió irónica. —Kirk me ha dicho que eres escritora. Puesto que no he leído ningún libro tuyo, no debes ser muy buena. Ya que te tenemos que mantener, espero que ayudes a Talia con sus tareas pues ahora

somos uno más y no podrá con todo el trabajo. —Fue hasta la puerta y cogió un sombrero del perchero. Se lo puso mirándola con malicia— De todas maneras te largarás antes de que nos demos cuenta.

Asombrada la vio salir de la casa dejándola con la palabra en la boca. ¡Sería bruja! Estaba claro que la odiaba y no quería ni verla. Sino tenía bastante con el cambio, tenía que lidiar con ella. — Tortitas, tortitas— dijo entre dientes entrando en lo que parecía el comedor que estaba impecablemente limpio. Vio una puerta y la abrió tímidamente suspirando de alivio al ver la cocina. No había nadie en ella y vio una manzana en un frutero, así que la cogió.



Después de comérsela, tiró el corazón a la basura y abrió la nevera cogiendo un refresco de cola. Se lo bebió mirando por la ventana el paisaje, que era francamente desolador. Decidió echar un vistazo a la casa. Cuando salió del comedor cruzó el hall y al entrar en el salón, se detuvo al ver una mujer limpiando unos candelabros de plata que estaban sobre una repisa.

—Buenos días— dijo mirando a la mujer que llevaba un vestido de flores que parecía de abuela y unos zapatos negros de cordones.

—Buenos días— la mujer sonrió y dejó el trapo sobre la repisa. —Tú debes ser Francesca. Tienes un nombre precioso.

—Sí, soy yo. Gracias— sonrió a la mujer que debía tener unos cincuenta años pero aparentaba más por su pelo lleno de canas recogido en una cola en la nuca. — ¿Tú eres Talia?

—Sí, soy el ama de llaves. ¿Te apetece desayunar algo?

—No gracias, me acabo de comer una manzana.

—Pero eso no es un desayuno.

—No, de verdad. No te preocupes — dijo incómoda forzando una sonrisa. —Estaba mirando la casa.

—Mira lo que apetezca. ¿Quieres que te la enseñe?

—No, por favor. No quiero interrumpir tu trabajo.

—Va— hizo un gesto con la mano

— Me aburro casi todo el día y limpió mil veces la misma cosa. Aquí no hay mucho que hacer.

Ella apretó los labios al oír eso, porque estaba claro que la madre de Kirk sólo le había dado el discurso por hacerle sentir mal— Entonces estaré encantada de que me enseñes esto.

Talia era muy agradable y se notaba que estaba encantada de que estuviera allí. Mientras le mostraba el despacho que utilizaba Kirk y su madre para llevar el negocio, charlaron sin parar y también le mostró el baño de la planta inferior. Subieron las escaleras y le indicó de quién era cada habitación. — Aquella del fondo es la de la madre de Kirk. Es la más grande de la casa. La de

al lado es la del tío Thomas y esta es la vuestra— dijo con una sonrisa.

— ¿Las otras dos están vacías?

— Sí. Cuando el padre de Kirk hizo la casa pensaba llenarla de niños, pero después Dani tuvo un parto complicado y ya no pudo tener más. Tardaron mucho en llegar al hospital...— la mujer sonrió — Pero eso ya no es problema ahora con los helicópteros sanitarios.

¿Le estaba informando de que no había que preocuparse o era sólo cotilleo? Prefirió pensar que era cotilleo. — Bueno y esta es la casa.

— ¿Y la torre?

Talia la miró sorprendida— ¿Kirk te ha hablado de ella?

— Soy escritora y me dijo...— se

sonrojó intensamente.

— ¿Que sería tu estudio?— la mujer sonrió de oreja a oreja— Entonces tenemos que arreglarlo.

Subieron por una pequeña escalera de caracol y llegaron a lo que era un desván. Además hacía un calor sofocante y estaba lleno de polvo. — ¿No hay luz?

—Claro, lo que pasa es que cubrimos las ventanas en un temporal muy fuerte y así se quedaron.

—Está lleno de cosas— susurró para sí. ¿Dónde iban a colocar todo aquello?

— ¿Qué hacéis aquí?— la voz de Dani las sobresaltó y miraron a la mujer que estaba en las escaleras con cara de

pocos amigos.

—Francesca quería ver la torre para su estudio.

Dani la miró como si fuera un insecto— Es una broma, ¿no? ¿No pensarás trastocar nuestra casa por unos días que te vas a quedar?

Francesca apretó los labios y Talia jadeó asombrada—Pero Dani...

— ¡No te metas, Talia! ¡Esto es entre nosotras!— exclamó su suegra de malos modos.

—No le hables así— dijo Francesca fríamente. —A mí háblame con respeto y a ella también.

—Pero si la chica de ciudad tiene mal humor. ¿Necesitas una copa?— Talia las miraba sin salir de su estupor y

Francesca se sonrojó — ¡Cuando Kirk recobre el juicio, te echará de aquí a patadas!

—Ya has dejado clara tu posición. Pero Kirk...

— ¡Me importa poco lo que te ha dicho Kirk!— le gritó como si estuviera desquiciada— ¡Ahora sal de aquí!

Se sentía humillada y fue hasta la escalera. Dani se apartó para que pasara y le hizo la zancadilla al pasar provocando que cayera por las escaleras llegando al pasillo del primer piso haciéndose daño en el codo al chocar contra la pared— ¡Francesca!— gritó Talia desde arriba— ¿Estás bien?

La mujer bajó a toda prisa colocándose a su lado, pero Francesca

intentaba recuperar el aliento. —Todavía debe estar borracha— dijo la bruja con desprecio pasando a su lado y enfilando el pasillo ignorándola.

—Dios mío, ¿estás bien?

—Sí— susurró intentando no llorar de frustración. Se sentó en el suelo haciendo una mueca por un dolor que sintió en el costado.

—Voy a llamar a Kirk. — la mujer estaba muy preocupada— Ha sido una buena caída.

Lo que menos quería era preocupar a Kirk, que debía estar trabajando. Ya había perdido días de trabajo por ir a buscarla y no quería que en su primer día tuviera que ir a rescatarla. — Estoy bien. Ha sido el susto, nada más—



forzando una sonrisa se levantó con esfuerzo y caminó cojeando porque también le dolía algo la cadera. — ¿Ves? En unos minutos estaré perfecta.

—Te has raspado el codo. —ella se lo miró y al estirarlo vio la herida en el codo— Ven que te lo cure.

—No, de verdad. No es nada. ¿Te ayudo con la comida?

—Solemos comer un sándwich— dijo como si se excusara. — ¿Quieres que te prepare un filete?

—No, un sándwich está muy bien. —dijo cogiendo la barandilla para evitar más accidentes. Aunque estaba segura que lo anterior no había sido un accidente en absoluto. La maldita bruja había intentado hacerle mucho daño.

Estaba claro que la quería fuera de esa casa.

Cuando llegaron abajo, ella estaba en la cocina haciéndose un sándwich de pavo— Veo que estás bien.

—Me sorprende tu preocupación cuando has sido tú la que me has hecho la zancadilla.—dijo con ironía—Pero tranquila, vas a tener que hacer mucho más para quitarme de el medio.

—Estás loca— por el desprecio de su voz, le dieron unas ganas de pegarle un guantazo, que tuvo que retenerse.

Talia apretó los labios y miró a su jefa de reojo— ¿Por qué no le das una oportunidad a la chica? Si Kirk la quiere aquí...

—Kirk abrirá los ojos en cualquier

momento. Ya sabía yo que esas ridículas cartas no traerían nada bueno— cogió su sándwich y salió de la cocina.

Frustrada y dolorida se sentó en la mesa de la cocina— No tenía que haber venido. — se empezó a agobiar mirando a su alrededor— ¿Qué hago aquí?

—Estás aquí por Kirk— dijo Talia mirándola con una sonrisa— No te preocupes por ella, se le pasará.

— ¿Se le pasará? ¡Me ha tirado por las escaleras!— se tapó la cara porque no quería ponerse a llorar. — ¡Me odia!

—No te puede odiar porque no te conoce. Cuando lo haga...

—Yo no quería venir... Sabía que no tenía que hacerlo.

— ¿Y por qué lo hiciste?

— ¡Kirk me convenció y mi amiga Maia! —se levantó de la silla y susurró—  
Voy a dar una vuelta. Necesito tomar el  
aire.

—No te alejes.

Salió al porche y miró a su  
alrededor. Cuando vio la casa desde  
fuera se dio cuenta que era muy bonita y  
el jardín ante ella estaba bastante  
cuidado. A la derecha había una  
edificación y se acercó hacia allí casi  
sin darse cuenta, mientras pensaba que  
todo aquello era una locura. Lo último  
que necesitaba era lidiar con una suegra  
chiflada. Era el garaje y había un Jaguar,  
un Mercedes y una camioneta. También  
había dos motos con los cascos  
colgando del manillar. Hizo una mueca

porque no sabía conducir ninguna de esas cosas. Al vivir en Nueva York y tener tantos transportes a su disposición, nunca se había sacado el carnet. ¡Además allí conducían al revés!

Paseó alrededor de la casa y sonrió al ver a Rosi tumbada en el porche de atrás a la sombra— Eh... ¿qué haces ahí? Subió saltando la barandilla e hizo una mueca cuando el dolor de la cadera y el codo le recordaron el recibimiento de su suegra. Se sentó al lado de Rosi y le acarició la cabeza— ¿Estás cómoda en tu nueva casa?—Rosi en respuesta se subió a su regazo sentándose sobre ella. —Al parecer tú también tienes que acostumbrarte, ¿verdad?

Estuvo allí un rato con ella para

que no se sintiera sola. Cuando un gato pasó ante la casa a toda velocidad y Rosi salió corriendo tras él, Francesca puso los ojos en blanco— ¡Resístete un poco!— le gritó— ¡Tienes que hacerte la dura!—Y lo decía ella que se había ido al fin del mundo por un hombre que conocía de unos días— Aplícate el cuento— dijo entre dientes levantándose.

Como no tenía nada que hacer, fue hasta su cuarto e hizo la cama. Suspiró y recogió la habitación dispuesta a guardar su ropa, pero al abrir el armario gimió porque no tenía precisamente mucho espacio. Colgó únicamente los vestidos y el resto lo dejó en las maletas — Ya sabía yo que traer tanta ropa era

un error.

Abrió la caja donde estaba su ordenador y chasqueó la lengua al ver que la pantalla estaba rota— El día mejora por momentos. — dijo cerrando la tapa exasperada. Puso las manos en las caderas y miró a su alrededor— Bueno, me entretendré comiendo algo.

Bajó a la cocina y para su desgracia de la que llegaba al hall se cruzó con Dani. No le dijo ni palabra, ignorándola para salir de la casa dando un portazo. —Paciencia— dijo entre dientes yendo a la cocina.

Talia estaba cortando unas verduras —Tienes el sándwich en la nevera.

—Gracias. Me he puesto a colocar

la ropa y...

—No te preocupes— siguió cortando unas zanahorias— Entiendo que tienes que sentirte algo incómoda después de lo que ha pasado.

Ella dio un mordisco a su sándwich e hizo una mueca porque el pavo estaba rancio, pero no dijo ni pío comiéndoselo todo mientras Talia no dejaba de hablar — Yo he nacido en la zona y me puedo imaginar la diferencia de ser de una gran ciudad.

—Ese no es el problema, ¿no crees? Ni siquiera he puesto un pie en la casa y se ha puesto como una fiera.

—Es que Dani tiene otras perspectivas, ¿entiendes?

Eso la puso alerta— ¿Otras



perspectivas? ¿Quieres decir que quiere otra mujer para Kirk?

Talia hizo una mueca — No es exactamente así. Verás, hay una vecina a unos cincuenta kilómetros al sur que le parece bien a Dani.

— ¿Es guapa?

—No. —negó con la cabeza con vehemencia.

— ¿Inteligente? ¿Divertida?

—No. — volvió a negar con la cabeza.

— ¿Entonces qué tiene, por el amor de Dios?

—Lleva el rancho de su padre con mano de hierro.

Francesca dejó caer los hombros— Entiendo.

Talia sonrió— Pero aprenderás a hacerlo.

—No.

— ¿Cómo que no?

Se levantó llevando el plato al fregadero —No voy a aprender porque no tengo ningún interés. Mis intereses son otros. Voy a escribir un libro.

La mujer gimió empezando a cortar puerros— Eso no le va a gustar a la jefa.

—Me estoy hartando de lo que quiere la jefa. —dijo entre dientes antes de empezar a lavar el plato. Decidió cambiar de tema— ¿Te ayudo?

—No hace falta, de verdad. ¿Por qué no te echas una siestecita?

Al ver que no la dejaría hacer nada, volvió a su habitación y cogió su

portátil que afortunadamente todavía funcionaba. Estuvo ante la página en blanco toda la tarde porque no dejaba de pensar en qué coño hacía ella allí. Con la espalda apoyada en el cabecero miraba la pantalla sin verla y después de varias horas se abrió la puerta sobresaltándola.

— Hola, preciosa— Kirk con vaqueros y una camisa beige entró en la habitación. Su ropa estaba sucia y parecía cansado. — ¿Cómo ha ido todo? ¿Has descansado?

Se acercó y le dio un beso en los labios. Al ver que no decía nada, miró la pantalla del ordenador y disimuló incorporándose— Me voy a duchar.

Empezó a quitarse la camisa y al

ver su torso desnudo ella apartó el ordenador— Hazme el amor.

Kirk la miró sorprendido y vio como se quitaba la camiseta quedando en ropa interior— Nena, ¿estás bien?

—Hazme el amor Kirk para recordarme porque estoy aquí, porque sino saldré corriendo.

Él se desabrochó los vaqueros sonriendo— Son muchos kilómetros para salir corriendo.

Impaciente ella se quitó los pantalones y estiró los brazos haciéndole gestos con las manos para que se acercara. — ¿No quieres que me duche primero?

—No, te quiero así. Sudoroso y tan hombre...

Kirk se sentó en la cama sonriendo — ¿Me has echado de menos?

—No sabes cuanto— dijo antes de besarle en el cuello pero al levantar el brazo él se lo cogió.

— ¿Qué te ha pasado?

Suspiró contra su piel sabiendo que no podía decirle que su madre le había tirado por las escaleras —Me caí.

— ¿Te caíste?— la separó de él cogiéndola por los hombros para mirarla a los ojos— ¿Dónde?

—Me caí por las escaleras de la torre.

— ¡Joder! ¿Te has hecho daño? —al mirarle el costado apretó los labios y al ver los morados en las rodillas y la cadera entrecerró los ojos— ¡Tienes

que tener más cuidado! La atención médica no está a la vuelta de la esquina ¿sabes?

¿Le estaba echando la bronca? Aquello era increíble— ¡Tortitas!

—Nena...

— ¡Tortitas, tortitas, tortitas!— le gritó saltando de la cama y cogiendo los vaqueros.

—Vale, ahora si quieres hacemos el amor— dijo levantándose como Dios le trajo al mundo.

Furiosa cogió la camiseta y fue hasta la puerta— ¡No hace falta que me hagas favores!— salió dando un portazo.

Al salir de la habitación se dio cuenta que estaba descalza cuando una astilla se le clavó en la planta del pie. —

Imbécil— siseó bajando la escalera—  
Eso es lo que eres. Una imbécil.

Fue hasta la parte trasera de la casa y se sentó en el suelo del porche intentando retener las lágrimas. Se miró la planta y gimió al sacarse la astilla, limpiando la sangre que salió después. Rosi apareció en ese momento como si supiera que la necesitaba y se sentó en su regazo como unas horas antes. La achuchó susurrándole al oído— Tú sí que me entiendes, ¿verdad? Tú sí que sabes lo que siento.

Escuchó como llegaba un coche y vio como la bruja entraba en el garaje. Cuando la vio allí sentada en el suelo, sonrió divertida antes de quitarse el sombrero y golpearse la pierna. Rosi

arqueó el lomo advirtiéndole que no se acercara. —Sí, cariño. La bruja ha llegado a casa— dijo en voz baja acariciándola para que se relajara.

Su suegra pasó de largo y después de media hora escuchó unos pasos sobre la madera del porche, indicándole que alguien se acercaba. Al doblar la esquina Kirk apretó los labios al verla con la espalda apoyada en la pared— Nena, vamos a cenar.

—No tengo hambre.

—No te comportes como una cría, por favor. Es el primer día en casa. Le harás un feo a mi madre y a mi tío sino cenas con nosotros.

Estupendo, el tío que la había visto en pelotas y la bruja. Una cena



divertidísima.

—No ha sido buena idea.

Kirk apretó los labios y se acercó acuclillándose a su lado. Olía a limpio y se había puesto una camisa blanca con unos pantalones de vestir negros. Estaba muy guapo y ella hecha una facha. — Es tu primer día y te has levantado tarde. No han pasado muchas horas, ¿no crees? ¿Ya que has venido hasta aquí no vas a intentarlo?

—Lo estoy intentando.

—Estar sentada aquí no es intentarlo.

Frustrada le miró con los ojos llenos de lágrimas— ¿Por qué tengo que intentarlo yo? Me he quedado aquí sola todo el maldito día sin conocer a nadie.

A tu madre no le gusto y tu tío me ha visto en cueros. No ha sido mi mejor día, ¿sabes? ¿Por qué tengo que hacerlo yo todo?

Kirk la miró sorprendido— ¿Mi tío te ha visto en cueros?

— ¡Entró en la habitación cuando yo salía del baño! ¡En esta casa no hay intimidad!— una lágrima le cayó por la mejilla— ¡Y tú me dijiste que me tratarían bien!

—Claro que te tratan bien— le acarició el pelo— Nena, todos tenemos que adaptarnos. Seguro que mi tío no lo hizo a propósito. Le diré que tenga más cuidado.

— ¡No me estás escuchando! ¡Te estoy diciendo que no me quieren aquí!

—Estás buscando una excusa para irte— dijo él muy tenso— y no lo voy a consentir. Levántate y prepárate para la cena. Tienes diez minutos.

Le miró atónita porque no habían entendido nada o no quería entenderlo. Ni se movió de su sitio y la cogió por la nuca acercándola a su cara— No voy a rendirme. Como si tengo que pelearme contigo cada maldito minuto del día hasta que te des cuenta que esas cosas que se te pasan por la cabeza son estupideces y me digas que te vas a casar conmigo. —la besó apasionadamente y después la soltó cuando estaba atontada. —Ahora cámbiate para la cena. No hagas esperar a mi madre.

Al mencionar a su madre se le quitó el atontamiento y entrecerró los ojos— Muy bien. Tú lo has querido.

Se levantó dejando caer a Rosi que maulló en protesta. —Perdona, cielo.

Kirk sin incorporarse la vio pasar y sonrió porque había conseguido lo que quería, como siempre. Y como siempre ella cedía.

## Capítulo 7

Subió y se dio una rápida ducha antes de ir hacia el armario para ponerse un vestido verde agua de gasa con unas sandalias plateadas a juego con su cinturón. Se recogió el cabello en una cola alta sin molestarse en maquillarse. Lo único que se echó fue algo de su perfume de Prada.

Cuando llegó al salón, allí estaban todos tomando una copa— Ah, al fin estás aquí— dijo la madre de Kirk con

ironía. Se levantó del sofá mostrando los pantalones de seda azul con la casaca a juego— Pasemos a cenar porque no querrás tomar una copa, ¿verdad querida?

—Dani, ¿qué te pasa?— preguntó Thomas atónito por su tono.

—Es que llevo sandalias. — replicó su suegra con muy mala leche. Pasó a su lado y ella miró a Kirk que parecía confundido. Levantó una ceja y Kirk le hizo un gesto para que no le diera importancia.

—Debe tener un mal día.

—Sí, seguro.

Kirk la cogió por la cintura y le susurró al oído mientras iban hacia el comedor— ¿Sabes que estás preciosa

esta noche?

Eso la hizo sentirse mejor y sonrió — ¿De veras? Tú también estás muy guapo. Es una pena que cenemos en casa.

—Un día de estos saldremos a cenar. — la besó en la sien pegándosela al cuerpo —¿Qué te parece?

—Sí, claro. Cuando quieras.

Cuando entraron en el comedor a Francesca le sorprendió un poco ver que su madre se sentaba a la derecha de la cabecera. Kirk la llevó hasta el asiento de su izquierda al lado de su tío. Se sentaron y ella preguntó— ¿Talia no cena con nosotros?

—No, cielo. Es la única comida que no comparte con nosotros. Después

va a cenar con su marido a su casa.

— ¿Así que no duerme aquí?

—Muy lista— dijo su madre — Al parecer has escogido bien, hijo. Tiene belleza e inteligencia.

— ¿Se puede saber qué te pasa?— preguntó Kirk enfadándose. — Pensaba que lo que había pasado en el salón había sido casual, pero esa manera de hablarle a Francesca me confirma que estás de uñas por ella.

—Es que no entiendo qué hace aquí. — su madre estaba furiosa— Y te recuerdo que ni me lo has consultado.

— ¡No necesito consultártelo todo! ¡Y te recuerdo que a mi casa invito a quien quiero! ¡Y quiero a Francesca aquí!



Su madre apretó los labios y Francesca se dio cuenta que la casa era de Kirk. Le había mentido cuando dijo que la casa era suya. Miró a su suegra y levantó una de sus finas cejas negras— Kirk, déjalo— dijo cogiéndole de la mano.

—No, quiero que quede bien claro. — miró a su madre con fijeza— Le he pedido a Francesca que se case conmigo y espero que me diga que sí.

Su madre jadeó— ¡Pero si no la conoces!

—Conozco lo suficiente para saber que es la mujer que quiero a mi lado.

Talia interrumpió la reyerta al entrar con una fuente enorme de filetes con verduras y volvió a los cinco

segundos con un bol de puré de patata— Espero que te guste, Francesca. Y de postre tarta de manzana.

—Seguro que me encanta— aquella cena le sabría a gloria. — Gracias.

—Es una chica preciosa y muy agradable, Kirk. Has elegido muy bien.

Kirk sonrió al ama de llaves — Gracias, Talia.

Cuando el ama de llaves salió del salón, se hizo un incómodo silencio que Thomas intentó eliminar— Así que eres de Nueva York. Nunca he estado allí. ¿Me gustaría?

Ella se echó a reír aliviando la tensión de Kirk— No lo sé, Thomas. A mí me encanta.

—Supongo que esto es un cambio

bastante drástico para ti— dijo con una agradable sonrisa— Pero haremos lo posible para conseguir que te sientas cómoda. — se sonrojó ligeramente seguramente recordando esa mañana.— Sobre lo de...

—No pasa nada, Thomas— dijo Kirk divertido— Seguro que entraste por una buena razón.

Su tío pareció aliviado y después sonrió de oreja a oreja— Tienes un gusto excelente.

Kirk rió a carcajadas y ella se puso como un tomate atragantándose con un trozo de filete.

Después de beber agua, miró a su suegra que casi no había probado bocado— Nena, has visto la habitación

de la torre ¿Qué te parece?

—Pues...— volvió a mirar a su suegra que frunció el ceño. Podía dejarla con el culo al aire pero prefirió no meter más cizaña. — No sé donde colocar todo lo que hay arriba.

—Puedes tirarlo si quieres. Nadie lo usa.

— ¡No puedes tirar los muebles del abuelo!— su madre la miró como si todo fuera culpa suya. —¡Son antigüedades!

—Serán antigüedades, pero no se han usado desde que tengo uso de razón. —dijo él antes de tomar un sorbo de su copa de vino.— Francesca puede usar lo que quiera y lo que no, que lo tire.

—No sé porqué tiene que haber un

estudio en la torre. ¡Puede usar una de las habitaciones libres para escribir!

—Allí tendrá intimidad y silencio. —suspiró de cansancio y Francesca se dio cuenta de que lo estaba.

— ¿Por qué no dejamos el tema? Ya me las arreglaré. No te preocupes. — dijo sonriendo— Cuéntame lo que has hecho hoy.

Kirk sonrió y apoyó la espalda en el respaldo de la silla. Al verla tan interesada le dijo que había trasladado unos rebaños al norte. Thomas participó en la conversación y el resto de la velada fue casi agradable, sino hubiera sido por la cara de vinagre de la bruja.

Una hora después Kirk se tumbó en la cama y ella se tumbó a su lado

después de ponerse un camisón corto de seda verde. Le acarició el pecho y susurró— Eres lo mejor de estar aquí.

—Recuérdalo, nena. — bostezó ruidosamente agotado.

Sintió cuando se quedó dormido y cuando se apartó de él para estar algo más cómoda, Kirk se pegó a su espalda rodeándola con el brazo. Francesca sonrió antes de quedarse dormida.

Las caricias de Kirk en su vientre la hicieron suspirar girándose hasta colocarse de espaldas. Abrió los ojos sonriendo y allí estaba él levantándole el camisón— Buenos días, preciosa.

— ¿Buenos días? Tú no quieres darme los buenos días. Quieres otra

cosa.

Kirk se echó a reír antes de acariciar el interior de su muslo hasta llegar al centro de su placer y rozarlo suavemente— ¿Y tú no quieres?

—Soy más de noche que de mañana, pero creo que es otra cosa a la que tendré que acostumbrarme— dijo acariciando su pecho.

—Te voy a dar unas buenas razones— susurró él contra sus labios antes de devorar su boca y colocarse entre sus piernas. Francesca gimió cuando acarició su sexo con el suyo, antes de entrar en ella lentamente y tuvo que abrazarse a su cuello para que no abandonara sus labios, mientras salía y entraba en ella lentamente. Al darse

cuenta que la estaba torturando, protestó dentro de su boca y como no le hacía caso, le mordió el labio inferior, haciéndolo gruñir en respuesta, acelerando el ritmo de sus embestidas. El interior de Francesca se tensó de placer y rodeó sus caderas con las piernas justo antes de alcanzar un orgasmo tan intenso y largo que la dejó sin aliento.

— ¿Francesca?— susurró Kirk al mirarla. — Nena, ¿estás bien?

—Shuss— chistó haciéndolo reír enterrando la cara en su cuello. Cuando por fin abrió los ojos, Kirk se tumbó de espaldas llevándosela con él. — Buenos días— susurró besando su torso. — Si me despiertas así todos los días pasaré



de la noche.

—Pues yo no. De noche y de mañana.

—Ummm, ¿cómo puedes ser tan perfecto... y resistente?

Kirk la miró divertido— Resistente, ¿eh? —la cogió por las caderas y ella gimió sentándose sobre él. Se movió adelante y atrás provocando que él gimiera cuando llamaron a la puerta con fuerza varias veces sobresaltándola.

— ¡Tenemos que marcar el ganado!  
— gritó su madre desde el otro lado.

Cuando Francesca miró el reloj de encima de la mesilla vio que eran las cinco de la mañana. — Pero si es muy temprano.

Kirk hizo una mueca— Nos levantamos al amanecer, cielo. — la cogió por la cintura apartándola y lo vio vestirse con unos vaqueros viejos y una camisa verde de manga corta. — Dile a Talia que te ayude con la torre, ¿vale? Tienes que escribir un best seller. — le guiñó un ojo yendo hacia la puerta.

—Kirk...

Él se volvió cuando iba a salir— ¿Puedo usar el ordenador de la oficina para chatear con Maia?

—Claro. Pásalo bien.

Cuando bajó a desayunar, Talia le hizo un desayuno enorme y ella se lo comió todo, pero tuvo que subir a la habitación porque después le entraron

ganas de ir al baño. No la sorprendió tener algo de diarrea. Siempre que iba de viaje su intestino se resentía. Al salir del baño decidió enviarle un mensaje a Maia. Al final le contó todo lo que había pasado con su suegra y como se había sentido, desahogándose con ella.

Después de una hora en la que estuvo revisando sus mails, vio que tenía uno de Jerry en el que le pedía que iniciara un libro de postres y disgustada se pasó una mano por la frente. Tenía que hacerlo porque era de lo que vivía y después de las palabras de su suegra, se negaba a que la llamara mantenida. Decidió empezar con su estudio y prepararse para trabajar. Tendría que preguntarle a Kirk si había conexión

wifi en la casa porque la necesitaba para trabajar. Cuando llegó arriba encontró el interruptor de la luz y miró a su alrededor— Madre mía.

—Es grande, ¿verdad?— preguntó Talia sorprendiéndola. — Ocupa lo que son dos habitaciones de abajo. El padre de Kirk quería hacer aquí una leonera para sus hobbies, pero al final quedó de trastero porque nunca tenía tiempo libre.

— ¿De qué murió el padre de Kirk?— preguntó mientras quitaba una sábana a un mueble que estaba cubierto.

—Le dio un infarto hace cinco años. Fue fulminante y horrible, porque nadie se lo esperaba. — Talia suspiró y fue hasta las ventanas que estaban cubiertas con paneles de madera. —

Necesitamos un martillo para sacar los clavos. Iré al garaje por la caja de herramientas.

Eso debía pesar y por nada del mundo iba a dejar que Talia hiciera un trabajo pesado. —No, yo voy a por el martillo.

Talia se echó a reír— Pero si no sabes donde está— la cogió por el brazo deteniéndola. —Vete quitando las sábanas de los muebles para decidir que te quedas. Creo que hay un escritorio enorme por algún sitio. El abuelo tenía también muebles muy buenos.

Intrigada empezó a quitar las sábanas a toda prisa y se dio cuenta que la madre de Kirk tenía razón. Eran antigüedades y la mayoría eran

preciosas. Incluso más bonitos que algunos que había en la casa. — ¿Por qué cambiarían estos muebles?

Se quedó sin aliento al ver un armario de estilo francés con las puertas pintadas. Aquel armario debía costar un riñón y Kirk tenía un sencillo armario en su habitación que no era ni la mitad de bonito. — ¿Qué rayos pasa aquí?

Cuando volvió Talia, la vio subir por la escalera con la caja metálica en la mano y se lo preguntó— La mayoría de los muebles sí que estaban en la casa, pero Dani los fue quitando poco a poco. —apretó los labios disgustada.—En realidad no le caía demasiado bien su suegro y quiso quitar todo rastro de él de la propiedad.

Así que la bruja era de esa manera desde hacía tiempo y no porque ella hubiera llegado. —Pero eso es horrible. Aquí hay muebles preciosos. Mucho más bonitos que los que hay en la casa. No soy partidaria de poner muebles pesados en toda la decoración, pero le dan algo de estilo a la casa.

—Ella dice que son muebles para una casa elegante y esto es un rancho. —abrió la caja y sacó al martillo.

—Déjame a mí— tuvo que subirse a una silla para quitar el panel por la parte de arriba de la ventana. Le costó algo de esfuerzo porque los clavos estaban algo oxidados, lo que le indicaba que allí no se había subido en mucho tiempo. Cuando quitó el panel

con ayuda de Talia, jadeó asombrada por la luz que entraba en la habitación. Impaciente quitó un panel mucho más grande y se dio cuenta que era una puerta de cristal que daba a una pequeña terraza— ¡Esto es fantástico!

— ¿A que sí? Es el sitio perfecto para un estudio.

Cuando terminaron, intentaron abrir la puerta de cristal pero estaba atascada. —No te preocupes, en cuanto llegue Kirk te la abre. Sigamos con el resto.

Revisó bien los muebles y le dijo a Talia— ¿Puedes ponerte en contacto con Kirk?

—Claro. A través de la radio.

— ¿Puedes decirle que necesito dos o tres hombres para mover muebles?



La mujer asintió y salió de la habitación.

Cuando llegaron los puso a trabajar. Le dijo a Talia que bajara a la habitación de Kirk y sacara la ropa del armario y lo sustituyó por el de estilo francés de cuatro cuerpos. El antiguo lo puso en una habitación que tenía otro exactamente igual, lo que le indicaba que a su suegra no se le daba demasiado bien la decoración. Después de unas horas había cambiado muebles de sitio y colocado los antiguos. Como las habitaciones eran tan amplias, sólo tuvo que sacar al porche la mesa de la cocina que estaba vieja y el lacado estaba descascarillado en varios sitios. Allí colocó una bonita mesa redonda de

comedor, que con el aspecto rústico de la cocina quedaba perfecta. Talia no salía de su asombro— Estás dejando la casa preciosa. El cambio de los sofás del salón ha hecho que parezca más grande.

En el estudio dejó la mesa de despacho del abuelo con dos sillones estilo inglés y un sofá haciendo juego. También dejó el vajillero para guardar sus cosas. Si se quedaba en el futuro necesitaría otra mesa, pero de momento le valía con aquello. Al mirar las paredes y ver la madera oscura, decidió pintar de un color suave. Necesitaba claridad y aquella madera no le gustaba nada. Si se quedaba ya le pondría más decoración.

Estaba pasando una aspiradora por todo el piso cuando escuchó voces en el hall. Puso los ojos en blanco —La bruja ha llegado.

Caminó hasta la escalera, pero al parecer ella era mucho más rápida que Francesca porque apareció subiendo los escalones y estaba fuera de sí— ¿Se puede saber qué has hecho?

—No iba a tirar unos muebles tan buenos, así que los he recolocado por la casa— puso las manos en la cadera— Hablaré con Kirk cuando llegue.

— ¡Esta no es tu casa para hacer lo que te dé la gana! ¿Quién coño te crees que eres?

—No sé de qué te quejas. Ha quedado mucho mejor. Está claro que a

ti no se te da bien la decoración, pero te aseguro que la casa está mucho mejor así.

— ¡Menudo descaro tienes! ¡Esta es mi casa!

—Es la casa de Kirk y yo estoy aquí de momento. Y mientras sea así y puesto que tú te pasas todo el día fuera de la casa, he decidido como quiero que vayan los muebles, puesto que voy a disfrutarlos más que tú.

La madre de Kirk no salía de su asombro. Francesca sabía que se estaba pasando, pero si cedía en eso, tendría que ceder con todo. — ¡No te quedarás en esta casa!— le gritó furiosa. —Eso te lo juro.

—Puede que no sea así. Pero

mientras esté aquí, quiero estar cómoda. — levantó la barbilla retándola a que la contradijera. — Si tienes algún problema con eso, díselo a Kirk. Él me envió a los hombres para que cambiara los muebles de sitio.

—Esto lo vas a pagar. Eso te lo juro.

—Juras demasiado. — volvió a encender el aspirador y se volvió ignorándola.

Llegó la hora de cambiarse para la cena y estaba hambrienta. Así que dejó de limpiar para ir a ducharse. Estaba sudorosa y llena de polvo.

Cuando Kirk llegó a casa, ella salía de la ducha y le sonrió— Hola, nena— la besó en los labios antes de quitarse la

camisa— ¿Cómo ha ido el día?

— ¿Te has dado una vuelta por la casa?— dijo irónica cogiendo la toalla.

—He subido impaciente por verte. — la cogió por la cintura pegándola a él.— Que bien hueles— la besó en el cuello haciéndola reír.

—Me acabo de duchar. — le acarició el pecho mientras que las manos de Kirk bajaban hasta su trasero pegándola a él.— ¿No vamos a llegar tarde a la cena?

—Que esperen— respondió con voz ronca haciéndola reír.

Bajó las escaleras colocándose bien la tuerca del pendiente cuando oyó las voces en el salón. Suspiró y se ajustó

el escote de su vestido rosa antes de entrar con una radiante sonrisa mientras su suegra la ponía verde— ¿Cómo se atreve a cambiar la decoración de la casa?

Kirk sentado en el sillón miró a su alrededor— A mí me gusta el cambio. Está más acogedor.

—Te estás dejando nublar por ella.

—No te cortes suegra porque esté aquí— dijo acercándose a Kirk y sentándose en el brazo del sillón.

— ¡No soy tu suegra! Para eso tienes que casarte con él.

—Estás siendo irracional, Dani— dijo Thomas con un jerez en la mano— La casa está mucho más bonita ahora.

— ¿Qué sabrás tú?

Se quedó atónita por el tono que utilizó con Thomas que se sonrojó y Kirk tensó la mano que tenía en su cintura. Decidió intervenir — ¿Por qué te pones así? Si resulta que me marchó, vuelves a cambiar los muebles y asunto arreglado— dijo sin darle importancia. —Y por favor, ahórranos estas conversaciones tan incómodas. Si Kirk me da permiso para hacer algo, no tengo porque discutir contigo cada paso que doy y por supuesto no voy a tolerar que en mi presencia hables en ese tono a otras personas porque estás enfadada conmigo. Si tienes algún problema págalo conmigo.

—Eso pienso hacer. — salió del salón furiosa y al cabo de unos segundos



oyeron un portazo en el segundo piso.

—Esto no empieza bien— dijo irónica.

—No te preocupes. Se dará cuenta que es irracional y se le olvidará.

—No lo creo— dijo Thomas tomándose después el resto del jerez— Cuando está de mala leche, lo mejor es salir corriendo.

—Pues yo no voy a salir corriendo— Kirk levantó una ceja divertido— De momento.

—Claro, de momento.

## Capítulo 8

Los días siguientes fueron fantásticos para Francesca porque su suegra la ignoraba y ella empezó a sentirse a gusto con Kirk en su nueva vida. Él le proporcionaba todo lo que necesitaba. Hizo que tres peones le pintaran el estudio. Incluso le barnizaron el suelo y extendieron el cable de Internet hasta allí. Una mañana llegó una caja con un ordenador nuevo de última

generación. Cuando lo instaló, quedó fascinada con tocar la pantalla y se pasó horas descubriendo sus aplicaciones.

Maia y ella se enviaban largos mails con lo que pasaba en sus vidas. Al parecer Cesar se estaba comportando muy bien y se alegraba mucho por su amiga. También la consolaba por la suegra que le había tocado.

Cuando el estudio estuvo listo empezó a trabajar y sorprendentemente las ideas fluyeron solas. Dedicaba la mañana a trabajar en el libro de cocina y la tarde escribía su libro. Las noches las dedicaba a Kirk y eran la mejor parte, para qué negarlo.

La mañana del sexto día, Kirk le dijo que si quería podía coger el coche

para ir hasta el pueblo porque necesitaba cuadernos y material de oficina. — No sé conducir.

La miró como si fuera una extraterrestre y luego le dijo— Te enseñaré.

— ¿De veras?

—Claro. Volveré una hora antes y te daré unas clases. Te sacarás el carnet en nada de tiempo. Además también tienes que aprender a montar. Ya verás como te convierto en toda una ranchera australiana.

—No lo creo —dijo haciéndolo reír.

Esa misma tarde empezaron las clases y la verdad es que le pareció muy fácil. Como nunca había conducido por la derecha, hacerlo por la izquierda

tampoco fue para tanto. Incluso llegaron a la carretera general y en nada de tiempo llegaron al pueblo donde pudo comprar lo necesario. Vio una impresora que tenía muy buena pinta y decidió comprarla para imprimir su manuscrito a medida que lo iba escribiendo porque la anterior no era compatible con su ordenador nuevo. Pero Kirk no la dejó pagar, cosa que la fastidió bastante. Cuando se subieron al coche ella estaba algo tensa y él dijo divertido— ¿Tortitas?

— ¡No puedes hacer eso! ¡Soy una mujer independiente del siglo veintiuno!  
— condujo hacia casa sin que él tuviera que indicarle prácticamente nada.

—Nena, eres mi mujer y yo pago.

Me he criado así y no vas a cambiarme tú.

— ¡Si yo tengo que amoldarme a ti, tú tendrás que hacer lo mismo!

—Me amoldaré a mil cosas, pero no voy a dejar que mi mujer pague. Puede que sea arcaico y todo lo que te dé la gana, pero así soy yo.

Al entrar en la carretera que llevaba a la casa frenó en seco y le miró con los ojos entrecerrados— ¡Soy una profesional que tiene trabajo! ¡Gano mi dinero!

—Me da igual— se encogió de hombros— ¡Sigue trabajando, pero pagaré yo!

— ¡Y no soy tu mujer!— le gritó frustrada.

— ¿No?

—No. No recuerdo haberte dicho que me casaría contigo, sino todo lo contrario.

Kirk la besó sorprendiéndola y en nada de tiempo estaban el uno encima del otro haciendo el amor apasionadamente en el asiento del copiloto. Cuando llegaron al orgasmo se miraron a los ojos con la respiración agitada. Francesca sentada a horcajadas sobre él no pudo evitar sonreír—  
Pórtate bien, Chapman.

Él le acarició los glúteos haciéndola gemir— Nena, no vas a ganar en esto.

—Sí que ganaré.

Cuando llegaron a casa y sacaron

las compras, Dani que estaba sentada en el porche con Thomas levantó una ceja irónica pero no dijo nada. Cosa que fue un alivio para ella, porque sólo le faltaba que ella se lo echara en cara.

— ¿Qué tal esas clases?— preguntó Thomas agradablemente.

— ¡Soy la mejor!

Kirk se echó a reír asintiendo— Se le da muy bien. Hemos ido hasta el pueblo y no le ha costado trabajo aprender.

—Perfecto, así podrás ayudar en el rancho— dijo Dani con voz suave. — Cuando sea necesario, claro.

—Francesca no ha venido hasta aquí para trabajar en el rancho. Ella tiene su trabajo y lo hace muy bien.



—Gracias, cielo— con una bolsa en la mano le dio un beso en los labios.

— ¿Y cómo sabes que lo hace bien? ¿Has leído alguno de sus libros? — la bruja no la engañaba. Quería dejarla en evidencia.

—Mis libros de cocina se venden muy bien, gracias.

—Pero si no sabes cocinar— dijo atónita. — ¿Cómo es posible...?

Kirk se echó a reír— No lo necesita, mamá. Ella simplemente escoge una receta de Internet y la explica a su manera.

— ¡Eso es un fraude! ¿Cómo sabes que una receta es buena?

—Por los comentarios que recibe en la red. Y debo acertar, porque mi

editorial está más que contenta conmigo. — molesta entró en la casa y Kirk la siguió.

—No le hagas caso.

—Tiene razón. Es un fraude— subió las escaleras hasta el estudio y Kirk dejó la impresora sobre el escritorio.

—No es un fraude. Les das a tus lectores lo que quieren. — la cogió por la cintura atrayéndola a él— Además no vas a hacerlo mucho tiempo. Sólo hasta que saques tu libro.

—Eso si me lo publican.

—Te lo publicarán. —le acarició la cintura y le sonrió mirándola con sus preciosos ojos azules.— Venga, vamos a cenar. Estoy hambriento.

Un par de días después estaba buscando a Rosi detrás del porche porque el día anterior no la había visto y estaba preocupada. Se sentó allí un rato esperando a que apareciera cuando vio algo horrible que se acercaba a ella lentamente. Era un bicho asqueroso que parecía un gato pero sin ningún pelo y se preguntó qué clase de animal sería aquel. Alguna rareza australiana seguramente. Estaba retrocediendo con los pies y las manos temiendo que le mordiera o algo así, cuando le maulló y Francesca jadeó mirando sus ojos enormes ojos azules. — ¿Rosi?— preguntó con miedo. Cuando el animal volvió a maullar acercándose, los ojos

de Francesca se llenaron de lágrimas—  
¡Dios mío, mi amor! ¿Qué te ha pasado?

La cogió entre sus brazos pese al  
repelús que le daba y la acarició  
llorando por la falta de su maravilloso  
pelaje. Con el gato en brazos corrió  
hasta la puerta de casa justo cuando  
llegaba Kirk en la camioneta y gritó  
diciéndole que no se bajara. Kirk  
preocupado no le hizo caso y llorando  
se acercó a él— Tienes que llevarla al  
veterinario— dijo desconsolada. —  
¡Mira lo que le ha pasado!

Kirk miró a Rosi y se quedó  
pasmado— ¿Pero qué coño ...

— ¡Se le ha caído el pelo, Kirk!—  
frenética no hacía más que llorar— No  
puedes dejar que se muera.

—Nena, no se va a morir. —Cogió a Rosi de sus brazos y le miró sus ojos azules— Parece que está bien.

— ¿Cómo va a estar bien sino tiene pelo?— apartó las lágrimas frustrada. — ¡Llévala al veterinario!

— ¿Qué es tanto escándalo?

Se volvieron hacia Dani que los observaba desde el porche ya preparada para la cena. —Es la gata de Francesca. Ha perdido el pelo.

—No lo ha perdido. Menuda estupidez.

Francesca entrecerró los ojos mirando a su suegra— ¿Qué quieres decir?

—Le pedí a uno de los hombres que la pelara para que no sufriera con

tanto calor. Además creo que tenía pulgas y no pienso tolerarlas en esta casa.

Sintió unas ganas terribles de matarla— ¿Cómo se te ocurre hacer una cosa así?

—Nena, cálmate. — Kirk estaba muy tenso.

— ¿Qué me calme? ¡Mira lo que le ha hecho! ¡La muy bruja lo ha hecho a propósito porque me odia y lo ha pagado con Rosi!

—Eso es una estupidez. ¿Qué gano yo pelando a tu gato?

— ¡Enfurecerme, que es lo que buscas!

— ¿Y qué sentido tendría? De verdad Francesca, estás un poco

paranoica.

Vio que no reconocería nada, así que no tenía sentido seguir recriminándose. Estaba muy, muy disgustada y cuando Kirk iba a decirle algo le gritó a la cara por no haberla apoyado— ¡Tortitas! ¡Tortitas!

Esa no noche no bajó a cenar y cuando Kirk llegó a la habitación fingió estar dormida. No le habló en una semana y tampoco dejó que se le acercara, hasta que Kirk perdió la paciencia. En la cama se tumbó sobre ella cogiéndola por los brazos— Nena, ya está bien.

—Suéltame— intentó que la soltara, pero agotada porque pesaba más que ella, se dio por vencida— Idiota.

—Sé que estás enfadada porque quieres mucho a tu gata, pero le volverá a salir el pelo y asunto arreglado. He hablado con mi madre y no va a acercarse más a ella. Me lo ha prometido.

—Me odia y va a hacer mi vida imposible. Sería mejor que me fuera.

—Eso no va a pasar. Vamos, nena. Tienes que olvidarlo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas—  
No me defendiste. Necesitaba que me defendieras y no lo hiciste.

— ¿Qué querías que hiciera? ¿Que le gritara a mi madre por quitarle las pulgas a Rosi?— le acarició la mejilla —  
Tienes que dejar de pensar que te está atacando. La que se siente amenazada es



ella, nena.

—No me entiendes.

—Claro que te entiendo. Quieres mucho a Rosi y sientes como si te hubieran atacado a ti, pero no es así.

No podía contarle lo de las escaleras, así que no tenía como defenderse. Lo mejor era ignorar el tema. Kirk al ver que estaba más calmada la besó y ella decidió hacer las paces porque le echaba de menos.

Después de varias horas decidió que no estaba nada mal discutir si las reconciliaciones eran así.

Cuatro días después estaba decidiendo si era mejor la receta de tarta de limón o la de melocotón cuando Talia le gritó desde abajo— ¡Francesca, baja!

Extrañada salió del estudio a toda prisa y cuando la vio en el hall preguntó — ¿Ha pasado algo?

—Dani acaba de llamar por radio. Quiere que les lleves la comida porque no pueden acercarse.

—Pero si no sé dónde tengo que ir — dijo molesta— ¿Cómo les voy a encontrar?

—Oh, no te preocupes. En la camioneta tienes una brújula. Sólo tienes que ir hacia el este y los encontrarás. El rebaño es tan grande que no se te puede

pasar.

Lo dijo tan convencida que asintió sonriendo— Muy bien.

Cuando se subió a la camioneta sonrió decidida a pasárselo bien en su aventura. Puso la radio y sonrió al oír a Beyonce. Mirando la brújula condujo hacia el este. Después de veinte canciones frunció el entrecejo —Sí que está lejos. —dijo para sí mirando a su alrededor sin ver nada. Había una zona de pastos y sonrió porque se debía estar acercando. Pero no fue así y cuando la camioneta empezó a traquetear abrió los ojos como platos— ¡No, No!— la camioneta se detuvo e intentó volver a encenderla sin conseguirlo. Cuando la luz del indicador de gasolina le llamó la

atención, gimió golpeándose la frente contra el volante— ¡Serás idiota!

Furiosa salió de la camioneta cerrando de un portazo y miró a su alrededor. ¡Estaba en medio de la nada! Al mirar hacia arriba juró por lo bajo porque hacía un calor de mil demonios y ella no llevaba ni agua. —Estupendo— dijo golpeando el neumático furiosa. — ¡Menuda aventura!

Se le ocurrió que igual llevaba radio, pero cuando abrió la guantera y la encontró, no funcionaba. No tenía pilas. —Ay, madre— dijo empezando a angustiarse. — No te preocupes, Talia y Dani saben que ibas hacia el este. Sólo tienes que sentarte y esperar.

Pero la espera se le hizo eterna y el

calor de dentro de la cabina era sofocante. Fuera no se estaba mucho mejor porque casi no corría el aire. Su camiseta rosa estaba empapada y los vaqueros estaban totalmente húmedos en el trasero por el cuero del asiento. De los nervios tampoco tenía hambre, así que ignoró la comida que llevaba. Empezó a aterrorizarse cuando el sol se acercó a su cenit. Pensar en quedarse allí de noche era algo para lo que no estaba preparada— Kirk— susurró viendo el cielo anaranjado oscureciéndose rápidamente. — ¿Dónde estás?

Nerviosa miraba a un lado y a otro cada vez que oía un ruido. Movi6 los mandos del coche para encender los

faros y suspiró de alivio cuando se prendieron. La radio se puso a funcionar también y estuvo tarareando las canciones un buen rato. Afortunadamente ya no hacía tanto calor pero ella tenía los labios resecos de la sed. –Cuando amanezca te encontrarán. –lo que no podía entender era que si había ido hacia el este no la hubieran encontrado ya. Las horas pasaban y cuando las luces se apagaron por haber agotado la batería, se echó a llorar sobre el volante.

Cuando comenzó a amanecer, empezó a pensar seriamente que no la encontrarían. El problema es que no sería capaz de llegar a la casa sin agua. El miedo se instaló en su pecho al

pensar que sino la encontraban moriría allí. No podía morir en Australia. ¡Acababa de llegar! Pensamientos absurdos pasaron por su mente y nerviosa por la situación y por no haber descansado en toda la noche se dijo que tenía que irse de allí. Estaba saliendo del coche cuando oyó algo y miró a su alrededor para ver dos hombres a caballo. Un silbido le hizo dar unos pasos hacia ellos y vio que uno era Thomas, que la miraba aliviado—  
¿Cómo has acabado aquí?

Francesca se echó a llorar porque al final no moriría en esa camioneta—  
Fui hasta el este como me dijo Talia...

— ¿Hacia el este?

—No está en el este, señorita—

dijo un hombre mayor que no conocía que empujaba su sombrero hacia atrás. — Está en el norte. — miró la camioneta

Confundida se acercó a ello— Eso no puede ser. La brújula del coche....

—Da igual, sube porque Kirk está de los nervios— alargó la mano para ayudarla a subir.

Sin fuerzas no pudo subir y el otro hombre tuvo que ayudarla— ¿Tenéis agua?

—Sí, niña— dijo el hombre preocupado dándole una cantimplora— Lo has pasado mal, ¿eh?

—No tenía agua.

— ¡Madre mía, niña! ¿Y por qué no nos has avisado por radio?

—No tenía pilas. —dijo en cuanto



bebió con ansia.

Los hombres se miraron— Y al coche, ¿qué le ha pasado?

—No tenía gasolina. —Francesca se echó a llorar —No había pasado tanto miedo en la vida.

—No pasa nada— dijo Thomas preocupado— Estás bien y te voy a llevar a casa.

Se pusieron en camino y ella que estaba agotada, apoyó la espalda en el tío mientras el hombre sonreía a su lado — Yo soy Greg, el capataz.

—Oh, lo siento— dijo alargando la mano para dársela. Él se la estrecho afable. — Ha sido muy amable.

El hombre después miró a Thomas — ¿Aviso a Kirk?

—Sí, debe estar buscándola con el helicóptero ahora que ha amanecido. Se ha pasado toda la noche de aquí para allá. Estaba realmente preocupado.

Se dio cuenta que todos estaban cansados después de haber estado buscándola y eso la hizo sentirse peor aún— No sé lo que ha pasado— dijo limpiándose una lágrima de la mejilla— Yo fui hacia el este.

—No te preocupes— dijo Thomas — Una equivocación la tiene cualquiera. Además no conoces la zona. No deberías haber sido tú la que llevara la comida. Kirk se puso furioso al oírlo porque cualquier peón podía haber ido a buscarla sin necesidad de molestarte. No sé como a Dani se le ocurrió

siquiera. Mi hermano siempre decía que su mujer siempre conseguía complicar las cosas más sencillas y tenía razón.

Así que la bruja la había enviado sin necesidad a llevar la comida. Decidió morderse la lengua porque había sido culpa suya perderse, pero las ganas de tirarle de los pelos aumentaron exponencialmente.

Cuando llegaron a la casa Kirk estaba impaciente en el porche— ¿Qué ha pasado, nena? ¿Dónde estabas?— la cogió de la cintura bajándola del caballo y ella lo abrazó por el cuello.

—Al parecer pensaba que iba hacia el este y se perdió quedándose sin gasolina.

Kirk estaba furioso y con ella en

brazos entró en la casa sin decir ni una palabra más hasta que se encontró con Talia que se apretaba las manos muy nerviosa— ¿Está bien?

— ¡Tráele algo de comer y agua! Tiene los labios secos de deshidratación.

Ella sonrió a Talia— Estoy bien. Sólo me he asustado un poco.

Cuando Kirk llegó a la habitación no decía una palabra y la sentó en la cama desnudándola a toda prisa— Kirk...

— ¡Deja que me calme un poco, porque si hablara ahora te gritaría por ser tan estúpida!

Atónita le miró a la cara mientras le quitaba los vaqueros— ¿Cómo se te

ocurre salir de la casa sin tener ni idea a dónde ir?

— ¡Fui hacia el este!

— ¡Es evidente que no! ¿Sabes lo que te podía haber pasado? ¡Caer por un barranco o atacada por algún animal! ¡Ni siquiera has enviado un mensaje por radio!

— ¡No tenía pilas!— los ojos se llenaron de lágrimas y le apartó por el hombro para levantarse. Entró en el cuarto de baño e iba a dar un portazo cuando Kirk la cogió por el brazo volviéndola con fuerza para pegarla a su cuerpo y besarla desesperado. Francesca se abrazó a él sin darse cuenta de que lloraba, hasta que Kirk susurró contra sus labios— No vuelvas

a hacerme eso, nena. Nunca he pasado tanto miedo, sin saber lo que te había pasado.

Ella le abrazó —No lo he hecho a propósito.

—Lo sé. —acarició sus labios suavemente hasta que oyeron que llamaban a la habitación. —Ve duchándote. Debes estar muy cansada después de tu aventura.

Ella sonrió por su tono irónico y se volvió para que desabrochara su sujetador. Kirk la besó en el hombro antes de salir del baño cerrando la puerta. Se quedó debajo del chorro de agua fría un rato y Kirk se la cerró sorprendiéndola— Nena, tienes que comer algo y dormir.

Comió unos sándwiches e hizo una mueca porque aquel pavo le sabía rancio como el día de su llegada. Cuando se acostó cubriéndose únicamente con la sábana, Kirk la sorprendió tumbándose a su lado después de desnudarse. Ambos de costado se miraron a los ojos mientras él le acariciaba un mechón de su cabello negro. — ¿Sabes, Francesca? Si me he dado cuenta de algo mientras estuviste desaparecida es de que quiero que seas mi mujer.

—Acabo de llegar, Kirk. Hablemos de otra cosa. Todavía me estoy acostumbrando.

—No me voy a dar por vencido. Ahora mucho menos— le guiñó un ojo

haciéndola sonreír.

Durmió hasta el día siguiente y cuando se levantó su vientre la hizo ir al baño manteniéndola allí un buen rato. El calor y los nervios que había pasado el día anterior le estaban pasando factura. Siempre le ocurría algo así cuando se ponía nerviosa, incluso cuando tenía un examen en el instituto. No se preocupó por ello y bebió mucha agua durante el día para estar bien hidratada. Cuando llegó la cena comió en abundancia pues el sándwich de al medio día, que se había obligado a comer, no había sido suficiente. Como no se encontraba muy bien en ese momento, no comió más. Pero en la cena casi no habló comiendo en abundancia y Kirk la miraba



divertido mientras su madre y Thomas hablaban de negocios. — ¿Cómo te ha ido el día, cielo?— preguntó él cuando terminó el postre y ya estaba satisfecha.

—Muy bien. Voy por el capítulo seis del libro de postres y por el cuarto del otro.

— ¿Me dejarás leer algo de tu novela?

—No— negó rotundamente haciéndolo reír.

—No seas así. Te daré mi opinión.

—Aunque sea malísima me dirás que te gusta.

—No lo haré.

—Claro que sí. Así que no la leerás. Primero la leerá mi editor y mi agente, cuando lo tenga.

—Estás de broma— Kirk parecía asombrado— ¿No dejarás que la lea yo que duermo contigo?

—Precisamente por eso no te dejaré leerla. Porque duermes conmigo y no eres objetivo.

— ¿Y yo?— preguntó Thomas divertido con la cara de Kirk.

—Tú tampoco eres objetivo— le guiñó un ojo haciéndolo reír mientras que Dani la miraba como si fuera un mosquito molesto.

Dos días después no mejoraba del estómago sino que iba a más y empezó a dejar de comer. Aunque siempre se obligaba a comer algo en las comidas, era evidente que algo no iba bien, pues los retortijones no la dejaban ni

descansar, yendo al baño cada poco tiempo. Tenía ojeras y había adelgazado — Nena, mañana iremos al médico. — dijo él desde la cama cuando volvió del baño en plena noche.

—No me pasa nada. Siempre he tenido el colón irritable. Cada vez que me ponía nerviosa o me ocurría algo...

—Una visita al médico no te vendrá mal.

—Déjalo, ¿quieres? Estoy bien. Es por mi excursión que me está pasando esto.

Intentó disimular los días siguientes pero cada vez tenía peor aspecto y cuando una mañana expulsó sangre se aterró llamando a gritos a Kirk. Él pálido le puso un camisón y llamó al

helicóptero médico.

—No te pasará nada— le dijo más para sí mismo que para ella, que estaba muy asustada.

En cuanto llegaron los sanitarios, el médico la exploró rápidamente y ella avergonzada tuvo que ir al baño en ese momento. Casi se desmaya al salir y el médico dijo— Nos la llevamos al hospital. Tendremos que hacerle pruebas.

— ¿Pero se pondrá bien?

El médico no tenía muy buena cara y palideció todavía más al ver que no contestaba. Kirk forzó una sonrisa y la cogió en brazos. —Puedo andar— dijo ella contra su cuello.

—Calla, cielo. Tú descansa. —

Kirk estaba muy nervioso y al salir se encontró con Thomas esperando en el pasillo.

— ¿Qué ocurre?— preguntó el tío siguiéndolos. — ¿Está enferma?

— Cuando sepamos algo te llamo— Kirk miró a su madre que parecía muy nerviosa en el hall— Que Talia le haga la maleta y alguien nos la acerque al hospital.

— Sí, claro. ¿Se pondrá bien?

— Tenemos que irnos, señor Chapman. Tenemos que detener la hemorragia.

Cuando escuchó esa palabra, la madre de Kirk se puso pálida como la muerte— ¿Qué hemorragia?

— ¡Ahora no, mamá!— salió con

ella hasta el claro donde había aterrizado el helicóptero, que empezaba a girar las aspas.

Francesca se encontraba realmente mal y en el helicóptero vomitó lo poco que tenía en el estómago. Después se quedó dormida y se despertó cuando una camilla la trasladaba por un largo pasillo mientras dos hombres con bata blanca hablaban caminando a su lado.

Le hicieron una prueba muy dolorosa, aparte de placas y análisis de todo tipo. Cuando la dejaron tranquila, al fin pudo quedarse dormida pues estaba agotada.

—Tendré que informar a la policía, señor Chapman.

— ¿Pero de qué diablos está

hablando?— la voz indignada de Kirk la hizo abrir los ojos. Vio que varias bolsas colgaban de un gotero a su lado. — ¡Eso es imposible!

Volvió la vista hasta la puerta donde Kirk hablaba con un hombre de bata blanca. — Le estoy diciendo que a su prometida le han suministrado algún tipo de laxante muy potente y no sólo una vez. Según los análisis ha sido un envenenamiento de varios días. Yo diría que incluso semanas para tener el colon con tantas fisuras que es lo que le provocaba las hemorragias en las deposiciones. Ha sido un milagro que no se deshidratara o algo mucho peor. Podía haberle perforado el estómago o el intestino. Esto ha sido un intento de

homicidio y debo informar a la policía.

— ¿Está loco? ¡Eso es imposible!

— Me he estado informando con un veterinario y al parecer es un laxante para caballos probablemente. — Kirk lo miraba atónito.

— ¿Está diciendo que alguien de mi familia ha intentado matar a mi novia?

Una lágrima cayó por la mejilla de Francesca porque le dolía que Kirk sufriera por su culpa, pero aquello había ido demasiado lejos. ¡Su suegra había intentado quitarla del medio! ¡Estaba chiflada!

— Kirk...

Cuando se volvió, la miró con alivio. Acercándose a ella le dijo—



Nena. Dile al doctor lo que ha pasado. Has tomado algo que te ha sentado mal, ¿verdad?

—Kirk...— no podía decir eso. Estaba convencida de que Dani había intentado matarla.

—Dile al doctor qué ha pasado. — la cogió de la mano y la besó en la palma de la mano.—Dile que todo eso es una tontería.

Una lágrima siguió a la que corría por su mejilla cuando se dio cuenta de que ni le había preguntado cómo se encontraba. Miró al médico y le dijo— No sé qué se ha imaginado, pero como soy estreñida me recetaron un laxante en los Estados Unidos.

El médico la miró sin creerse una

palabra y Kirk la miró atónito. Francesca sintiendo que se le rompía el corazón soltó su mano y se giró dándole la espalda.

—La señorita Carpenter puede decir lo que quiera, pero no soy idiota y el equipo médico que lleva su caso tampoco. De todas maneras y como veo que ella no quiere decir la verdad de lo que está pasando, no denunciaré los hechos a la policía. Pero le advierto señor Chapman, que voy a poner una alerta hospitalaria que saltará cada vez que esta mujer sea ingresada en un hospital para que la revisen con lupa. — fue hasta la puerta y la abrió— Buenos días.

Cuando salió de la habitación Kirk

dio la vuelta a la cama para mirarla—  
¿Cómo estás, nena?

Ella sin moverse le miró a los ojos  
— ¿Ahora me preguntas cómo estoy? —  
no había furia en su voz. Sólo dolor—  
¿Ahora que le he salvado el culo a tu  
madre?

—No digas locuras. —dijo  
incrédulo— Ella no ha hecho nada. Tú  
misma dijiste que tenías el intestino  
irritable.

Era increíble. Se lo acababa de  
decir el médico pero aún así no la creía.  
— No quiero hablar más de eso— dijo  
cerrando los ojos— Estoy cansada.

—Claro, nena— susurró él  
acariciando su frente— Descansa. Yo  
estoy aquí.

No se durmió, simplemente simuló hacerlo, porque no soportaba lo que veía. Se acababa de dar cuenta que no podía quedarse allí. Entendía que Kirk no la creyera, pero le dolía mucho. Se sentía traicionada.

Le había dicho que le ofrecía una familia y que él estaría a su lado, pero no había sido así. Ella lo había abandonado todo por él mudándose hasta de país y él no podía apoyarla en un momento así.

## Capítulo 9

Disimuló todo lo que pudo hasta que al fin le dieron el alta seis días después. Kirk sabía que algo iba mal pero no habló con ella hasta que estaban en el coche de vuelta a la casa.

—Nena, ¿dime qué pasa?

—Nada. —susurró mirando por la ventanilla del coche.

— ¡No me digas que nada! ¡Desde hace días ni me hablas y ni siquiera te enfadas conmigo! ¡Quiero saberlo ya!

Negó con la cabeza sin añadir una palabra más y Kirk golpeó el volante de frustración— ¡Háblame! ¡Dime qué ocurre para que pueda hacer algo!

—No puedes hacer nada. Ya no.

—Lo dices como si hubiera podido hacer algo antes. ¿Qué he hecho mal?— en ese momento llegaron a casa y ella salió del coche a toda prisa. — ¡Francesca!

Dani estaba en el porche hablando con Thomas y muerta de rabia por lo que esa mujer había roto, la miró con odio. Su suegra se levantó pálida y Francesca le escupió en la cara. — ¡Ya lo has conseguido!—le gritó muerta de dolor.

—Francesca, por Dios ¿Qué haces? — la cogió separándola de su madre

pensando que la pegaría.

— ¡Darle las gracias por mostrarme lo que me esperaba!— se soltó con violencia y entró en la casa corriendo. — ¡Gracias por tu hospitalidad, Dani!— gritó fuera de sí subiendo las escaleras.

Cuando Kirk entró en la habitación la vio coger una maleta y empezar a meter las cosas dentro. — ¿Qué coño haces?

—Me largo de aquí. —tiró la ropa dentro de mala manera y la cerró sin importarle dejar la mitad de su ropa en el armario. Cogió el bolso que ya había preparado y se lo colgó en bandolera.

— ¡No, no te vas!— intentó quitarle la maleta de la mano pero ella

le miró con sus ojos violetas como si le odiara. Kirk se quedó atónito— ¿Qué ocurre, Francesca? Dímelo.

— ¿Quieres saber qué ocurre? Que tú no eres el hombre que necesito. No has cumplido nada de todo lo que me prometiste y me largo de aquí. —Kirk dio un paso hacia atrás como si le hubiera golpeado y apretó las mandíbulas— Desde luego no ha merecido la pena venir hasta aquí. No estoy cómoda con tu familia, ni me has apoyado como me prometiste. Así que no se me ha perdido nada aquí. —Salió de la habitación arrastrando la maleta.

—Francesca...

Ella le ignoró y cuando Dani la vio tirar la maleta por las escaleras la miró



preocupada— No deberías irte, acabas de salir del hospital.

—Lo dice quien me envió allí. — dijo con desprecio.— ¡No sé como tienes el descaro de mirarme a la cara! — le gritó— ¡Desde que he llegado me has tirado por las escaleras, me has envenenado y estoy segura que tuviste algo que ver con lo de la camioneta provocando que me perdiera! — la señaló con el dedo mientras Thomas miraba a Dani con los ojos como platos — ¡Eso por no hablar de lo que le hiciste a mi gata, bruja asquerosa!— le gritó como si eso fuera lo peor.— ¡Suerte tienes de que no acabaras en chirona!

—Francesca, ¿pero qué dices?—

Kirk la miraba desde la parte de arriba de las escaleras como si estuviera loca.

—No le culpes por algo que hice yo. —dijo dejando a los habitantes de la casa de piedra.

— ¿Mamá?

Dani miró a Kirk con lágrimas en los ojos— No quería hacerle daño. Sólo quería asustarla para que se fuera.

Kirk atónito se llevó las manos a la cabeza y miró a Francesca que cogió la maleta tirando de ella hasta la puerta— Por favor, no te vayas por mi culpa— dijo Dani intentando detenerla cogiéndola del brazo.

— ¡No me toques!— gritó dando un paso atrás asustada.

—Francesca. Nena, lo

arreglaremos— la voz de Kirk parecía desesperada y ella se volvió para mirarle con rencor.

—Como te dije antes, no me has apoyado y no quiero estar contigo.

Thomas mirándola con pena le entregó el transportin de Rosi y ella forzó una sonrisa— Gracias, Thomas. Me ha encantado conocerte

—A mí también, pequeña. Es una pena que no funcionara.

Salió al porche y Rosi como si supiera que se iban, estaba sentada sobre una de las sillas de mimbre— Vamos, mi amor. Hora de volver a casa.

Para su sorpresa Talia esperaba con el coche encendido, pero no lo cuestionó. Simplemente metió a Rosi en

su transporte y cerró la trampilla. — Francesca, no fue mi intención no apoyarte. Nunca imaginé que mi madre hubiera hecho algo así. —dijo Kirk tras ella— Hablemos de esto.

Sin mirarle cogió el gato y la maleta, dejándolos en la parte de atrás de la camioneta. Abrió la puerta, pero Kirk la cerró pegándose a su espalda— Por favor nena, no me dejes— le susurró. —Te quiero.

Francesca reprimió un sollozo antes de responder— Si me hubieras querido, me hubieras preguntado en el hospital como estaba antes de salvarle el culo a tu madre ante el médico. Me pediste que aclarara el asunto en cuanto viste que estaba despierta. No te

preocupabas por mí que era la que estaba tirada en esa cama. Ni siquiera dudaste de ella pero de mí sí. Incluso dijiste que decía locuras. Eso no es amor. — tomó aire antes de decir— Ahora apártate que quiero largarme de este sitio de una puta vez.

Kirk apartó la mano de la puerta y ella entró a toda prisa. Talia aceleró sacándola de allí y por el espejo retrovisor de la puerta pudo ver que Kirk se llevaba las manos a la cabeza fuera de sí.

Cuando llegaron a la carretera principal, ella que hasta ese momento había estado llorando le preguntó a Talia— ¿A dónde me llevas?

—Es tarde. Te quedarás en mi casa

esta noche y mañana si quieres mi marido te llevará a la ciudad.

—Eres muy amable.

—No digas tonterías. Cuando vi como te ponía la zancadilla en la escalera, supe que iba a haber muchos problemas. Aunque tenía la esperanza que hubiera sido un error. No es mala persona pero siempre tiene que tener razón a costa de lo que sea. Esta vez ha ido demasiado lejos y creo que le va a costar su relación con Kirk. Él no le va a perdonar esto.

—Yo no quería eso. No quería decírselo a Kirk para que no tuviera que elegir.

—Me lo imaginé cuando no dijiste nada de lo de la escalera. Pero cuando

Thomas encontró el imán en el llavero de la camioneta provocando que la brújula se volviera loca, ahí sí que me asusté porque en ningún momento confesó lo que había hecho.

Así que la muy zorra sí había tenido algo que ver con aquello. Por eso no había pilas en la radio. Lo había planeado todo. Menuda psicópata.

—Cuando pasó lo de Rosi tenía que haber hablado en lugar de callarme. No te hubieras perdido toda la noche y no te hubiera pasado esto. —la miró muy arrepentida— ¿Me perdonas?

—Yo tampoco dije lo de las escaleras— susurró desviando la mirada — No tenía que haber venido.

—No digas eso. Kirk te quiere.

— ¡No quiero hablar de Kirk ni de nadie de la casa!— se pasó la mano por la frente. Nerviosa no despegó la vista de la carretera todo el camino hasta que llegaron a una casita blanca rodeada por un precioso jardín.

— ¡Oh, que bonita! ¿Cuándo te ocupas de ella si siempre estás en el rancho?

—Mi marido es un manitas y sabes que no trabajo los domingos. Ese día lo dedico a mi jardín.

—Se nota que se te dan muy bien las plantas. — bajó de la camioneta y se ocupó de Rosi.

Cuando vio a Greg salir de la casa se sorprendió— ¿Tú eres el marido de Talia?



—Desde hace veintidós años—  
dijo llevándose las manos a las presillas  
del pantalón. — ¿Cómo estás, niña?

—Deja de dar la cháchara y coge  
su maleta de la parte de atrás de la  
camioneta.

Francesca sonrió divertida porque  
en su casa Talia era un sargento, pues su  
marido salió disparado para coger la  
maleta— Ven Francesca, voy a  
enseñarte tu habitación.

La casa era encantadora y muy  
alegre. Todo estaba muy limpio pero eso  
no le extrañaba nada. Pasaron por el  
salón que parecía ser el centro de la  
casa y abrió una puerta a la izquierda. —  
Una cama de forja.

—Era de mi abuela— Talia se

acercó a abrir la ventana —Espero que estés cómoda.

Era tan distinta a la bienvenida que había recibido en casa de Kirk que los ojos se llenaron de lágrimas— No, llores— le susurró acercándose y quitándole a Rosi de la mano dejándola en el suelo. Cuando la abrazó acariciando su espalda Greg llegaba con la maleta en la mano. La dejó y salió discretamente— Todo se va a arreglar, ya verás.

—No tiene arreglo. — se apartó y le preguntó— ¿Te importa si saco a Rosi?

—Claro que no. Déjala que dé una vuelta. —Talia preocupada fue hasta la puerta— Voy a preparar la cena.

—No te preocupes por mí.

—Tienes que cenar y nosotros también— la miró muy seria— No querrás ponerte enferma otra vez ¿verdad?

Negó con la cabeza y se sentó en la cama que tenía un bonito edredón de patchwork. Lo acarició — ¿Lo has hecho tú?

—Sí, es mi pasión— dijo señalando un cuadro con un bonito diseño. — Mi Greg cree que estoy loca pero a mí me encanta. Me relaja mucho.

—Siempre he querido aprender. — susurró.

—Que pena no haberlo sabido antes porque te podía haber enseñado. De todas maneras tengo un libro muy

bueno, te lo regalaré.

—No hace falta.

—Yo ya me lo sé de memoria.

Hace años que no lo abro siquiera. — le guiñó un ojo— Es hora de que pase a la siguiente generación.

—Gracias.

—Descansa un poco. En media hora estará la cena. Ya lo tengo todo listo.

Salió de la habitación cerrando la puerta tras ella y por primera vez en mucho tiempo Francesca se sintió sola. Sacó a Rosi de su jaula y la acarició distraída mirando por la ventana. Le pasó el tiempo rápidamente y cuando Talia la avisó para la cena se sentó en la mesa mirando el banquete que había

preparado— Tiene una pinta estupenda.

—Gracias. Siempre tan amable.

—Mi mujer tiene mano para la cocina, sí señor. — se notaba que estaba orgulloso de ella y a pesar de los años de matrimonio continuaba mirándola con amor.

— ¿Por qué no habéis tenido hijos?

— preguntó sin pensar.

Ellos no se ofendieron en ningún momento— Dios no nos los mando.

Se sonrojó intensamente por ser tan indiscreta— Lo siento. No sé porque lo he preguntado.

—No te preocupes, niña— dijo Greg sonriendo. — No pasa nada.

—Admito que al principio de nuestro matrimonio era frustrante pero

después tuvimos sobrinos y los cuidábamos cuando podíamos— señaló unas fotos en unas estanterías— Son como nuestros.

Ella sonrió mirando las fotos. Tres chicos muy guapos— ¿Todos chicos?

Greg gimió sonriendo— Siempre se queja por eso. Ella quería una niñita para enseñarle todo lo que sabe.

—Es lógico— dijo defendiendo a Talia que le sacó la lengua a su marido. —Si tuviera un hijo yo también preferiría una niña.

En ese momento sonó el teléfono y sonriendo Greg se acercó a la pared de la cocina para descolgarlo— ¿Diga?— Greg perdió la sonrisa y apretó los labios— No creo que sea buena idea.

Francesca al ver su expresión se tensó, pero Greg se volvió dándole la espalda antes de empezar a susurrar.

— No te preocupes. No pasa nada.  
— dijo Talia cogiendo su mano por encima de la mesa.

—No quiero que venga. No quiero ver a nadie. Mañana me marcharé y ya está. —su voz era un ruego y Talia asintió.

—Todo irá bien. Mañana Greg te llevará hasta el aeropuerto para que te saques el billete y te llevará a un hotel.

Pero todo no fue bien porque una hora después estaba a punto de meterse en la cama cuando se oyó el sonido de un coche que llegaba. No sabía si era Kirk pero tampoco iba a salir a

averiguarlo. Escuchó como Greg hablaba con alguien en voz baja en el porche y como a la media hora se iba. Suspiró de alivio cuando su anfitrión cerró la puerta de la casa. Le había dicho que la dejaría ir si no quería estar a su lado y al menos en eso estaba cumpliendo su palabra. Era irónico que no lo hubiera hecho en todo lo demás.

A la mañana siguiente después de estar casi toda la noche sin dormir, salió de la habitación en cuanto escuchó ruidos en la cocina— Buenos días.

Talia en bata la miró sorprendida — ¿Pero ya estás levantada?

—No tenía sueño.

—Greg se está vistiendo. En cuanto desayunéis te puedes ir, si quieres.



—Gracias.

Talia la miró de reojo mientras cortaba el pan— Ayer vino Kirk. — como no decía nada continuó— Quería saber si estabas bien y traerte algunas cosas que podías necesitar.

El vacío que tenía en el pecho se hizo más doloroso y tragó saliva— Quería verte, pero le dijimos que te habías acostado.

—Gracias.

Talia hizo una mueca. —Parecía hecho polvo y estaba muy preocupado por como estabas.

—No quiero hablar de Kirk. — susurró mirándose las manos que hasta ese momento no se daba cuenta que estaba estrujándose.

— ¿Cómo quieres los huevos?—  
dijo su amiga sacando el sartén.

— ¿Pueden ser fritos?

— Claro.

Después de un enorme desayuno, Greg la ayudó a sacar las maletas mientras ella metía a Rosi en su transporte. Talia la abrazó y le dijo—  
Llámame de vez en cuando para saber qué tal te va. Te voy a echar de menos en la casa.

—Lo haré— la besó en la mejilla y le dio las gracias. Cuando se iba a subir a la camioneta la miró de pie en el porche. — Es una pena, ¿no? Estaba llevando bastante bien el cambio.

—Lo estabas llevando de fábula. En un año serías una auténtica

australiana.

Francesca le guiñó un ojo y reprimiendo las lágrimas subió a la cabina de la camioneta— Adiós, Talia. Gracias por todo.

Tres días después entraba en su apartamento de Nueva York y al ver a su amiga sentada en el sofá se echó a llorar. Se abrazaron como cuando eran pequeñas y tenían un problema, mientras lloraban una sobre el hombro de la otra. Se volvieron a mirar y dijeron a la vez. — ¡Le he dejado!

Asombradas se miraron— ¿Qué?

— ¿Cómo que le has dejado?— preguntó Francesca asombrada.

— ¿No estás aquí por eso?

— ¿Has dejado a Cesar?

— ¡Sí!— Maia abrió los ojos como platos— ¿Has dejado a Kirk?

Volvieron a echarse a llorar mientras hablaban a la vez. Cuando se calmaron Maia le cogió del brazo sentándola —Espera, tengo que soltar a Rosi.

Cuando sacó a la gata Maia jadeó llevándose una mano a la boca— Dios mío Francesca, esa tía es una hija de puta.

—Sí, pues no sabes lo mejor— acarició a Rosi agotada sentándose en sofá. —Ha intentado matarme por tercera vez.

Su amiga la miraba con la boca abierta— ¿Qué ha hecho?

—Aparte de tirarme por las escaleras...— Maia asintió porque eso lo sabía— lo de la excursión que acabo en medio de la nada fue cosa de ella y hace cuatro días salí del hospital después de que me envenenara.

— ¡Está loca!— la cogió del brazo mirándola bien — ¡Estás bien?

Esa era la reacción que esperaba de Kirk y se echó a llorar. Su amiga la abrazó por los hombros— Me siento responsable porque te animé a ir— dijo llorando con ella— Es culpa mía que le dieras una oportunidad. Cuéntamelo todo con detalles. Quiero saberlo todo.

Entre lágrimas, sollozos y con la respiración entrecortada le contó todo lo que había pasado. Tanto lo bueno como

lo malo mientras su amiga la escuchaba sin perder detalle. Cuando terminó, ella se quedó mirando un televisor nuevo que había en la habitación y Rosi maulló de disgusto. —Oh, vaya. No tiene su comida en su sitio.

Mientras atendía a la gata su amiga la miró atentamente— Siento que el único hombre del que te has enamorada, no te haya tratado como mereces.

— ¿Qué ha hecho Cesar?— preguntó con los ojos entrecerrados.

—Oh, nada. —miró a su amiga extrañada— No, no me ha puesto los cuernos otra vez.

— ¿Entonces?— fue hasta la nevera y cogió una cola.

—Entonces me di cuenta que estoy

enamorada de un hombre que no me merece. Al que le perdonaba todo porque yo sí le quería y tenía miedo de perder lo poco que me daba.

—Oh, Maia. —le dio pena que su amiga sufriera.

—Cuando me di cuenta que un hombre que ni siquiera te conocía luchaba por ti casi arrastrándote a Australia, entendí que Cesar no me había deseado nunca así. — iba a decir algo pero su amiga la interrumpió— Oh, me quiere a su manera pero no como debería.

— ¿Y qué vas a hacer?

—Soy una ocupa en tu casa.

—No te preocupes por eso.

Maia sonrió— Ya lo sé. — se

cogieron de las manos y Rosi se tumbó ante ellas mirándolas.— Vaya tres.

—Rosi también se ha enamorado en Australia.

— ¿No me digas?

—Era un gato feísimo pero no había más opciones.

—Suele pasar.

De repente se echaron a reír y decidieron pedir algo de cenar. Comiendo las pizzas familiares que habían pedido, vieron la televisión con los pies apoyados en la mesa de centro. Estaban a la mitad cuando llamaron a la puerta suavemente y Francesca se iba a levantar pero Maia la cogió por el brazo antes de gritar— ¡Desaparece, Cesar! ¡Mi abogada dice que no puedes venir



cuando te da la gana!

—Cielo, por favor. Necesito hablar contigo.

— ¿No vas a hablar con él?— susurró a su amiga que negó con la cabeza agitando su pelo castaño.

—Maia, no me coges el teléfono ¿Cómo voy a saber que estás bien sino me coges el maldito teléfono?

—Si estuviera mal ya te llamaría mi madre. ¡O la policía!

Nunca le había oído hablar así a Cesar. Estaba cabreadísima y Francesca siguió comiendo mientras escuchaba lo que decían. — No hagas esto, estás embarazada. Vamos a tener un hijo, preciosa. Necesito que vuelvas a casa.

—Ya, claro. ¡Para que me la

pegues en mi propia cama con esas zorras que te tiras!

—Eso fue un error. ¿Te lo ha dicho Francesca, verdad? ¡Por eso estás enfadada! Está envidiosa de lo nuestro, nena. Es una suerte que se haya ido a Australia, así no envenenará más lo nuestro.

Francesca se sorprendió tanto de lo que Cesar dijo, que miró a su amiga con los ojos como platos. Esta hizo un gesto para que no le diera importancia. Furiosa se levantó dejando la caja de pizza sobre la mesa de centro, antes de ir a paso ligero a abrir la puerta. Sorprendido al ver que abrían la puerta se sorprendió más aún al ver allí a Francesca— Vaya, has vuelto.

—Sí, he vuelto— le pegó un puñetazo en todo el ojo y después le gritó— ¡Esto es por intentar enturbiar mi relación con Maia!— le pegó otro puñetazo en la nariz— ¡Y esto por ser tan gilipollas como para pensar que ella no se enteraría por su cuenta! —Cerró de un portazo y su amiga hizo una mueca. —Tranquila en un par de días estará como nuevo.

—Vale.

— ¿Quieres helado?

—Sí.

Con el litro de helado en la mano Maia preguntó— ¿Puedo pegarle yo un puñetazo a Kirk?

—Claro. Se lo merece por ser idiota y no creerme cuando le dije que

su madre me odiaba.

—No sé si seré capaz de dar uno como el tuyo.

—Tranquila, no vas a tener la oportunidad.

—Yo creo que volverá a buscarte.

—Me dejó ir. Si hubiera querido que me quedara no lo hubiera hecho.

—Ya veremos. — le señaló con la cuchara— Pero puedo darle el puñetazo, ¿no?

—Claro. Puedes desquitarte si quieres.

Su amiga sonrió radiante—  
Gracias.

—Para que están los ex de las amigas.

Se echaron a reír a carcajadas y se

sintieron genial después de unos días horribles. —Me alegro de que hayas vuelto.

—Y yo. Te echaba de menos.

## Capítulo 10

Unos días después llegaron unas cajas por mensajero y al ver la palabra frágil se dio cuenta que era el ordenador. Maia al ver que se echaba a llorar abriendo la caja y ver la pantalla no dijo nada. Simplemente se arrodilló a su lado y la abrazó.

Jerry estaba encantado de que hubiera vuelto de su locura australiana — ¿Y te ha gustado el país?

Ella levantó una ceja porque realmente no había visto nada— Oh sí, precioso.

—Estupendo, después de que termines el libro de postres te pondrás con uno de comida australiana.

Ella gimió llevándose una mano a la frente y después miró su bolso. — Quiero que leas esto.

Le entregó los cuatro primeros capítulos de su novela— Lo leerás, ¿verdad?

— ¿Es tuya?

—Claro que es mía. ¿La leerás?

Miró las hojas por encima— Haré un esfuerzo...

—Muchas gracias— respondió irónica. —Con amigos como tú ¿quién

necesita editores?

—Muy graciosa.

Dos horas después estaba perdiendo el tiempo mirando estupideces por Internet cuando le sonó el móvil— ¿Diga?

—Hola, nena. — la voz de Kirk le cortó el aliento y tuvo que apoyar la espalda en el respaldo de la silla.— ¿Francesca?

Ella miró la pantalla sin saber qué hacer, así que colgó el teléfono y temblando lo dejó sobre la mesa.

El teléfono no volvió a sonar en toda la tarde y cuando llegó Maia del trabajo se lo contó. —Deberías hablar con él.

Se apretó las manos nerviosa—



¿Tú crees?

Su amiga se sonrojó y Francesca entrecerró los ojos— ¡Mierda, te has acostado con Cesar!

—Se presentó a la hora de la comida y no es por nada, pero tengo las hormonas alteradas. Necesitaba sexo.

Parpadeó mirando a su amiga— Dios mío, le estás torturando, ¿verdad?

— ¡Se lo merece! ¡Se merece sufrir un poco después de todo lo que ha hecho!

— ¿Pero acaso no le quieres?

—Claro que le quiero. Le quiero mucho.

— ¿Entonces qué rayos estás haciendo?

—Pues lo que has dicho.

Torturarlo. — se encogió de hombros y fue hasta su bolso que estaba en el sofá — Cuando te fuiste me di cuenta que él se creía muy listo porque nunca había visto las orejas al lobo. Nunca le he dejado y nunca ha visto la posibilidad de perderme. Así que se lo estoy mostrando. Pero de vez en cuando le recuerdo como estamos juntos para que no pierda el interés.

—Dios mío, ¿y cuanto piensas estar así?

—Hasta septiembre. —Francesca estaba atónita y se sentó en el sofá mientras su amiga revisaba los mensajes — Oh, que bonito lo que me ha escrito. Ni de novios me trataba así.

Miró a su amiga con admiración

porque nunca la había visto con tantas agallas respecto a Cesar. Siempre era él quien llevaba la voz cantante, hasta ahora. Maia le iba a demostrar quien mandaba, porque lo estaba pensando todo fríamente sin dejar que los sentimientos la trastornaran. — ¿Y así estás cómoda?

—Te confieso que al principio tuve remordimientos. Una chorrada con todo lo que él me ha hecho. Siempre me lo recuerdo cuando me asaltan las dudas. Si no soporta la penitencia, significará que no me quiere y entonces no habrá nada que hacer.

—Así que crees que debería hablar con Kirk.

—Mira, tiene una madre que es una

cabrona pero él no es mal hombre. Vale que se equivocó al no apoyarte, sobre todo porque habías abandonado tu vida por él, pero la verdad es que si a mí me dicen que mi madre ha envenenado a alguien, tampoco me lo creería. Tuvo que quedarse de piedra y ahora tiene que estar arrepentido de no haberte creído. Sobre todo porque estabas allí sola con ellos y no supo protegerte ¡Joder, si hasta torturó a tu gato! Tiene que sentirse impotente al saber que su madre te hizo todo eso ante sus narices y que te ha perdido por no hacer precisamente lo que había prometido. Estar ahí para ti.

—No sé...— se pasó las manos por su pelo negro.

—No tienes la culpa de nada. Lo

dejaste todo por él y Kirk no cumplió. Ahora es su momento de hacer un movimiento. ¿Qué te parece si le damos hasta septiembre?

La miró atónita y su amiga se encogió de hombros— Es una sugerencia. ¿Octubre?

— ¡Yo no estoy jugando con Kirk!

— ¿Acaso no tienes la esperanza de que vuelva a buscarte?

— ¿Y hacerme ilusiones a lo idiota? No, gracias. — su amiga apretó los labios— Mira, yo no soy como tú. ¡Cuando decía que no me quería ir con él, lo decía en serio y cuando dije que me largaba, también lo decía en serio! Todo esto no es teatro para conseguir lo que quiero.

Maia la miró ofendida— Yo no estoy haciendo teatro.

— ¡Sí, Maia! ¡Lo estás haciendo porque tu única intención es volver con Cesar después de que se arrastre ante ti!

Maia se mordió el interior de la mejilla— Pero se lo merece.

—Yo no digo que no se lo merezca, pero no pienso hacer lo mismo que tú para conseguir a Kirk.

—Vale. Sigue tu táctica, que yo seguiré la mía.

Puso los ojos en blanco porque Maia no había entendido que no tenía ninguna táctica. No sabía lo que quería. Se moría por ver a Kirk pero era algo que no funcionaría. ¿Tendría razón su amiga al decirle que él se sentía

impotente respecto a ella? Era cierto que la había fallado, pero en parte había sido culpa suya por no haber sido sincera desde el principio. Gimió tapándose la cara porque no sabía qué hacer. Lo mejor sería dejar las cosas como estaban y no sufrir más.

Pero eso no era tan fácil cuando pensaba en él a todas horas. Incluso le había buscado otra vez en Internet para ver su foto en la página de citas pero no le encontró. Debía haberse dado de baja en la página.

Jerry la llamó una mañana y le dijo a bocajarro— Si todo tu libro es así lo publicaremos.

Asombrada se tuvo que sentar—

¿De verdad?

—Y no sólo eso. Será una campaña nacional a bombo y platillo. En cuanto lo leí se lo envié al jefe y cree que será un bombazo. Así que en cuanto lo termines envíalo.

Entrecerró los ojos— ¿Y las condiciones?

—Te las enviaré por mail con el contrato y si firmas me lo envías para ingresarte el anticipo.

— ¿Será jugoso?

—Tratamiento de best seller.

—Madre mía— dijo mareándose y Jerry se echó a reír— ¡No tiene gracia!

—Claro que sí. Llevas esperando esto toda la vida y cuando llega no sabes cómo tratar con ello.



—Gracias, Jerry.

—No la cagues ahora dejándome mal, ¿eh? Revisa bien el contrato con tu agente.

— ¡No tengo agente!

—Pues busca uno. Lo vas a necesitar.

—Para qué si ya tengo el contrato.

Jerry se echó a reír— Ahí tienes razón.

Cuando su amigo colgó, buscó en el móvil el teléfono de Kirk emocionada y se dio cuenta que no le podía llamar. Eso enturbió su felicidad y no pudo escribir ni una sola palabra en lo que quedó de día.

Estuvo así dos semanas. No tenía ni idea de lo que le ocurría pero no era

capaz de escribir nada. Se quedaba ante la pantalla y se pasaba las horas distraída. Hizo de todo, desde leerse lo que había escrito miles de veces hasta que pensaba que era malísimo, hasta estar dos días sin leer nada para no agobiarse. Nada dio resultado y cuando volvió Maia de trabajar una tarde y la vio haciendo el pino apoyada en la pared, su amiga le dijo— Decidido, necesitas hablar con él.

—No sé qué me pasa— dejó caer las piernas y la miró angustiada— No puedo escribir.

—Estás bloqueada porque fue allí donde empezaste el libro. Tienes que volver.

—Ni hablar. Ni siquiera ha vuelto

a llamarme. —enfadada fue hasta el baño y se quitó la ropa para ducharse.

—Entonces no te interesa esto.

Estaba quitándose los pantalones del chándal cuando vio que su amiga tenía un sobre en la mano. — ¿Qué es eso?

Se encogió de hombros— No tengo ni idea, pero viene de Australia.

Corrió hacia ella y se lo arrebató de las manos. Ansiosa miró de donde provenía— ¡Es de Kirk!

—Claro que es de Kirk. Ábrelo.

En ropa interior fue hasta el escritorio del salón y abrió la carta con cuidado. Se sentó en su asiento y la abrió lentamente.

*Hola Francesca:*

*Mi nombre es Kirk Chapman y te escribo desde Australia. En respuesta a tu carta debo decirte que tienes una vida muy interesante en comparación con la mía, porque vivo en un rancho y esto es realmente aburrido. Aunque no lo cambiaría por ningún lugar del mundo.*

*Desde que murió mi padre, siento que es responsabilidad mía cuidar de todo y eso pienso hacer para que mis hijos conozcan sus auténticas raíces. Vivo con mi madre que está algo loca y con mi tío. —Francesca no pudo evitar*

sonreír— pero no me lo tomes en cuenta porque por aquí las familias en los ranchos suelen vivir juntas.

También tengo un gato, se llama Pelusa y últimamente está algo deprimido porque le ha dejado la novia. Le entiendo perfectamente, ¿sabes? Porque hace poco me ha dejado la mía y la echo mucho, muchísimo de menos. Cuando me despierto, durante unos segundos pienso que todavía está a mi lado, toco su espacio vacío y cuando me doy cuenta de que ya no está, es como si me golpearan despertándome a la realidad. Hecho de menos su olor, su risa y maravillosos ojos violetas. —Francesca reprimió las ganas de llorar

y continuó leyendo.

*¿Sabes? Cuando la conocí no le dije toda la verdad. Me apunté a una página de amigos virtuales, ella me escribió pero al buscar su nombre en Internet y ver su fotografía decidí que quería mas. Así que le dije una historia absurda sobre que me había apuntado a una página de buscar esposa y casi la obligué a venirse conmigo a casa. — Francesca abrió la boca sorprendida y Maia se acercó impaciente para leer sobre su hombro— Para ella era una experiencia difícil y yo no he estado a la altura. No la creí. Un error, evidentemente, y he pagado las consecuencias porque ya no quiere hablar conmigo. Lo dejó todo por*

*darme una oportunidad y no le correspondí como se merecía.*

*Así que ya ves, ahora estoy soltero y sigo muy enamorado de ella. Pero necesito una amiga y me preguntaba si querías seguir carteándote conmigo como amigos.*

*Un saludo desde Australia  
Kirk*

*Posdata: Todos te envían recuerdos. Vuelve, nena. Te quiero.*

Ya no pudo retener las lágrimas. Le echaba tanto de menos...

— ¿Qué vas a hacer?— preguntó su amiga llorando también.

Sin contestarle se acercó a la mesa arrastrando la silla y cogió una hoja. Simplemente escribió “Cuéntame mas”

— ¿Sólo eso? ¿Estás mal de la cabeza? ¡Este tío está loco por ti y tú le pones eso después de desnudar su alma! — su amiga estaba indignada y ella sonrió.

— Son cosas nuestras. Él lo entenderá.

— ¡Más te vale o te quedarás para vestir santos!

Se volvió mascullando algo sobre que su estrategia era mucho mejor y Francesca no pudo evitar reír.

Seis días después recibió su carta y sonrió al ver que en el sobre debía haber veinte folios. En ellos le contaba



todo lo que había hecho la semana anterior. Desde que había ido a un bautizo de la hija de un amigo, hasta que había tenido que ir a comprar laxante de caballos. Francesca se echó a reír a carcajadas al leerlo. También le escribió sobre que estaba pensando hacer una casa para su madre, pero cuando se había echado a llorar no tuvo corazón para insistir en el tema— Manipuladora. — dijo entre dientes. También le dijo que su madre estaba pensando en poner su habitación en el estudio de su novia y él se había negado en redondo diciendo que podía perdonarle y volver. Terminaba la carta preguntando— *¿Crees que me perdonará? Dios, espero que sí porque*

*sino sólo me queda la opción de secuestrarla y no sé como voy a recorrer medio mundo con ella gritándome como me merezco sin que me detengan. Te quiero, Francesca. Necesito que vuelvas.*

Cuando leyó que la necesitaba sintió tanta alegría y ganas de llorar a la vez que no se lo pensó más y empezó a hacer las maletas.

Cuando llegó Maia ella estaba sentada en el sofá y se miraron en silencio antes de que dijeran a la vez—  
Me voy con él.

Parpadearon y se señalaron—  
¿Vuelves con él?

— ¡Sí!

Se echaron a reír y se abrazaron. —

Dios, como te voy a echar de menos—  
dijo Francesca con lágrimas en los ojos.  
—Eres más que mi hermana. ¿Qué voy a  
hacer sin ti?

—Siempre estaremos juntas.  
Aunque miles de kilómetros nos  
separen, estaremos juntas.

—Cuando estés a punto de dar a  
luz, volveré.

—Más te vale. O sino me obligarás  
a ir hasta allí de nueve meses y  
terminaré pariendo en el avión. — se  
miraron a los ojos— ¿Cuándo te vas?

—Mañana a las doce.

—Pues disfrutemos de nuestra  
última noche. ¿Te apetece comida  
tailandesa?

Estaban comiendo a dos carrillos

viendo la televisión cuando llamaron a la puerta— ¡Lárgate Cesar! ¡Es mía hasta mañana!— le gritó a la puerta sin moverse.

— ¿Francesca?

Las amigas se miraron y Francesca palideció— ¿Quién es?— susurró Maia.

—La loca.

Maia entrecerró los ojos y se levantó furiosa— ¿Qué hace aquí?

— ¡No abras!— antes de poder detenerla había abierto la puerta y cogido por los pelos a Dani – ¡Maia, suéltala!

— ¿Te crees que puedes hacer lo que te dé la gana con mi amiga, pirada paleta?

— ¡Estás embarazada Maia, no

puedes meterte en una pelea!— consiguió separarla y miró a Dani con el ceño fruncido— ¿Qué haces aquí?

— ¡Eso!— dijo Maia en plan macarra— ¿Que coño se te ha perdido en Nueva York? ¡Vuelve con tus vacas y espero que alguna te meta un cuerno por tu raquíptico culo!

— ¡Maia!

Su amiga se cruzó de brazos pero por su mirada vio que no se daba por vencida. Dani se pasó la manos por el pelo intentando ponerlo en su sitio— Perdonar por interrumpiros pero necesito hablar contigo.

— ¿Le ocurre algo a Kirk?— preguntó asustada.

Su madre apretó los labios y negó

con la cabeza— Aparte de que está hecho polvo, no. No le ha pasado nada.

Francesca se enderezó— No entiendo qué haces aquí entonces. Si es para hacerme sentir culpable o algo así...

—Quería disculparme— al ver que le bloqueaban el paso preguntó— ¿No me invitas a pasar?

— ¿Estás de coña, tía? ¡Te la intentaste cargar! ¡Suerte tienes que no llamemos a la policía!

La madre de Kirk se sonrojó intensamente— De eso precisamente quería hablar contigo.

Francesca bufó y dijo —Pasa.

—Pero sólo unos minutos— apostilló Maia— Ya nos ha jodido la

noche.

Dani la miró como si estuviera mal de la cabeza y Francesca tuvo que coger a Maia del brazo para detenerla.

—Siéntate— le indicó a Dani una butaca. — ¿Quieres cenar algo?

— ¿Estás de broma? ¡Que cante de una vez y se pire de aquí!

—Maia, por favor. —se pasó una mano en la frente y su amiga cerró la boca.

—Tu amiga tiene razón. No merezco ni que me mires. Realmente todo se me fue de las manos.

— ¡Y tanto que sí!

Francesca miró a Maia como si quisiera matarla y su amiga se encogió de hombros.

—Pero no quería hacerte realmente daño. Te lo juro. Cuando vi como te llevaba la ambulancia por poco me da algo. Ni se me pasaba por la cabeza que te pondrías tan mal. Supuse que en cuanto vieras que estabas algo enferma volverías con tu familia.

Francesca palideció porque la única familia que tenía era Maia y su amiga la cogió de la mano antes de que contestara— No tengo familia directa si te refieres a eso. Sólo tengo a Maia.

Dani palideció— Lo siento, tampoco lo sabía.

—No lo sabías porque ni siquiera te molestabas en hablar conmigo. Sólo querías echarme de la casa a toda prisa. ¡Me tiraste por las escaleras!



Rosi pasó por allí y bufó a Dani que gimió tapándose la cara— Lo siento. Pero es que estaba segura de que vuestra relación no funcionaría— bajó las manos y Francesca perdió el aliento al ver que tenía lágrimas en los ojos. — ¿Cómo va a funcionar si sois de dos mundos totalmente distintos?

—Ni que Francesca fuera de Marte, por Dios. ¡Sólo se muda de país!

— ¡Pero no tienen nada que ver! ¡Si ni siquiera sabía conducir!

—Pero ha aprendido, ¿no? ¡Mi amiga es muy lista y puede hacer lo que se proponga! ¡Va a escribir un best seller!

La defensa de Maia la hizo sonreír — Calma fiero— dijo sentándose ante

Dani. —Vale, te perdono.

—Tienes que estar de broma. ¡Casi te quita del medio!

—Que la perdone no significa que vayamos a ser amigas.

Dani apretó los labios antes de decir. — Si no eres sincera, no hace falta que...

—Al contrario que tú, yo si soy sincera cuando digo algo. Le oculté a Kirk lo que hacías para no hacerle daño y claramente fue un error, pero no vengas a mi casa a llamarme mentirosa.

—No quería decir eso—Dani se levantó claramente incómoda— Está claro que nunca podremos ser amigas, pero esperaba que me creyeras cuando te digo que Kirk te quiere y no lleva muy

bien estar separado de ti. —Francesca se mordió el labio inferior. — Sé que todo esto ha pasado por mi culpa y estoy intentando arreglarlo. — se acercó a la puerta y Francesca la interrumpió.

— ¿De verdad quieres arreglarlo o sólo es un decir?

Dani entrecerró los ojos— Sino no lo diría.

—Pues no vuelvas a casa en un mes.

— ¿Qué?

—Quiero pasar un mes a solas en casa con Kirk. Sin ti.

—Pero, ¿y Thomas?

—Él no es el problema, Dani. El problema eres tú.

Su suegra asintió— Muy bien. —

aunque Francesca vio en su mirada algo parecido al miedo. Seguramente pensaba que pondría a Kirk en su contra.

—Dani, yo no quiero quitarte a tu hijo. Sólo quiero ser feliz con él.

—Lo siento. Prometo no volver en un mes.

—Gracias.

Dani forzó una sonrisa— Quizás me quede por aquí una temporada.

—Te lo pasarás bien.

— ¿Vas a volver?— dijo abriendo la puerta.

—Tengo billete para mañana.

Dani sonrió—Así que no tengo nada que ver con tu decisión.

—Pensaba volver a pesar de ti.

—Eso demuestra que le quieres—

su suegra sonrió— ¿Sabes? Siento haberme dado cuenta tan tarde de que le quieres.

—Eso es lo más importante, ¿no?

—Sí, es lo más importante. Adiós.

—Te veré en un mes.

Su suegra se alejó y cuando cerró la puerta su amiga la miraba con los ojos entrecerrados— No te fíes. Igual la próxima vez te pega un tiro y asunto arreglado.

Francesca se echó a reír y le dijo a su amiga— Vamos a comernos la cena y a celebrar que me he librado de la suegra un mes.

— ¡Mierda y no puedo beber vodka!

Al día siguiente se subió al avión rumbo al aeropuerto de Perth. Esa vez se lo llevaba todo y tuvo que contratar una empresa de transportes para que llevara todas sus cosas y a ella misma al rancho. Así que tardó otros dos días en llegar.

Cuando aparcaron ante la entrada de la casa estaba agotada y Talia salió al porche sorprendida por ver el camión. Pero al verla bajar de la cabina se echó a chillar bajando los escalones para abrazarla y achucharla— ¡Has vuelto!

—Madre mía. Este viaje mata al más pintado— dijo haciéndola reír.

—Chicos, dejar las cosas en el hall.

Las cosas eran diez cajas y cuatro

maletas que Maia le ayudó a empaquetar prometiendo enviarle el resto cuando terminara. Esperaba que el ordenador esa vez no hubiera sufrido ningún daño. Después de firmar la entrega se volvió hacia Talia. — ¿Cómo va todo?

— Ven que te dé una taza de café. La necesitas.

— Gracias. Y si me haces algo de comer...

— ¡Claro! Ven y cuéntamelo todo.

Muerta de cansancio se sentó en la mesa de la cocina que afortunadamente seguía siendo la que ella había puesto allí y acarició la superficie sin darse cuenta— ¿Dónde está Kirk?

Talia la miró preocupada— Volverá tarde. Últimamente siempre

llega muy tarde. Se levanta al alba y casi ni le veo. Desde que se ha ido Dani no tengo nada que hacer. —dejó una taza de café ante ella y volvió a la cocina— ¿Y tú cómo te encuentras? No has tenido más problemas, ¿verdad?

—Estoy bien. ¿Sabes? He leído el libro que me regalaste y hasta he comprado el material, pero no he empezado.

—Tienes muchas cosas en la cabeza. Ahora que has vuelto yo te ayudaré. — la miró de reojo— Porque te vas a quedar, ¿no?

—Sí, pero tengo que hablar con Kirk.

—Él quiere que te quedes— dijo sonriendo.



— ¿Cómo está Greg?

—Muy bien. Todos estamos bien aunque Peter tuvo un problemilla con el avión hace unos días, pero consiguió salir indemne y la reparación no será muy costosa.

—Menos mal. Me cae bien Peter.

—Me acabo de dar cuenta que casi no conoces a nadie. Tenemos que solucionar eso.

Estuvieron hablando durante un rato y cuando terminó de comer le dijo que se iba a acostar un rato. Al entrar en la habitación sonrió porque sintió que volvía a casa. Se desnudó lentamente y se metió en la ducha dejando que el agua fría la refrescara. Hacía un calor bochornoso como si fuera a haber

tormenta. Salía de la ducha cuando vio a Kirk apoyado en el marco de la puerta mirándola con los brazos cruzados. Se la comió con los ojos y ella se sonrojó —  
Hola, Kirk.

Él entrecerró los ojos— ¿Hola, Kirk? ¿Vuelves a casa y sólo me dices eso?

— ¿Y qué quieres que te diga?—  
aquello no empezaba bien y cogió una toalla para secarse. En cuanto se rodeó el cuerpo con ella, chilló sorprendida cuando la cogió en brazos sacándola del baño.

—Puedes decirme que me perdonas — dijo mirando su boca como si quisiera devorarla. —Puedes decirme que me quieres.

La tumbó sobre la cama y él se quitó la camiseta azul que llevaba. — Puedes decirme que me has echado de menos. — se quitó los pantalones a toda prisa tumbándose sobre ella. — ¿Me has echado de menos, mi amor?

Sus ojos se llenaron de lágrimas y acarició su nuca asintiendo. Kirk soltó el aire que estaba reteniendo y acarició su labios con los suyos— Nena, dime que me quieres y que no me dejarás nunca.

—En realidad....

Kirk apartó su cara para mirarla a los ojos— ¿Qué?

—Esto es una prueba.

— ¿Una prueba?

—Sí, un mes tú y yo sin tu madre.

Si funciona, nos casamos.

—Ni hablar— se apartó de ella sentándose a su lado mirándola como si quisiera matarla.

— ¿Cómo que ni hablar?

—No más pruebas. ¿Me quieres o no me quieres?

—Teniendo en cuenta que tu madre por poco me mata sí que es importante un periodo juntos, ¿no crees?

— ¿Vas a decir eso siempre? ¿Cuando discutamos vas a decir, como tu madre por poco me mata esto y lo otro?

Asombrada se sentó porque aquello no iba nada bien— ¿Primero me pides que te perdone y ahora vienes con estas? ¿Qué te pasa? ¡Tengo derecho a ser yo

la que ponga las reglas!

Kirk parpadeó y de repente se echó a reír. Mosqueada le miró entrecerrando los ojos— ¿De qué te ríes?

—Nena...— la cogió por la nuca y la besó apasionadamente dejándola casi sin sentido. Cuando apartó la toalla para acariciar su pecho se aferró a él gimiendo en su boca. Kirk se apartó para mirarla a los ojos dejando que la mano bajara por su cintura hasta su trasero— Te quiero. Te dije una vez que si no querías estar conmigo te dejaría marchar y ya lo he hecho una vez. Pero eso no va a volver a pasar. Así que lo de un mes juntos es totalmente ridículo. Te casarás conmigo Francesca Carpenter.

— ¿De veras?

— Sí, de veras. — volvió a besar sus labios— Tuviste tu oportunidad de escapar y no lo hiciste. Ahora no hay marca atrás. — su mano bajó hasta la unión de sus muslos y la acarició con ternura— Dime que me amas.

Le miró a los ojos y acarició su mejilla hasta llegar a su cuello— No puedo creer que te ame tanto— susurró — Te he echado de menos cada minuto de cada día que he pasado alejada de ti. Y me aterra no volver a verte.

—Eso no va a pasar, mi amor. Ya no va a volver a pasar.

## Epílogo.

—Menudo éxito— dijo Maia mirando a su alrededor fascinada con su hijo de un año en los brazos. La fiesta de presentación del libro era en Northampton era todo un acontecimiento después de estar en el número uno en los Estados Unidos. — ¿Cómo se siente una al ser famosa?

—Ni idea— respondió bebiendo de su zumo —Y me parece que no voy a durar mucho aquí.

— ¿Qué quieres decir? ¿Crees que

tu libro no tendrá éxito? Si es maravilloso. Lo he leído cuatro veces. Una historia de amor y celos en la inhóspita Australia. Sino triunfa aquí dónde coño va a triunfar.

No puedo evitar echarse a reír y cuando lo hizo su marido le acarició la espalda pegándose a ella. — ¿Qué es tan divertido?

—Nada. Intentando decirle a Maia que tenemos que irnos pero no lo entiende.

— ¿Y por que tenéis que irnos?— preguntó Cesar asombrado— La fiesta acaba de empezar. Si ni siquiera has dado tu discurso.

Su suegra pasó ante ellos hablando con un congresista— Es una escritora



estupenda pero todavía una nuera mucho mejor y a mí me adora. Todo eso de la suegra chiflada no tiene nada que ver conmigo, se lo aseguro. —después soltó una risita haciendo reír al hombre que la miraba como si quisiera ligar con ella.

—Si no lo veo, no lo creo— dijo Kirk divertido.

—Ni yo. —volvieron a mirar a sus amigos y acarició su enorme vientre. — Me voy porque estoy de parto.

Kirk que estaba bebiendo de su copa de champán se atragantó y Cesar se echó a reír— Bueno, entonces te excusamos.

— ¿Qué estás de que?— miró a su alrededor y vio a Talia con su marido hablando con su editor— ¡Talia!— gritó

sin importarle que le oyera media fiesta.

—Cariño, cálmate. Nuestra casa sólo esta a tres horas de aquí y acabo de empezar.

—Acaba de empezar, dice— dijo Kirk empezando a sudar. —Ni hablar, nos vamos al hospital más cercano.

—No, quiero dar a luz en casa como me prometiste. Vete llamando al médico para que nos espere allí.

—Decirle algo porque a mí me va a dar un infarto.

— ¿Qué pasa?— preguntó Talia llegando hasta ellos.

—Estoy de parto y Kirk está algo nervioso.

Talia palideció y gritó mientras salía corriendo— ¡Dani!

—Vamos a salir en los periódicos  
— dijo Maia divertida.

Meterlos a todos en el coche para irse fue una auténtica pesadilla. Intentaron convencerla por todos los medios para que fuera al hospital, pero ella no daba su brazo a torcer. Fue un alivio llegar a casa porque Kirk no dejaba de darle la murga. Para sorpresa de todos fue bajarse del coche y al llegar al hall le dijo al médico —Ponga las manos, doctor. Va a salir. —dijo impaciente mientras la enfermera salía corriendo.

Kirk histérico la tumbó en el suelo y antes de darse cuenta la niña estaba en los brazos del doctor— El parto más fácil al que he asistido —dijo

sorprendido cubriéndola con la manta que le entregó la enfermera.—Increíble.

—Es que Catherine no quería poner nervioso a papá.

— ¡Has dado a luz en el hall con un traje de noche con lentejuelas! ¡Claro que me he puesto nervioso!

La risa de su familia que estaba en el porche les hizo sonreír. Miraron a la niña que tenía el cabello rubio de su padre— Es preciosa.

—Tú sí que eres preciosa.

— ¿Sabes? Me alegro de haber venido a Australia contigo. Es la mejor decisión que he tomado nunca.

— ¿La primera o la segunda?— dijo él cogiéndola en brazos para subirla a la habitación.

—Las dos. ¿Y sabes por qué?

—No, dímelo— dijo reflejando su amor en sus ojos azules.

—Porque eres perfecto para mí.

La besó en el cuello. —Cuéntame más.

## FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que tiene entre sus éxitos “No me amas como quiero” o “Te odiaré toda la vida”. Próximamente publicará “Mi acosadora” y “La joya del Yukon”

Si quieres conocer todas las obras de esta autora en formato kindle sólo tienes que escribir su nombre en el

buscador de Amazon. Si quieres saber algo de las novedades síguela en Facebook.

Sophiesaintrose@yahoo.es